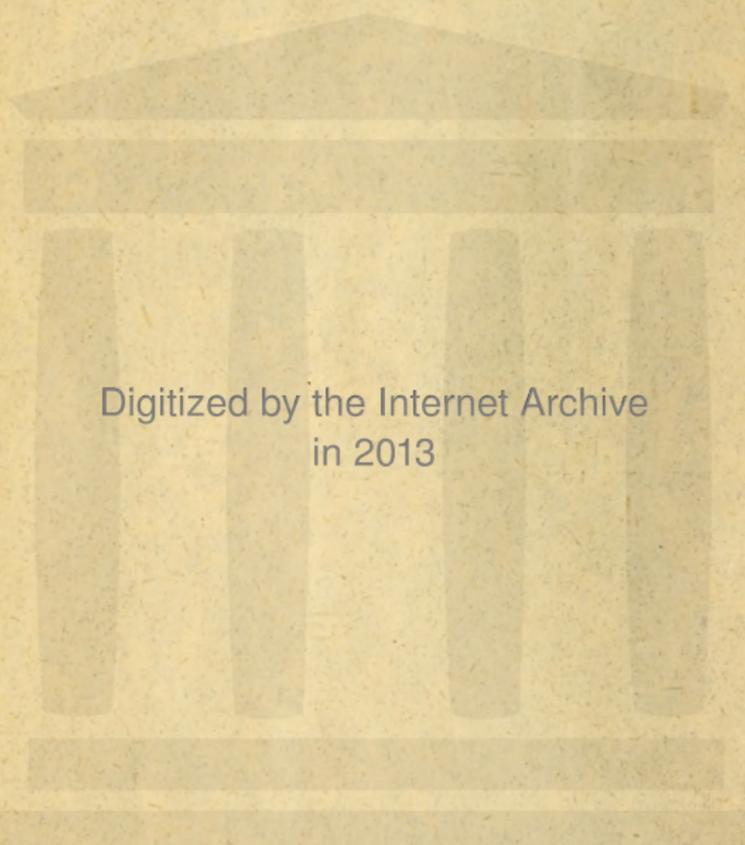




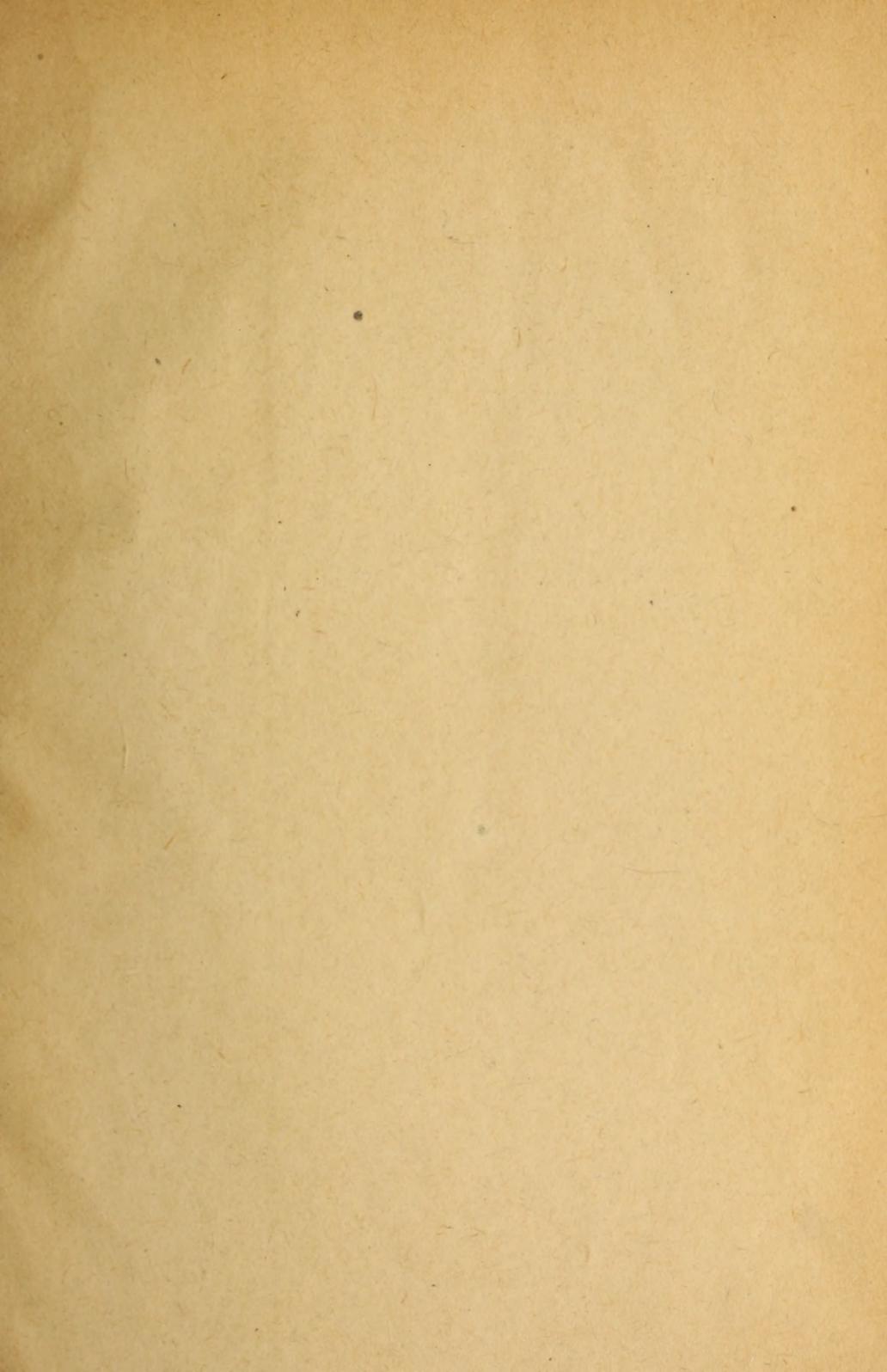
3 1761 09545304 9

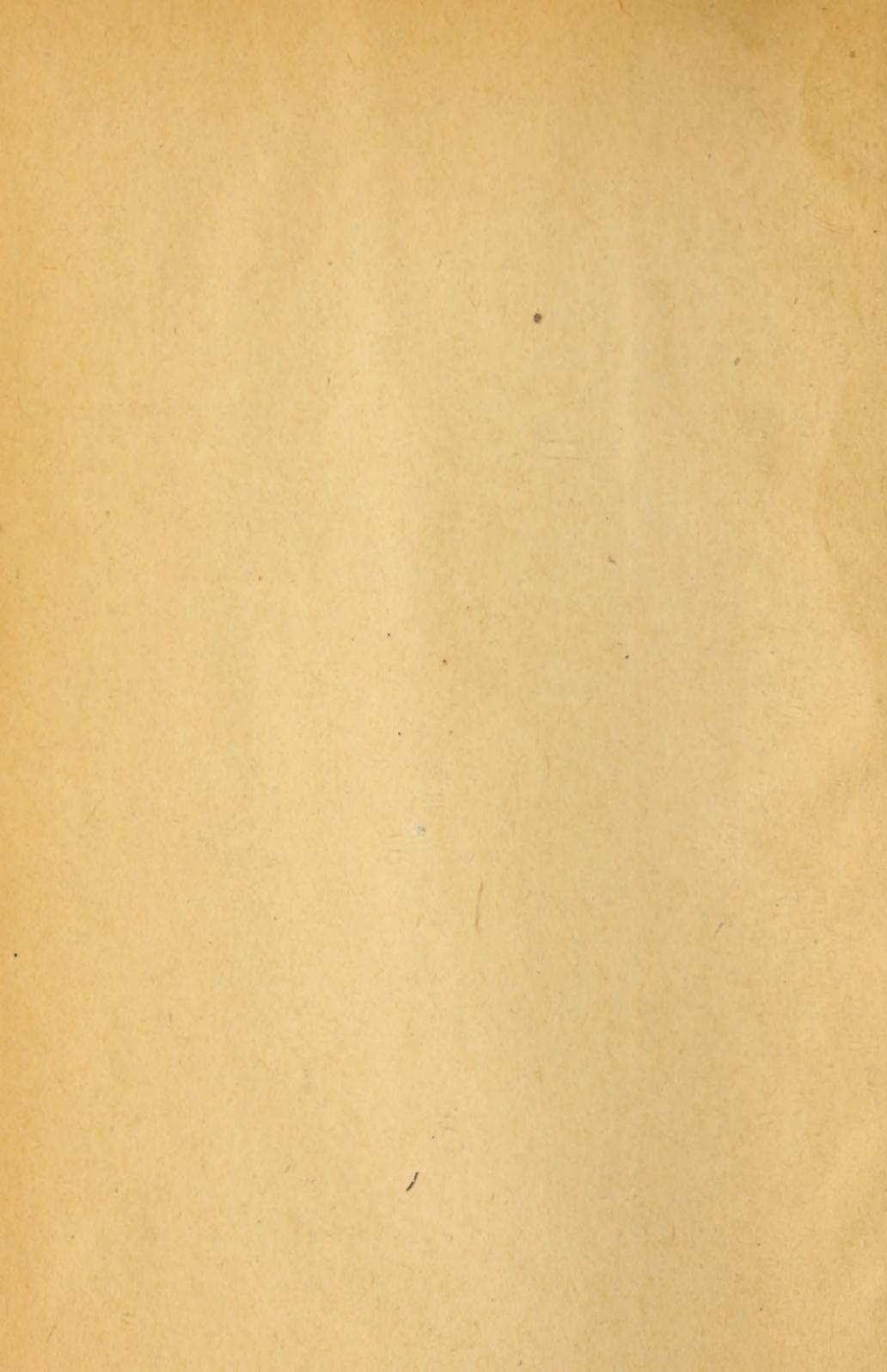






Digitized by the Internet Archive  
in 2013





LA TRAYECTORIA  
DE LAS REVOLUCIONES

---

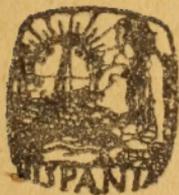
Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la Ley.

---

LS  
H8687r  
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

# LA TRAYECTORIA DE LAS REVOLUCIONES

ENSAYOS DEL AYER, EL HOY  
Y EL MAÑANA ESPAÑOL



181084.

5.6.23.

BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4. — MADRID



CARTA-PRÓLOGO



SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO:

Mi querido amigo: Me es imposible, sin un impulso de repulsa y de rebeldía, recordar aquellas palabras tan crueles, y sin embargo tan sintetizadoras de todo un pensamiento social, que pone Mirbeau en boca de Courtin, el personaje eje de su atroz comedia *El Hogar*: «...Tenga usted esto bien presente... Nada es tan fundamental para la conservación del orden como callar el mal... Tiene menos importancia hacer el bien que callar el mal... callar el mal... impedirlo si es posible, pero sobre todo callarlo.»

No sé callar la verdad de lo que pienso, y por eso pongo al frente de este libro su nombre de usted como el del MAESTRO. No lo precedo de adjetivos encomiásticos, puesto que no se trata de una obra de elogios ni de amables politiqueos, sino de unas páginas sinceras de exposición de ideas, y de estas mismas ideas han de desprenderse los elogios para quienes las encarnan.

Si usted lo hubiese querido, en vez de verse despojado de la Rectoría de nuestra vieja y gloriosa Universidad de Salamanca, sería usted *una gran figura oficial*, sería senador, ministro, tal vez presidente del Senado, y... ¿quién sabe?, quizás, qui-

zás, presidente del Consejo, todo ello con una sola condición: la de comprometerse a no hacer nada, a no pensar nada, y si lo pensaba... a callárselo.

En España se da el caso peregrino de que ninguna reforma implántase a tiempo, cuando realmente lo demanda la opinión, sino cuando el uso la ha consagrado ya. Así resulta que, además de perderse el efecto moral, la efusión, el calor que la haría fecunda, viene a desatiempo, atrasada, y cuando ya hay otras nuevas que hacen sonar sus aldabonazos en la puerta. Esta labor está encomendada a los *liberales*, mientras que los *conservadores* ejercen un raro oficio que, irrespetuosamente, calificaríamos de trabajo de bomberos. Ni los unos ni los otros llevan la necesaria preparación; viven en perpetua guerra, unos asaltando y otros defendiendo, carentes de tiempo para estudiar y penetrar en la verdadera entraña de los problemas.

Así han pasado estos años, que han iniciado la transformación del mundo, sin que se den cuenta ni de la actitud miedosa del pueblo (que, muy castigado por las guerras coloniales y africana, sentía el espanto de tener que ser héroe, no comprendiendo que en ser héroe estaba su liberación definitiva), ni en la arbitraria de las clases conservadoras, que sentíanse a ratos germanófilas... sin perjuicio de estar entrando y saliendo en Francia y de girar en la movable plataforma de su *snobismo*, hacia la causa aliada, cuando las gentes de primera línea mostraron que podía serse *francófilo* impunemente.

Miremos ahora un poco hacia las cosas de España.

¿Cabén dos ideales supremos en el alma colectiva de un pueblo? Como caber, caben muchos; pero grandes, absolutos, absorbentes, creo que no. Tal vez en momentos de un gran bienestar, de una alta paz moral y material, los hombres puedan soñar con caminos diferentes que lleven a metas supremas, lejanas; pero, así como ante el lecho de un hijo adorado que se muere, la madre devota y el padre ateo, sólo piensan en devolverle la vida, ante la patria en peligro todos, desde los más humildes y los más miserables hasta los más grandes y fuertes, tienen que tener un ideal común.

Pero para unirse, para laborar juntos, es preciso conocerse, y en España dos generaciones permanecen hoscas, impenetrables, frente a frente, en actitud hostil. Los jóvenes han entrado a saco en los prestigios, no han respetado nada, no han acatado nada; los viejos, a su vez, han tenido un gran gesto de desdén y han negado talento, discreción y buena voluntad a los recién llegados. Y, sin embargo, hace falta la experiencia, el maduro talento y la disciplina, de los unos; la acometividad, la sed de energía y de acción, de los otros.



Hay muertos que permanecen en pie. Son fantoches, que no significan nada ni son nada; que en un momento de la Historia, la casualidad o misteriosas conveniencias colocaron en un lugar

y siguen ocupándolo. Pero, ¿cómo negar que hay hombres que fueron sinceros y videntes, que predijeron la hecatombe de nuestras colonias y trataron de oponerse a ella arrancando de los ojos de la multitud la necia venda de optimismo? ¿Cómo olvidar que más recientemente un hombre político de la monarquía, con una gran posición social, jefe de un partido que necesita del apoyo del pueblo, el conde de Romanones, se jugó su popularidad, su jefatura y casi casi su posición social para afirmar sus convicciones, que la realidad ha investido de importancia de videnicias? ¿Por qué querer arrumbarles a todos, anularles a todos? Derribar lo que estorba y es malo o inútil; pero dejar en pie, respetar y acatar lo que no sólo es bueno, sino es insustituible. Recuerdo las palabras del personaje ibseniano: «Es peligroso demoler una vieja torre, porque puede cogernos a todos debajo».

\* \* \*

«Ir tallando escalones en el odio», quiere Víctor Hugo. Imagen maravillosa, como todas las del gran poeta. Mas para llegar a las alturas tallando escalones en el odio de los otros es necesario que este odio sea una pasión fuerte y magnífica, que la grandeza del odio de los demás pueda servir de medida a nuestra propia grandeza. Y el odio aquí es como tantas otras cosas: algo pequeño, vulgar; no es el odio ante una gran idea, ni una concepción opuesta a otra concepción, sino es, sencillamente, una rivalidad de campanario, que en

vez de luchar con grandes ideas y grandes poderes lucha arrojando un poco de barro de la calle.

La idiosincrasia española presentóse como una cosa curiosa: casi nadie quiere hacer nada, ni profundizar en áridos problemas políticos o sociales, ni lanzarse a peligrosas iniciativas, ni emprender aventuradas empresas; pero si alguien lo hace, surgen inmediatamente detractores violentos, enemigos solapados, gentes que aplauden mientras ponen el obstáculo. Nadie aspira a ser nada: se contentan con que no lo sean los demás. Hace el efecto, en general, la vida hispana de una carrera en que los corredores no se preocupasen de llegar los primeros, sino de evitar que llegasen los otros.

Y, sin embargo, toda la futura grandeza estaría en *ser* ellos mismos, sin preocuparse de que fuesen o no los demás. Y el día en que todos fuesen valores afirmativos, en vez de valores negativos, marcaría el reloj-español la primera hora de una era de poder.

Optimismo y pesimismo son igualmente malsanos: tener un sentido claro de la realidad. Ver las cosas crudamente; pero no para retroceder temerosos ante ellas, sino para después de hecho el examen de conciencia emprender valerosamente el camino de perfección.



En nuestro tiempo nadie envejece, ni los individuos ni los procedimientos, y tal vez en eso está uno de los mayores males. Uno de los mayores

males, porque esa perpetua juventud es una mixtificación.

Cuando se vive por el mundo, en mil ocasiones siéntese, ante grandes familias y grandes agrupaciones, una gran sensación de paz. Mujeres jóvenes aún se han resignado a envejecer, y en torno a ellas se agrupan las nuevas generaciones. Ellas tienen el respeto; los demás, cada cual, su derecho. Y lo que pasa en la familia pasa en la política: hay grandes hombres que ejercen una autoridad patriarcal, porque habiéndose conformado con la ley de la vida se han apartado de la lucha, y limpios de odios sólo viven la veneración y el respeto.

Grandes odios y grandes fervores es el secreto de la vitalidad de los pueblos, porque significan plétora de energías, y en esos grandes odios es donde se pueden tallar los escalones que lleven a la gloria.

La mejor fe es la que se tiene en la idea; después, la que se tiene en sí mismo; la única que no nos es permitida es la fe en la debilidad de los otros.



Según una persona va hacia el triunfo, una sensación glacial le rodea. «Según subimos aumenta el frío», dice también Víctor Hugo.

Pero no hay nada más bello que escalar las cimas, cuando en el corazón alienta la fe de una vez arriba realizar la obra.

Los gritos, los denuestos, todo eso no vale

nada; recordad el prodigioso cuento árabe, que os brinda una gran filosofía, la filosofía de que para llegar a realizar un ideal es preciso ser insensible a todas las violencias que puedan salir al encuentro.



Unos dirán: «¿Y a usted quién lo presenta?» Otros escupirán denuestos. Yo pensaré siempre como el personaje de Goethe: «¿Ladran?... Cabalgamos».

Este libro es sincero y diáfano. No tiene la pretensión de ser ni un evangelio ni una gran obra crítica, ni un libro de batalla. Son, sencillamente, *ensayos*.

La sordera me encierra en una cárcel de silencio y claridad. Pero quizás en vez de golpearme la cabeza contra las paredes preferiría haceros *el elogio de la sordera*. Para juzgar los acontecimientos ofrece tres ventajas: que elimina el factor ambición, puesto que veda los puestos activos; que los gestos, más difíciles de dominar que las palabras, adquieren un valor transcendental (ese valor inteligible de los gestos en el cinematógrafo), y que al perder los conceptos la música arrulladora de la voz y tener que leerlos siempre, tenemos también tiempo de meditar en aquello que nos dicen, antes de formar juicio y responder (sin contar con que inconscientemente las gentes sintetizan y sólo nos dan lo más interesante de las cosas: su esencia).

Voy, pues, a trasladar a estas páginas, más que

la historia o el comentario de los hechos concretos, sensaciones *casí instintivas*, la atmósfera que ha habido en España durante la última década, las transformaciones y deformaciones, los fenómenos atmosféricos.

\*  
\* \*

Algunos espíritus pusilánimes, algunas *almas en cuclillas* se escandalizarán de que yo me atreva a hablar de todo esto.

Yo comprendo que se puede ser monárquico o republicano, imperialista o socialista; lo que no comprendo es que se pueda ser incondicional de nada ni de nadie. Hay algo por encima de todos los poderes de la tierra: la Idea. Acatamos el poder mientras le vemos caminar hacia la realización de la idea que creemos la verdadera; pero incondicionales, no.

Sucede que todos los que trabajamos, todos los que luchamos, todos los que hacemos algo, y aun muchos que no hacen nada, hemos adquirido el feo vicio de pensar. Nadie es incondicional de nada ni de nadie. Las deidades oscuras e implacables han muerto. Todos estamos prontos al sacrificio, al esfuerzo, hasta a la muerte; pero serenamente, «conscientemente». Queremos saber el «por qué» vamos al holocausto, y una vez sabido, medir las razones, contrastar su justicia, y si nuestra conciencia las acepta, entonces ir alegremente.

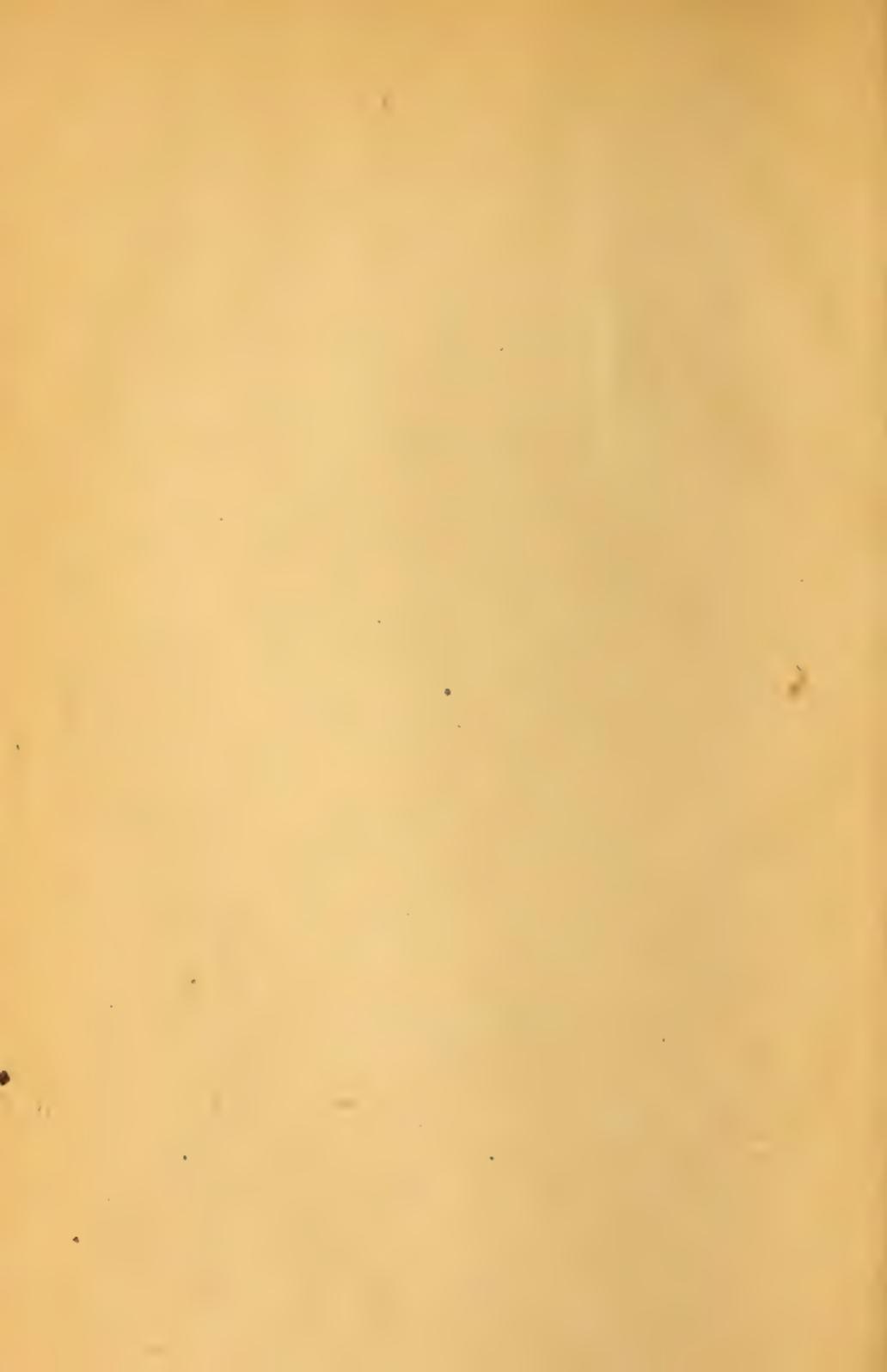
Fuera de los políticos, de los *sportmans*, de las gentes que brillan y bullen, hay otras gentes,

la mayoría, que trabajan en la penumbra. Y constante que esto no quiere decir que los que bullan no valen; injusto sería negar que hay en la aristocracia, por ejemplo, grandes figuras que cumplen con su deber, y aun algunos que han dado impulso a la vida nacional con la creación de industrias; pero un mundo nuevo de militares que, en vez de fumar y beber, dedican sus horas al estudio en un noble anhelo de engrandecer a su patria; de arquitectos que siguen con fervor el movimiento europeo; de médicos dignos de competir con los mejores de otros países; de abogados, de artistas, de escultores, ha nacido a la vida fuerte y pujante «a pesar de todo».

A todos estos hombres, que son todo, que pueden hacer algo, que se desvelan en el trabajo, es inútil pedirles que sean incondicionales de nadie. Tienen un pensamiento y una conciencia que les dictarán sus leyes.

Tal vez la salvación de España esté en abrir puertas y ventanas, en que haya mucho aire, mucha luz, en que se sepa lo que quiere cada uno, adónde va y cuál es su bagaje, y así romper el equívoco asfixiante y vivir una vida fuerte y sana.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT



# INTRODUCCIÓN



## IDEAS GENERADORAS

### EL CAUDILLO

Ser caudillo hoy día no es mandar ejércitos, es convertirse en guía espiritual, en conductor de muchedumbres. Pero no basta caminar delante, dejándose empujar, sino que es preciso adivinar—la palabra no es exacta, pues sería mejor *presentir*, y mejor aún *deducir*—las nuevas orientaciones y encauzarlas en sí. Al caudillo no le basta una espada: necesita una idea.

### EL EJE

Los hombres, hablo, claro está, de los hombres de talento, cuando empiezan a vivir, encuentran una idea, una idea que encarna mejor o peor todas sus demás ideas, y con ellas sus esperanzas, sus zozobras y sus aspiraciones. Una vez hallada, se encariñan con ella, y desde entonces toda su existencia gira en derredor de un eje. En los pueblos en que la vida es muy intensa, la velocidad giratoria va en aumento y cada vez es mayor el círculo que templea y alumbra la vida de aquel

hombre. Pero, por el contrario, en los pueblos de existencia muy monótona y fatigosa, la velocidad desciende, el esfuerzo, en disminución creciente, se hace nulo, y aquella idea llega a no ser ni representar nada, a convertirse en una mixtificación, en que los demás, por respeto a los intereses creados, aparentan creer.

Leyendo estos días las opiniones de los hombres políticos respecto a nuestra situación actual, se tiene netamente esta sensación de la «idea eje». No es que después de hallar una idea que informe sus vidas la han depurado y perfeccionado para aplicarla luego a los problemas de la realidad, no; es que dan vueltas en torno a ella, cada vez con más lentitud, hasta producir por la inercia la sensación de estabilidad.

#### LOS QUE OYEN SU NOMBRE

Tal vez la mayor dicha que puede apetecerse es que aquel que oyese elogiar todas las buenas cualidades piense, entre turbado y satisfecho: «¡Esto va por mí!»

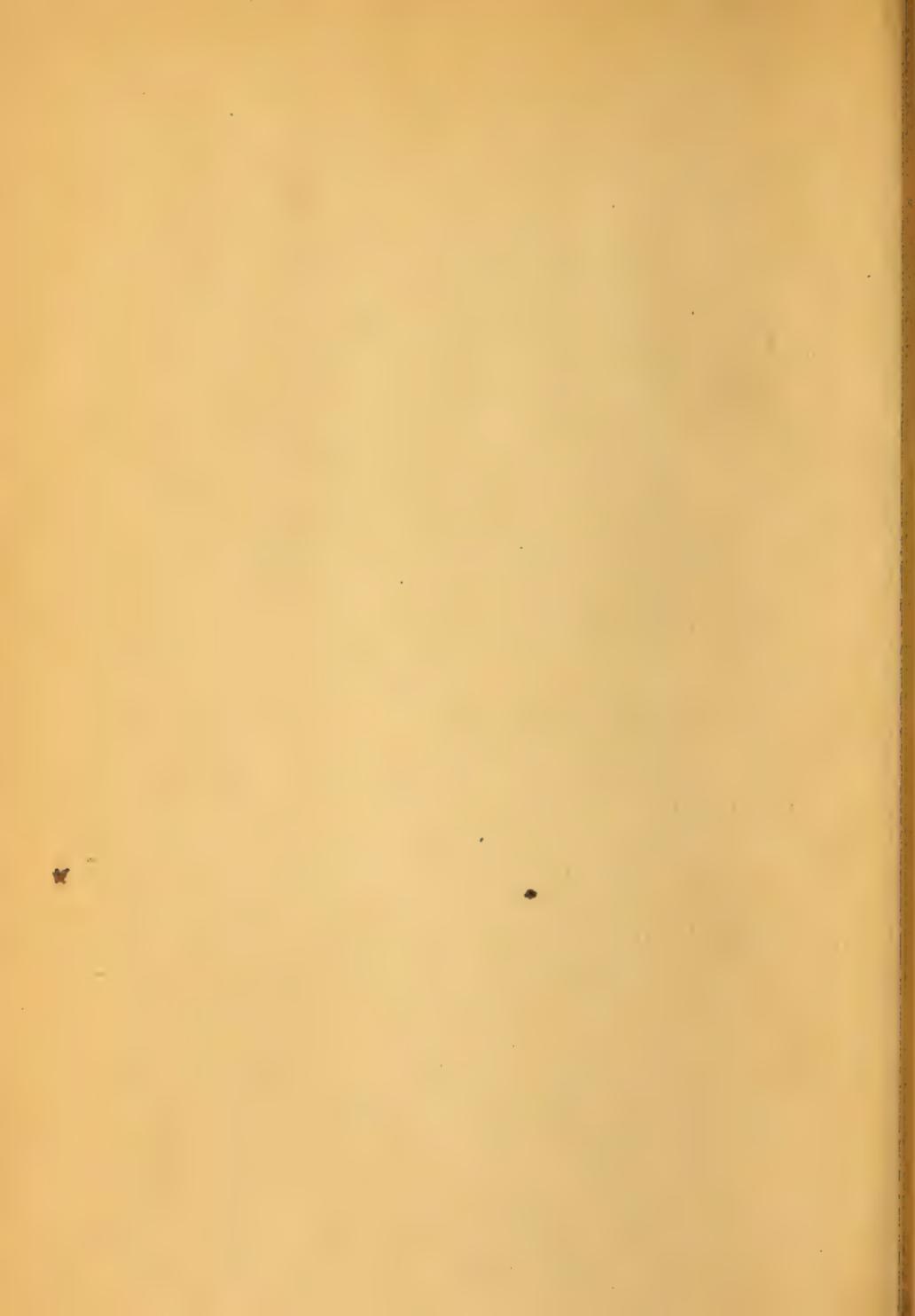
¡Ay, en cambio, de quien ante la condenación de torpezas, tropelías y necedades créese en el caso de darse por ofendido! Aquél es culpable.

---

NOTAS.—1.<sup>a</sup> Tal vez leídos a la ligera estos capítulos den una sensación de incoherencia; pero fijando bien la atención en ellos, se verá que van reflejando el ambiente que han formado los problemas sin resolver, como las nubes cargadas de electricidad crean la atmósfera en que se fragua la tempestad, esa atmósfera pesada y caliginosa que produce malestar.

2.<sup>a</sup> Las citas son arbitrarias. Sin necesidad de recurrir a autoridades, expongo lo que pienso, calculando, como Cervantes, que no necesito que otros me digan lo que yo sé decirme sin ellos.

ESTADOS DE ESPIRITU



# LA POLÍTICA, LA MORAL Y EL ARTE

## ESTADOS ESPIRITUALES QUE PRECEDIERON A LA GUERRA

Lo primero que me asalta es una duda: ¿realmente en lo más hondo de la vida humana existía el estado espiritual a que voy a referirme, o sencillamente era un elemento que, por más denso, flotaba en la superficie? Las ideas deformadoras de la filosofía, las costumbres que minaron los cimientos de la ética y las modalidades que modificaron la estética, sin contar las depravaciones políticas que socavaron los ideales y energías de los pueblos, ¿existieron dominándolo todo, o fueron cosas superpuestas?

Hacían falta profundos estudios comparativos para averiguar esto, un examen hondo y transcendental de causas y efectos.

Que el estado de descomposición existió, es cosa indudable. No puede objetarse a ello que floreció el arte, que acrecentase la riqueza, que la ciencia triunfó y los pueblos gozaron de un gran bienestar. Todo esto, aunque parezca paradójico, son síntomas de descomposición, de un lento caminar hacia la ruina. Los pueblos necesitan unas ideas

fundamentales, indiscutibles, para que su vida sea próspera, saludable, pero no con la ficticia salud que podría equipararse a ese falso vigor que proporciona a los individuos el uso de los venenos estimulantes.

### LA POLÍTICA

Las características de la política eran en el fondo una enorme rapacidad y un escepticismo frío y demoledor; en la forma un maquiavelismo teatral, exhibicionista, muy para la galería.

La rapacidad era de dos clases: nacional y particular. Un hombre llegado al Gobierno pensaba en primer lugar en engrandecer su país, cosa que, con una alta norma moral, hubiese sido admirable, pero que tal como se entendía venía a aplicar y ampliar la cínica idea famosa: «Los negocios son el dinero de los demás». Pues bien: esta misma teoría reducida era la que los hombres utilizaban para sí mismos.

La fraternidad humana no existía, y en cambio había además latente un escepticismo glacial, devastador de todas las bellas utopías.

En cuanto al maquiavelismo, mostrábase más que otra cosa como un juego sabio, para asombrar, algo así como el que realizan esos prestidigitadores que después de hacer misteriosos experimentos explican su clave.

### LA MORAL

La moral sencillamente no era tal. La vieja ética de los revolucionarios y librepensadores que

pretendían desterrar a Dios y sustituirle con ella, parecía tan pasada de moda como los miriñaques o los polisones. Dios era un personaje, un rey o emperador que se había ido y a quien no hacía falta sustituir para nada.

No había otra moral que la propia conveniencia, y si los hombres no asesinaban era porque un cadáver conviértese en fardo muy pesado en la vida, y si no robaban consistía en que habían aprendido que con las actuales organizaciones mundiales de la policía es casi imposible quedar impune, aparte de que la cuantía de los robos no pasaba habitualmente de unos miles de pesetas o unos miles de duros... y realmente no valía la pena.

#### EL ARTE

El arte es siempre un reflejo del estado espiritual de la Humanidad. El arte fué un poco descompuesto y arbitrario, pero gozó de un raro florecimiento. Pintores y escultores hicieron una obra nerviosa, desigual, extravagante a veces, pero fervorosa, plena de interés y de calor.

Mas, de las artes, donde principalmente refléjase el estado mental de los pueblos es en la literatura, y la literatura fué francamente malsana, una literatura de descomposición. Si repasamos la obra novelesca y evocamos, después de recordar la máxima de Stendhal, «una novela es un espejo que paseamos a lo largo de un camino», la galería de personajes de Mirbeau, de Regnier, de Lorrain, de Rachilde, de Binet Valmar, pensamos

que el mundo entero era una barraca de monstruos. Barnum tenía la palabra. Dejando de lado la literatura novelesca, si vamos a la teatral hallamos que no está en zaga con ella, y aun la poesía también aparece contaminada. Pero lo más extraordinario es la filosofía, que da la impresión de haber perdido su serenidad y reflejar un egoísmo bárbaro, un mundanalismo acomodaticio y un vago terror hacia ese abismo sombrío y profundo que se llama la Muerte.

Efectivamente, junto a rotundas afirmaciones de un *yo* absorbente, vense enternecimientos pueriles, casi femeninos; luego el tanteo en busca de una fórmula para dar una razón de ser a las inquietudes que atormentaban a las gentes, y todo ello dominado por un oscuro miedo a las sombras y glaciadas del «más allá».

## LA ARISTOCRACIA

### SUS ACTUACIONES EN LA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL ANTES DE LA GUERRA

#### I

Ante todo es preciso definir lo que es aristocracia. Claro que no vamos a admitir la acepción en que tiene el vulgo esa palabra (gente que ostenta títulos nobiliarios, da fiestas, bailes, hace *sport*), pues, además de frívola, esa definición sería inexacta, puesto que existen infinidad de gentes de la clase aristocrática que no ponen los pies en un salón ni por casualidad.

Busquemos algo que nos aclare sobre esto. No tengo que ir muy lejos: en el prólogo de mi primera novela, *Cuestión de ambiente*, la condesa de Pardo Bazán, a quien si de algo podríamos tachar es de parcialidad en pro, por pertenecer a la «clase», y por encontrarse bien en ella, dice, hablando de los ataques que a la «buena sociedad» se dirigen en novelas y comedias:

«Acaso la solución del problema sea una cuestión verbal; a menudo se discute sin término, por no ponerse de acuerdo respecto a la significación de un vocablo. Cuando los novelistas pesimistas

dicen pestes de la «aristocracia» quizás no se refieren a la «clase noble de una nación» (así la define el Diccionario de la Academia), sino a *la buena sociedad* que, según el mismo Diccionario, es «el conjunto de personas de uno y otro sexo que se distinguen por su cultura y finos morales.

Buena sociedad no es lo mismo que clase noble...»

Y más adelante sigue:

«Ni la buena sociedad se reduce a los aristócratas de la sangre, ni basta serlo para formar parte de ella...»

Y concluye:

«Así, pues, lo bueno y malo que sobre ella se escribe deberá aplicarse a cuantas clases sociales se mezclen en su terreno de aluvión.»

Pero yo, que ciertamente no he pecado nunca de benévolo con la sociedad entendida en ese concepto, voy a hablar de ella hoy en un sentido más elevado, en un sentido absolutamente imparcial.

## II

Aristocracia, en realidad, es selección. Los más fuertes y los mejores (en teoría ideal, naturalmente, pues la realidad dista siempre mucho de «lo que debiera ser») se colocan en las cumbres; después sus hijos, sus herederos y sucesores, sin las inquietudes ni fatigas de la lucha, van perfeccionando, afinando, esenciando los gérmenes hasta formar cualidades y virtudes «de raza». Li-

bres ya de las preocupaciones de fortuna y encumbramiento en que los que batallan tienen que perder infinidad de energías y cometer fatalmente mil pequeñas miserias y vilezas, que constituyen luego ese lastre terrible que se llama «el pasado», y que tantas cosas grandes, nobles y bellas malogra, pueden dedicarse al cultivo del yo, a perfeccionarse, a fortalecerse, pero sin perder de vista que este esfuerzo ha de aunarse al esfuerzo común de la clase, sacrificando algo del personal prestigio, pensando que por ir delante, por habitar las cumbres, hay un deber de «ejemplo», un deber de «impulso» y un deber de «consuelo». Ennoblecen la clase para luego acrecentar su propia nobleza perteneciendo a ella. Cuando los que están arriba se relajan, los de abajo dejan de creer en ellas; cuando no se cree en los ídolos se entra a saco en el templo.

No puede pedirse a cada uno de los individuos que integran una clase que sea un héroe, un sabio o un mártir; pero puede, sí, pedírsele que, al aceptar las ventajas, acepte también la parte de sabiduría, de heroísmo o de martirio que, como representante de esa clase, le corresponde.

Nietzsche da como ideal aristocrático: «La verdadera bondad, la nobleza, la grandeza de alma que nace de la abundancia, que no siembra para recoger, la prodigalidad como norma de la verdadera bondad, y como condición primera la riqueza de personalidad.» Esto es el ideal; ahora veamos la realidad.

## III

Hoy día se vive muy de prisa; no es posible esperar siglos para la selección. Luego, los medios seleccionadores, o mejor dicho, los medios de perfeccionamiento de la selección—instrucción, viajes, dominio en ciencias, fortunas, etc.—, están al alcance de todo el mundo. Así que la selección no puede hacerse en las razas, sino en los individuos. Además, las actitudes se hacen muy varias, y, siendo algunas veces antagónicas, son, sin embargo, simultáneas. El mismo Nietzsche nos lo dice en su libro sobre la voluntad: falta el «hombre sintético»; las especialidades van desapareciendo, y en su lugar surge el hombre múltiple, el hombre que pierde en energía lo que gana en variedad.

Este fenómeno se da en todas las clases sociales. Hay aún algunas que, por conservar algo de su disciplina medioeval, conservan con ella lo que podríamos nombrar «instinto de cuerpo», como, por ejemplo, en el ejército o en el clero.

En cambio, es aún más marcado en la clase aristocrática; los actuales aristócratas son políticos u hombres de negocios, diplomáticos o ingenieros, «y además» aristócratas.

## IV

Esta es la verdadera intervención que puede tener en la política la aristocracia, considerada como tal. En el perpetuo desnivel, que es ley

exista en todo pueblo, la misión de la aristocracia «ideal» es una misión directora y educadora.

Su verdadero papel es poner el prestigio de sus nombres, de su heredada posición y de su fortuna al servicio de supremos intereses de la nación a que pertenece; es ser los aristócratas los primeros, en una guerra peligrosa, y en atender a las reivindicaciones del proletariado y en toda obra de cultura, energía o auxilio social. Es dar el ejemplo de sacrificio en aras del bien común para exigir el mismo sacrificio a los demás.

## V

Pero en España la aristocracia no tiene ni los privilegios de la aristocracia inglesa ni la igualdad de que disfruta la francesa. Tiene que luchar entre el servilismo de los unos y la hostilidad de los otros (no sé qué es peor a la larga), y gasta la mayor parte de sus energías en defenderse o en creer que se defiende. Es un factor de la lucha política, y como tal hállase muy lejos de las mesetas de serenidad ideal en que sus iniciativas pueden ser útiles y provechosas. Encuéntrase entre el acatamiento total y absoluto de los unos y la hostilidad ciega, irrazonada, de los otros. Y en la disyuntiva límitase a intentar ponerse al abrigo del peligro y evita lanzarse en esas grandes batallas de la industria y de los negocios, que son precisamente las que, en el utilitarismo de la vida moderna, fortalecen el organismo de las naciones y las hace grandes, poderosas y temibles.

Si en vez de eso hubiese una igualdad «absoluta»; si el negocio del prócer se mirase sin prevención como el de cualquier banquero; si no se buscasen tampoco secretas complicidades y sólo se exigiese que fuese diáfano «legal», el dinero correría fácil, y el dinero es hoy día a las naciones lo que la sangre al cuerpo humano.

Los españoles, por un fenómeno que halaga su desidia, no desconfían de los que no tienen nada, pero aparentan desconfiar de los que lo tienen. Incapaces del esfuerzo para hacerse ricos, no quieren que los demás se lo hagan tampoco, y como el perro del hortelano, «ni comen...» Que se hunda la propia casa, pero viendo desde los escombros cómo se hunde la del vecino. ¿No sería mejor luchar porque la propia fuese la más firme, grande y suntuosa?

## VI

Claro está que una de las cosas en que con más intensidad tienen que reflejarse las transformaciones políticas de un país es en la economía del mismo.

Había antes una clase, la nobleza, que tenía vastos bienes, una clase media y un pueblo, pobres. El mundo de los negocios no existía; la división que refiriéndose a tiempos pasados leí hace años en una crónica de *Azorín*, en «hidalgos» y «ginoveses», prolongábase aún el pasado siglo. Súbitamente los grandes descubrimientos y la aplicación de mil fuerzas nuevas a la industria abrió

la esclusa a los magnos negocios y surgió una clase nueva: la plutocracia. La vida moderna cada día es más cara, las gentes tienen más necesidades, las clases proletarias piden justas vindicaciones y hace falta dinero. No basta tener grandes predios que produzcan una renta saneada: hace falta, repito, dinero que corra, que circule, que pase de mano en mano, que haga a algunos ricos y dé bienestar a todos. Y para eso son útiles y necesarias las grandes empresas industriales. Y claro está que los que manejan esas empresas constituirán una gran fuerza social, quizás una de las mayores existentes en el día, y que va sustituyendo a la aristocracia.

## VII

Pero para poder exigir las responsabilidades de que hablo, y vuelvo con ello al comienzo de este estudio, hay el grande, el enorme inconveniente de una enfermedad social, que, en los pueblos como el francés, donde no tienen los títulos pomposos y los grandes nombres influencia, ni moral ni material, en la gobernación del Estado, sino sólo efectivamente teatral para las cosas más banales de la vida, y aun eso a condición de ir sostenidos por los grandes capitales, carece de importancia, y que en las naciones fuertes como Inglaterra no existe, pero que en las monarquías, cual la española, en que pueden los que padecen su contagio pesar sobre los destinos comunes, tiene enorme transcendencia; esa enfermedad es

el *snobismo*, que convierte a la existencia en *gran mundo*, terreno de aluvión propicio a la satisfacción de la vanidad de cuantos tienen dinero y ganas de gastarlo en hacer sus prisioneros a quienes pueden darles honras y brillos.

Veamos un ejemplo: España no estaba en guerra ni nadie pensaba en ella para nada; por lo tanto, las damas enfermeras de la Cruz Roja (hay que salvar la transcendencia de la institución en sí misma y mirar tan sólo la manera *efectista* de tratarlo) eran una encantadora inutilidad. Pero había damas inglesas y francesas a quienes un heroico espíritu patriótico había llevado a servir así a sus países respectivos, y nuestras damas, aburridas por el forzoso encierro a que la guerra las condenaba (claro que había excepciones de verdadero altruísmo), sentaron plaza de enfermeras también.

¡Ahora hay una gran ocasión de mostrar esa abnegación y ese desdén al peligro! A ver: por esos pueblos de Dios faltan médicos, practicantes, enfermeras... ¿Quién quiere ir?

Me alegraré equivocarme, pero creo que nadie.

Y es que el *snobismo* es una plaga española; una plaga tan extendida e intensa que, no contenta con hacer estragos en la «buena sociedad», contagia hasta a los hombres políticos.

Así, a un pensador, a un luchador que ha pasado su existencia en la afirmación de una idea, en su fortaleza y en su victoria definitiva, apenas empieza a triunfar de verdad, apenas vese claramente que ninguna fuerza podrá detenerle, sátele al encuentro «la buena sociedad», la posición, la

elegancia, convertidas en sirenas que le atraen hacia los salones de los alcázares regios y de los palacios aristocráticos, donde se vuelve, sencillamente, «un cursi». Y cuando retorna a la calle es un fantoche sin personalidad, y su idea ha naufragado, y las gentes sonríen, encogiéndose de hombros y murmurando: «¡Bah, uno más!»

El *snobismo* le mató.

# LA ARISTOGRACIA EN LA GUERRA Y DESPUÉS DE LA GUERRA

## I

### FRENTE A LA LUCHA

Si aun en aquellos pueblos que, lanzados en el horror de la guerra, y que en ella se juegan quizá la vida, más que en el presente doloroso se piensa en el futuro, ¿cómo no pensar en él aquí, en España, país que ha conseguido hasta ahora permanecer aiejado de la lucha?

Efectivamente; más representa para las naciones beligerantes el «mañana» que el «hoy». El hoy es algo enorme, importantísimo; necesitan absolutamente la victoria; pero más importancia aún que ese hoy, anómalo y circunstancial, es el mañana, que puede llevar al bienestar y a la grandeza por el espacio de algunos siglos, o a la ruina y el aniquilamiento para siempre, que determinará una supremacía o una esclavitud. Mayor transcendencia que la victoria misma tiene el estado en que queden los pueblos después de acabada la contienda, pues el que esté en mejores condiciones para una rápida reacción que le per-

mita en plazo más breve el pleno juego de sus energías, ese será el verdadero vencedor. De una batalla perdida se reponen pronto las naciones; de un Tratado de comercio tardan mucho en reponerse. Siempre prácticos los ingleses, así lo han comprendido, y a eso tienden sus esfuerzos.

Dicen que España, si consigue escapar a los riesgos del choque, tendrá (lo dudo) un poco adelantado para su prosperidad; pero, en cambio, no poseerá el entrenamiento que los otros pueblos, acostumbrados durante la lucha a dar un máximo de su potencia. Necesita, pues, si el día de la paz quiere ocupar un lugar en el mundo que le haga olvidar pasados sinsabores, poner en juego todas sus energías, y aun así, todo el pueblo tendrá el gran contrapeso para sus aspiraciones en que, no habiendo sido *héroe*, no podrá pedir las reivindicaciones que como a tal puedan corresponderle.

\* \* \*

Nadie que tome el pulso a la vida española, nadie que ponga atención al latir de su corazón, dudará que estamos en un momento de renacimiento. Aquel indiferentismo que precedió a las guerras coloniales, y con ellas a nuestra tragedia, va olvidándose como una pesadilla.

La decadencia española llega a su punto más hondo en la guerra con los Estados Unidos; desde allí, donde era forzoso morir o reaccionar, comenzó a revivir. No se siente nada que sea muerte, ni descomposición, sino que, por el contrario,

aunque tal vez no todo lo de prisa que fuese de desear, se tiene la impresión de un cuerpo que recobra la vida.



Désele las vueltas que se quiera, al movilizar las fuerzas que constituyen la sociedad española, debe *aún* contarse con la aristocracia, puesto que es uno de los elementos principales que la integran.

Mas al hablar de aristocracia vuelvo sobre el tema de la necesidad de una distinción entre lo que vulgarmente entiende la gente por aristocracia—ese mundo que bulle, que luce en saraos y teatros y que llena las crónicas de salones—y la verdadera. Y sucede que esa agrupación, de que donosamente se burla el padre Coloma en sus novelas, y creo que la cita es ortodoxa, no es la verdadera aristocracia. Claro que hay personas de alto abolengo en ella, aunque mezcladas desproporcionadamente con otras de dudoso origen que vienen a lucir los millones o la posición política. En cambio sucede que hay infinidad de grandes señores que viven encerrados en sus rincones provincianos o cuidando de sus fincas.

Es útil y preciso que los verdaderos aristócratas cuiden de sus heredades; pero en la intensidad de la existencia actual no basta esto, no puede confinárseles a una misión campesina, ni tampoco a una misión filantrópica, puesto que la filantropía envilece a quien favorece.

En todas las grandes ciudades, al transformar-

se el concepto del trabajo, al dejar de ser obreras y obreros siervos de gleba, *cosas* en manos del *amo*, se han preocupado tratadistas y sociólogos de procurar facilitarles la vida. La caridad cristiana, a lo menos en la forma que se venía practicando, no bastaba; sucedía esto porque, para la que la caridad *sea*, hace falta un cierto espíritu evangélico, no sólo en quien la practica, sino en quien la recibe; desde el momento que sustituímos a las ideas en sacrificio y agradecimiento, las de derechos y deberes, la caridad ya no resuelve nada. Si examinamos un alma de mendigo, hallaremos en ella una visión particular de las cosas, una visión milenaria que acepta la idea de la miseria y el sufrimiento como un don de la fatalidad, ante el que no puede sublevarse. Y así, instintivamente, besará la mano que le da pan, y sus labios crispados de hambre y amoratados de frío murmurarán quejumbrosos un «¡Dios se lo pague!» Es un alma sumisa de can. Y no se me objete que hay malos pobres; eso no quiere decir nada, sino que los pecados aullan en su alma como los lobos en la noche. El gesto de los mendicantes es siempre el de los llagados que pintó Murillo tendiendo sus manos hacia Santa Isabel de Hungría.

Pero volvamos a lo de antes; la vida se ha transformado y la caridad no basta ya. Más conscientes de sus derechos, con una noción más clara de la dignidad humana, los que trabajan saben a lo que tienen opción, y así la caridad deprimente y humillante, *que no debe de ejercerse sino con los viejos, los enfermos y los impedidos* (y dejo voluntariamente a los niños, porque el primer deber

es enseñarles las rutas para ser hombres fuertes e independientes) tiene que dejar paso a una noble confraternidad humana.

Por esto digo que la misión de la aristocracia no puede ser puramente filantrópica.

## II

### LA ACTUACIÓN DE LA ARISTOCRACIA DURANTE LA GUERRA

La actuación de la aristocracia española durante la guerra ha sido sencillamente lamentable.

Considero un error su germanofilia (o, por mejor decir, la germanofilia que ha padecido una gran parte de ella), pero aun esto hubiese sido legítimo si hubiese sido realmente consciente.

Pero lo grave, lo intolerable en una clase que pretende ser guía y que tiene el deber moral de serlo, es la necia, la idiota inconsciencia que supone proclamarse germanófilo a todas horas y necesitar estar yendo cada ocho días a París y cada veinticuatro horas a Biarritz, vistiéndose en Francia, recibiendo todo de ella, no leyendo sino autores franceses... y aun haciéndose expulsar, no por conspirador, no por espía, sino por... ¡estorbo!

Estas gentes ignoran a Alemania, como ignoran a Francia e Inglaterra; no han visto de sus ciudades sino los hoteles; no han saludado a sus filósofos, ni sus sociólogos, ni sus poetas; jamás se han preocupado de su arte ni aun de su política, aunque aparentaban un fervor, casi místico, por ella.

Estas gentes admiraban de Alemania no lo que en ella había de admirable, sino la fuerza bruta (y ni aun siquiera por rudo entusiasmo), porque creían que esa fuerza bruta iba a servir para salvar su concepto jesuítico, acomodaticio y egoísta de la vida.

Sin verdadera fe religiosa, esperaban que un monarca protestante sostuviese su tinglado religioso social; incapaces de un real sentido monárquico, miran las monarquías como la muralla que salvaguarda sus vanidades; sin una noción pura de la nobleza y la raza, refúgianse en ella sin perjuicio de abrir sus puertas a los antiguos mercenarios enriquecidos.

Esa aristocracia que no es la verdadera, sino un terreno de refugio de advenedizos y *snoobs*, no tiene fe ni en Dios, ni en sí, ni en los demás; pero, incapaz del esfuerzo que supone hacer triunfar sus ideas, del valor que representa llevarlas a la calle, pretende con destemplados gestos y agrios desdenes imponerse a los otros.

Yo sé decir que, aunque nunca discuto con ellos temas religiosos, políticos, morales o internacionales, como un día cayese en la debilidad de, lleno del primer impulso de entusiasmo, anunciar a una dama amiga mía: «¡Han atado los belgas!», ella me interrogó muy interesada: «¿A quién? ¿A los ingleses?»

No; yo creo que la aristocracia puede tener nobles misiones; que con una preparación ya hecha, sin necesidad de hacerlo todo, puede seguir siendo una clase directora, pero a condición de que sea consciente... y comprensiva, a condición de no

ocultar su atrabiliaria germanofilia tras una hueca hispanofilia, sino de pensar y saber la razón de las cosas.

Y como si aun esto fuese poco, pretende hablar siempre en singular. ¿No habría acaso hondo sentido filosófico en el *nosotros* de los antiguos reyes? Al decir esto parecían encarnar a su pueblo todo. Nerón pedía que el pueblo tuviese una sola cabeza para cortársela. Es necesario que la aristocracia tenga muchas si no quiere que la decapiten fácilmente.

## LA ARISTOCRACIA EN LA CALLE

### CAMPAÑAS

He leído los discursos de la reunión celebrada por las derechas en el teatro de la Comedia, y no me han convencido. He hallado en ellos tres cosas: orgullo, acritud e incomprensión.

El pensamiento en sí me parece bien; mal la manera de realizarlo. No es modo de quitar pro-séritos a la Casa del Pueblo discursar en un teatro elegante, ante damas aristocráticas, sino que las campañas han de hacerse en la calle, en plena luz y en pleno aire. Las ideas no son verdad hasta que han resistido los vendavales. El aire es como la piedra de toque, para el valor real de las ideas. Un mitin en la Plaza de Toros, en el frontón, en el circo, es más audaz, más peligroso, pero tiene una mayor transcendencia.

Ante el avance de las izquierdas, ante lo que se les antoja el peligro, algunos aristócratas laboriosos, más modernos, más resueltos, que creen que hay algo más que las carreras de caballos y la vacuidad del vivir ocioso, emprenden una campaña. Bien. Pero el gran defecto de todos los esfuerzos, no sólo de la clase aristocrática, sino

de todas las clases españolas, es la intermitencia en el esfuerzo. Claro es que en las clases acomodadas, en estas intermitencias los espacios negativos son los mayores. No se acuerdan de Santa Bárbara más que cuando truena, como se dice vulgarmente.

Aun así y todo, es de elogiar. El solo hecho de ir hacia el pueblo es reconocer su existencia y confesar que de él se recibe la fuerza. Pero es preciso ir sin orgullo y sin acritud. Sin orgullo, porque el orgullo o altivez crea una hostilidad en guardia, una sorda rebeldía. No hay que decir «soy», sino «somos». Sin acritud, porque la acritud repele y hace estar instintivamente en guardia.

No ser depositario de las tablas de la ley, sino un hombre más, que busca las rutas perdidas. Pero, sobre todo, hace falta un programa que oponer a otro programa; ideas claras y soluciones concretas; no pedir incondicionalidad, sino explicar diáfananamente dónde vamos y dónde queremos llevar a los demás. Tal vez todo el secreto de que el carlismo, pese a su estructura arcaica, pese a que su mismo caudillo haya renegado de él, pese a todo, sigue subsistiendo, es ese. Encauza un pensamiento y los que comulgan en él lo acatan y consideran como la solución; tal vez también el secreto del derrumbamiento de la liberal monarquía de Luis Felipe, en Francia, estuviese en ello, en que no representaba idea alguna, ni pensamiento alguno.

UNA INTERPRETACIÓN DE-  
MOCRÁTICA DE LA GUERRA

Para que en un pueblo puedan ser desterrados los tópicos heroicos, para destruir el sentido «místico» de la guerra, hácese necesario que ese pueblo tenga un superior sentido del derecho y el deber, y esté gobernado por los hombres que merezca.

Ni Inglaterra ni los Estados Unidos han necesitado de «chin-chin» heroico para ir a la lucha, y en ella ser grandes y fuertes. Ni reivindicaciones, ni ideales patrióticos, ni entusiasmos inútiles; la convicción de la necesidad de una más perfecta organización del mundo y una enorme serenidad; he ahí todo.

Ambas han enviado ejércitos poderosos a los campos de batalla, pero los hombres que en ellos formaban «casi voluntariamente», sólo estaban allí para llenar un deber de ciudadano. Corrían riesgo de morir, pero como lo corre el médico en una epidemia, el aviador o el mecánico en una fiesta deportiva; fuera de ello, tenían todo el bienestar compatible con la vida de campaña, y, además, la seguridad de que los suyos estaban atendidos, no por una caridad humillante, sino por el Estado, «que también cumplía con su deber»; sabían que al volver encontrarían sus hogares intactos y mejoradas las condiciones de la vida, y, por lo tanto, su esfuerzo era «igual, sereno y consciente».

## ANTE UN MANIFIESTO

El Centro de Acción Nobiliaria me envía un manifiesto. Mi primer impulso es de asombro. Cuando se inicia una campaña, parece primordial saber exactamente lo que piensan aquellas a quienes nos dirigimos en busca de apoyo, cosa realmente fácil cuando un día y otro lo hacen constar desde las columnas de un diario. Si la acción del Centro fuera para incorporar la nobleza al movimiento liberal del mundo, para señalarla sus nuevos deberes, el lugar que en la caravana que marcha hacia el progreso ideal le corresponde, con fe y entusiasmo prestaría mi ayuda. Creo que en la nobleza española, bajo el necio temor de algunos por cosas banales, hay mucho, muchísimo bueno, muchísimos materiales aprovechables para lo más sólido del nuevo edificio; pero no creo que sea el camino esas excitaciones partidistas, ese hablarnos en nombre de cosas circunstanciales en vez de hablarnos en nombre de la Humanidad.

Díganos cuáles son sus nuevas normas de vida, cómo van a fundir en su crisol las aspiraciones del proletariado, cómo van a aceptar las reivindicaciones justas, a adaptarlas a las realidades de la existencia; cómo van a componérselas para que el trabajo sea equilibrado, llevadero, posible, para que todos y todo sea lo que merezca y pueda ser. Vuelva los ojos a las palabras que pronuncia el rey de Inglaterra, que espontáneamente se hace cargo y ofrece lo que debe de ofrecer; pero dejen en paz a Rousseau, a la Revolución

francesa, y, sobre todo, pongan sordina a sus palabras; déjenos de «demasías ominosas, de chusmas encanalladas», y hablen con la alta y noble serenidad de quienes saben remontarse por encima de vulgares pasiones de bandería.

## OTRAS MODALIDADES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

### LA YERNOCRACIA

Voy a hablar ahora de una plaga o enfermedad que existe en la actual política española: la yernocracia. Aunque no tiene conexión ninguna con la aristocracia, tiene algo de caricatura de ella, y es infinitamente más peligrosa. Ninguna de las razones que abonan la aristocracia o la plutocracia abonan la existencia de su caricatura, la yernocracia (uso el vocablo como más sintético, aunque no es yernocracia solamente).

Por muy torpe, obtuso y díscolo que sea el heredero de un nombre aristocrático, la educación y el esfuerzo de sus padres podrán sembrar en él las suficientes ideas de nobleza para que viva con decoro; en cuanto al sucesor de una gran fortuna, si no la sabe manejar, la ve fatalmente pasar a otras manos. Pero que un hombre haya tenido el don de gobernar no es una razón para que sus hijos y yernos y nietos lo tengan también. Y lo peor es que en vida de su pariente, y guiado y amparado por él, va escalando todos los puestos, y por fin, el día en que queda solo es inútil para

esfuerzo personal, y rémora y obstáculo para el esfuerzo de los otros.

Vivimos en régimen de democracias, y justamente, la ventaja de este régimen, ventaja a cambio de la que puede perdonársele no pocos inconvenientes, es que «los que valen» pueden llegar. No merece la pena vivir en una democracia, si abolido el poder personal del monarca, que al fin y al cabo ligado a la nación había de desear su florecimiento y mirar su gloria como gloria propia, y compartir sus días fastos y nefastos, este poder se da a los políticos que, sin perpetuar sus virtudes, pueden perpetuar sus defectos en larga sucesión, si a Marco Aurelio sucede Cómodo.

• LA VANIDAD DE...  
NO HACER NADA

El robo del Museo del Prado ha puesto de manifiesto la inutilidad de esos Patronatos, vacuos y teatrales, que sirven tan sólo para halagar la vanidad de unos cuantos señores, muy dignos, muy caballerosos, pero que no entienden una palabra de lo que pretenden patronar, y no tienen ni tiempo ni gana de ocuparse de ello, o lo que es peor, que escudados en estos grandes nombres sin tacha y de una honorabilidad indiscutible, unos cuantos vividores mangoneen a su antojo.

Uno de esos cargos debiera presuponer que la persona que los acepta—seré discreto y no diré los solicita—entiende realmente de las materias de que ha de ocuparse, poseyera, pues, capaci-

dad y estuviese dispuesta a sacrificar una parte de su tiempo, de su trabajo y hasta de su dinero, si lo tiene, al deber que se ha impuesto.

Pero una dirección y un Patronato como el de nuestro Museo... ¡hombre, por Dios! Un artista, una de las personalidades de nuestro arte, viejo y enfermo, pero, en fin, que puede pasar como una figura decorativa al frente. Otra figura más joven que aspira a una gloria que de seguro conquistará, pero cuya posesión le exige todo su tiempo... En cuanto a los patronos, grandes nombres y aun buenas voluntades, y si me apuran nada, vulgares culturas; con decir que algunos pasan todo o o casi todo el año en el extranjero, y otros no ponen los pies en el Museo, está todo dicho.

No; eso no puede ni debe de ser. Los cargos están para aquellos que tengan capacidad y voluntad de trabajo. Los antiguos grandes señores a quienes dedicaban libros, no los leían; pero a lo menos pagaban la edición. Ahora, fuera del duque de Alba y algún otro muy raro prócer, ninguno hace nada.

#### LA DIGNIFICACIÓN DE LOS CARGOS PÚBLICOS

Todos sirven para todo. O los hombres tienen un maravilloso talento ecléctico, o los cargos son cosa de juego que no necesitan preparación técnica ni aptitudes.

Hubo un tiempo en España en que nadie sabía nada hondo ni interesante. Bastaba conque los militares fuesen valientes; los curas, fanáticos;

los abogados, elocuentes, y los escritores, rimbombantes o ingeniosos. Hoy, afortunadamente, no es así: todo el mundo estudia, aprende, trabaja fervorosamente. Sólo los políticos son una excepción.

Y sucede que, como los cargos son para los hombres, y no los hombres para los cargos, no se toman la molestia de prepararse. ¡Ser ministro! He ahí el gran ideal. Pero, entiéndase bien, no serlo para desarrollar una doctrina, ni para realizar una obra, sino serlo por serlo, por la posición, por el poder, por el *auto*, los respetos... ¿Qué más da serlo de Fomento, que de Instrucción, que de Hacienda? ¡Serlo!

Y así un hombre dice, al cesar en su cargo, que era absurdo estar en la Dirección de Penales, él, cuyas aptitudes referíanse a los problemas agrícolas. Y aun en este caso hay plausible franqueza y buena voluntad; pero otros mienten y son verdaderos detentadores de cargos públicos.

#### LA COMUNIDAD ESPIRITUAL

Una vez aún, y ésta con tan inusitada violencia que ha costado su cargo al rector, se ha planteado una de las más interesantes cuestiones universitarias: la de la falta de espiritual compenetración entre los estudiantes y sus profesores, entre éstos y el rector. En realidad, no se trata sino de uno de tantos problemas españoles en cuyo fondo radican tres de los venenos fatales que corroen los más bellos ideales: pereza, egoísmo y falta de fe en el porvenir. Cuando un hombre como Mi-

guel de Unamuno está al frente de una Universidad, hay que ver en él al *maestro* por excelencia.

Bella cosa es ser maestro; pero ser maestro no es limitarse a enseñar los conceptos de una ciencia o de un arte: ser maestro es moldear las almas de los discípulos, es reflejarse en ellas, infundir ideas, sentimientos, mostrar puntos de vista, hacerles la ciencia asimilable, identificarse con ellos y conseguir que ellos se identifiquen con él. La frase de que la Pedagogía «es un sacerdocio» no es una banalidad cualquiera: es una realidad, pues hácese preciso que, como en el sacerdocio, se renuncie a los bienes del mundo para, en cambio, sentirse vivir en otras vidas y tener algo de creador. Para compensación, y como premio al sacrificio, el maestro que así entienda su misión nunca, nunca se sentirá solo, pues cada uno de sus discípulos será un hijo espiritual, un hijo que le venere y quiera como a verdadero padre. Maestro fué Cristo, y bastaron doce discípulos, humildes pescadores, que le amaban y creían en él, para difundir por el mundo la buena nueva.

Así el maestro procurará que sus obras de texto sean fáciles, útiles, material y moralmente asequibles; en la cátedra será claro y pondrá tanto esfuerzo en enseñar como el discípulo en aprender, y en la vida será bondadoso, acogedor, abordable. Por su parte, los estudiantes mirarán en él al verdadero «maestro» y sabrán responder a sus esfuerzos. Así llegaríase a lo que es el ideal de la vida universitaria, a una convivencia perfecta, a una existencia que, sin privar a los mu-

chachos de las alegrías de su edad, les enseñe a encauzar los esfuerzos. Tal sucedía antes de la guerra en algunas Universidades inglesas, belgas y alemanas, y así debe de suceder.

Conseguido esto, no faltará sino un alto ideal para todos: el noble ideal de hacer patria; pero no en el sentido romántico, sino en el de labrarse un bienestar que sea una pieza armónica en el mosaico del bienestar nacional, pensando con una alteza de miras que no excluye al egoísmo, puesto que el egoísmo es humano; que cuanto más grande sea nuestro país más grandes seremos nosotros mismos.

#### LOS ESTUDIANTES

Cuando recorremos un periódico con atención; cuando, no buscando afanosamente para encontrar una noticia, sino leyendo con amor para hacernos cargo realmente, tratamos de desentrañar el sentido de cualquier noticia, indiferente al parecer, hallamos que por la fuerza de nuestra atención las noticias se abren como puertas encantadas a un *sesame* misterioso.

Curioseando el otro día en *Heraldo de Madrid* esa rara sección que se titula «La voz de la calle», hallé, firmada por «Muchos estudiantes», una carta, en que solicitaban del señor Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional, unas horas más de lectura, de modo que éstas no coincidiesen con las de clase. Aunque (y esto me pareció interesante, porque quita el peligro de que el deseo responda al mayor número de tiempo dis-

ponible, por más que también esto mismo sería loable) no se sirviesen a los visitantes «sino obras de texto».

No sé qué suerte habrá corrido la petición; pero quiero extraer la moral de la petición.

Conforta el espíritu observar las nuevas rutas que sigue la juventud española. Si vamos al Ateneo, a la ya citada Biblioteca Nacional, a cualquier Centro de cultura, nos hallaremos con que una gran cantidad de jóvenes ocupan horas y horas los pupitres. No son los melencólicos poetas de antaño, ni los bohemios que, a falta de sitios mejores, se hayan refugiado allí: son jóvenes estudiantes de Medicina, futuros abogados, médicos próximos a concluir la carrera o recién concluída ya, que, limpios, correctísimos, pensando en labrarse un porvenir, y tal vez en constituir un hogar, estudian afanosamente, consultan libros, examinan mapas y planos, y por todos los medios posibles procuran hacerse una sólida cultura que les sirva, no para engañar a un tribunal de exámenes, sino para practicar con aprovechamiento su carrera.

Y es preciso, si los españoles queremos ser algo, que este esfuerzo se intensifique aún, pues para los demás pueblos de Europa la guerra no ha sido un alto, sino, por el contrario, una escuela de energía, y nuestra futura prosperidad está en incorporarnos a ellos sin el desgaste de la guerra, ya que no quisieron ir a ella.

## LOS FACTORES DEL HEROISMO Y LOS FACTORES DE LA VICTORIA

Alejémonos de «filias» y «fobias», remontémonos a regiones más claras y puras, donde se respire mejor, y con un poco de reposo espiritual tratemos de investigar la situación anímica de España, apliquémosla como un ácido las circunstancias de la vida actual para ver hasta qué punto se perturba y decolora.

España no puede o no quiere—querer es poder—intervenir en la guerra. Claro que puede tener que intervenir como intervendría en una pendencia un señor que, sentado en la mesa de un café, viérase envuelto en una riña promovida por los de la mesa contigua; pero serenamente, conscientemente, con pleno dominio de su voluntad, con clara conciencia de dónde va, lo que quiere y las ventajas que va a obtener, no puede ir, según unos, porque no es lo bastante fuerte para saber hasta dónde ha de llegar, porque no es lo suficientemente consciente, fría y dueña de sí para medir ventajas e inconvenientes, según otros, porque hoy por hoy, relajada la disciplina

social, es incapaz de un movimiento acorde en que todos se compenetren hacia un solo fin. Aunque yo soy de los que creen que debíamos compartir las penalidades de los pueblos hermanos, si queremos en la hora del triunfo ser admitidos a la mesa de los vencedores, es indudable que para ello necesitaríamos de una rápida e intensa preparación.

Dice Ramón Pérez de Ayala, en su interesantísimo libro *Política y toros*, recientemente publicado: «Entiendo que está resuelto el problema político cuando está planteado de común acuerdo, aunque las soluciones a él sean diversas, discrepantes.» En España no sucede así, pues, al plantearlo, a cada uno, voluntaria o involuntariamente, se le olvida uno de los factores, y así cada problema es distinto del otro.

#### LOS FACTORES DE LA VICTORIA

Para que un pueblo venza, para que sea grande y fuerte, necesita un factor moral: fe; dos factores más: preparación y disciplina. Pero existe aún un factor que vale mucho más que todo eso, un factor tan importante que tal vez [sea el que decida esta guerra: la confianza en nuestro derecho.

Los españoles han perdido la fe; un negro pesimismo, una visión lúgubre, amarga, desencantada de las cosas, la ha sustituido; una visión que no es de ascetismo depurador y tónico, sino de descorazonamiento amargo y destructor de ener-

gías; han perdido la fe en Dios y en sí, y no la han concentrado en ningún principio superior.

Hubo un tiempo en que en la vida el heroísmo lo era todo: bastaba conque un hombre desenvainara la tizona para dominar la tripulación rebelde de una escuadra, o que un capitán quemase sus naves para conquistar un imperio fabuloso, o que unas mujeres se asomasen a las almenas de un castilló para decidir la victoria. En aquel tiempo, el carácter español, rudo, enérgico, sobrio, recio, dominó al mundo. En aquella leyenda de indomable valor se sustentó toda la fe que los españoles pusieron en sus victorias. Aunque múltiples derrotas vinieron luego, fueron cosas lejanas; la situación de España hacía casi imposible traer la guerra a su propio suelo, y como los medios de comunicación eran difíciles, los detalles llegaban mal, esfumados por la distancia. Además perdíanse países extraños, casi desconocidos, y eso... En la guerra contra Napoleón la victoria fué nuestra. Claro que el heroísmo hizo mucho, muchísimo; pero la casualidad ayudó no poco.

Llegamos en el momento oportuno, fuimos la gota de agua que desbordó el vaso, la milésima de presión necesaria para acabar de derribar al coloso. Esta victoria ayudó a mantener la fe heroica. ¡Qué digo mantener! Exaltar, galvanizar, fervorizar. Luego las guerras, o fueron civiles, y no hubo sino oponer un hombre a otro hombre, o coloniales, y esas seguían siendo lejanas. Aún en la guerra de Africa fuimos heroicos; todavía en Cuba y Filipinas el heroísmo lo hizo todo.

Pero surgió la guerra con los Estados Unidos. Fué una explosión, no de fe, que es cosa grave, reconcentrada y silenciosa, sino de entusiasmo ciego, de fanfarronería, de petulancia. Como si aún se tratase de conquistar un imperio azteca, casi quemaron las naves; como si fuesen a defender Avila contra las hordas agarenas, creyeron bastante con armar algarabía desde lo alto de las almenas; como si se tratase de conquistar Granada, cada español ofreció no mudarse de camisa. Un Gobierno culpable no tuvo el patriótico valor de decir: «Vamos a la guerra porque lo pide el honor; pero estad seguros de la inutilidad del sacrificio.» Y sonaba el «chin chin» de la marcha de *Cádiz*, y los vivas vibraban en el aire, y se aplaudía sin tasa, y damas piadosas colgaban medallas del pecho de los soldados aún, cuando comenzaron a llegar las nuevas infaustas del desastre, y tras ellas la procesión de pálidos y amarillos fantasmas que paseaban bajo el sol implacable sus huesos, sus máculas, su miseria y sus harapos. Entonces los españoles aprendieron que todo no eran guerrillas en el mundo, que para vencer hacían falta cañones y barcos, y una ciencia de la guerra y una ciencia de gobierno. Al loco optimismo sucedió un pesimismo trágico, negro, absurdo también; a la idea de que nadie podía vencernos suplantó la de que no podíamos vencer a nadie. Como esas personas muy nerviosas que tras los momentos de entusiasmo caen en un aplanamiento invencible, así cayó la pobre España en una languidez mustia y relajadora, sin pensar que vivía aún, que la derrota podía ser una lección que le lim-

piase de falsas ilusiones, y que «en la escuela de guerra de la vida lo que no hace morir hace más fuerte».

#### LOS OTROS FACTORES

Para imponerse por la fuerza de las armas hacen falta dos factores: preparación y disciplina.

España vive, ¡ya lo creo que vive!; su energía acumúlase de día en día, sus resortes se hacen de acero, y «pese a todo», cada hora aumenta su caudal de fuerzas. Hay algo, sin embargo, que malogra esto en gran parte, y es sus hombres de gobierno. No es que no tengan talento, energía, buena voluntad: es la contextura de la vida política, es que necesitan de todas sus fuerzas para «llegar», y lo que es más triste, para «sostenerse» luego.

Dice Zimmerman en sus estudios «La soledad», que los hombres, para poder planear grandes empresas, para poder depurar sus pensamientos y trazarles una vía de realización, necesitan de la soledad. Pues bien: los políticos españoles no pueden estar solos nunca, sino que forzosamente han de vivir rodeados de gentes que representan y encarnan mil pequeñeces anuladoras.

En cuanto a la disciplina social, es mala. Las gentes no aceptan un pensamiento y con él una norma de conducta; no quieren que su pensamiento tenga una estabilidad capaz de evolucionar por altas y poderosas razones, sino que quieren evolucionar a su antojo, a merced de su capricho.

Así que, sin una organización que aproveche las múltiples energías de España, sin una preparación intensa y sin una gran disciplina, todo es imposible.

Tres años ha habido para preparar, aprovechando el estado del mundo, un país rico, fuerte, apto para decidir su destino, y nada se ha hecho. Sonará la hora...

Diciembre, 1917.

# LA HORA DE ESPAÑA

## EL MISTERIOSO RELOJ DE LA HISTORIA

En ese misterioso reloj en que la Historia va señalando la hora de los pueblos, ha sonado la de España. Que en cuatro años los gobernantes, torpes o cobardes, no hayan querido oír la, no significa que no haya sonado. Ha sonado y han repicado las campanas, y el pueblo español las ha escuchado entre las brumas del sueño, las ha escuchado vagas y confusas, pero las ha escuchado. Sucédele algo de lo que a esas gentes que oyendo dormidas tocar a fuego sueñan con un incendio. No necesitan sino despertarse para entrar en situación.

Otra vez marcaron ya las agujas la hora de España en el gran reloj. Entonces, una mujer, una gran reina, a quien forzosamente se han de volver los ojos al hablar de afirmación de nacionalidad, comprendió toda la importancia que aquella hora tenía, y un fuerte ensueño de poder, de expansión y de dominio ardió en su alma. Fué tan grande, tan grande, que lo fué quizás demasiado. No pensó que su vida era limitada y que había que contar «con los que viniesen después». Como

todos los grandes conquistadores, creyó al tiempo su aliado, cuando era su enemigo.

Y el pomo maravilloso de las virtudes hispanas quedó abierto y su esencia se esparció por el mundo. Y las frágiles carabelas que debieran ser portadoras de la buena nueva tornáronse por fatal sortilegio en pesados galeones, que con el oro trajeron todos los vicios que habían de corroer la vida española.

\* \* \*

Pero mientras España se desangraba por la gloria que estaba en los campos de Italia, Flandes, Méjico y el Perú, y en la molicie del dorado metal que le hacía creerse rica dejaba sus campos secarse y morir, tornarse en yermo sus praderas y sus bosques en desierto, en Europa repetíase el mito de los atlantes que colocaban montañas sobre montañas para escalar el cielo, o el mito de la torre de Babel. El hombre olvidó la tierra; borracho de industrialismo, fuerte con las armas de la mecánica, tan sólo pensó én vencer a la naturaleza, en robarla su secreto, en anularla, si eso era posible. Y la naturaleza se burló de él. Sin América, sin Asia, en Europa hubiésemos muerto de hambre. Todos los prodigios de la ciencia moderna, toda la habilidad de los sabios no hubiesen bastado a sustituir esa tierra que dicen Dios nos mandó regar con el sudor de nuestras frentes.

¿Cuál es, pues, la nueva ley que se divisa como un lábaro de paz? La ley de la tierra. El hombre

ha de volver a la tierra, ha de amarla y ha de ver en ella la madre. Sin paz, todos esos prodigiosos inventos que lucían en las urbes modernas, algo fabuloso y artificial, son inútiles. «El pan nuestro de cada día...»

Y en ese retorno a la tierra está quizás el porvenir de España, está tal vez su gloria, su justificación y su razón de ser.

Mayo, 1918

## GENTES Y COSAS

### LOS POLÍTICOS

Se ha formado un Ministerio de notables. Maura, Dato, Romanones, Cambó, Alba...

Pasado el primer impulso optimista, aunque no la buena impresión ni la esperanza, las gentes empiezan a preguntarse qué van a hacer los hombres que actualmente rigen los destinos de España. Sin ir más lejos, en *El Sol* encontramos un interesante artículo que estudia y trata de encontrar las razones por qué un pueblo que ha silbado a cada una de las figuras que rigen sus destinos, ahora les aplaude y vitorea viéndolas juntas. Tal vez háy una razón más, aparte de las aducidas, y sea ésta que todos juntos le hacen concebir la esperanza de que no se neutralizarán sus esfuerzos en pro del bien general con estériles luchas de bandería. No basta que esos hombres resuelvan cuatro puntos concretos; han de resolver muchos más; ya que *están*, precisa que sepan sacrificarse y empleen sus energías en encauzar la marcha de la nación hacia un florecimiento que ha de tener expansión el día de la paz.

Además, como se ha dejado que los grandes problemas que agitan al mundo se acumulen con otros, pequeños, pero importantísimos para la vida interna española resulta que es preciso desbrozar y sembrar a un tiempo. La mansa anarquía que se ha disfrutado muchos años; las contemporizaciones, no con las ideas políticas, que deben respetarse y convivir, sino con los torpes procedimientos en que el bien individual pretendía anteponerse al bien general; el desorden y la indisciplina exigían y exigen previamente una obra enérgica.

Cuando se creía muerta, en el escepticismo de la vida moderna, la Fatalidad de que hablaban los griegos, ahí está, sólo que ha cambiado de nombre; ya no habla el Destino por boca de la *Sibila* sentada sobre la piel de Pitón; pero habla por medios más vulgares: expansiones territoriales, necesidad de nuevos mercados y nuevas rutas a la riqueza, afinidades de pueblos, incompatibilidades de ideas políticas.

#### EL PUEBLO

Hay en el pueblo español una virtud que se trueca fácilmente en vicio: el entusiasmo. El entusiasmo tiene mucho de físico y lleva aparejado el cansancio. La misma tendencia que padecemos los españoles de enfervorecernos con cualquier cosa nos obliga a abandonarnos luego en un estado de aburrida amnesia.

La huelga de brazos caídos es todo un símbolo.

Es necesario una fuerte disciplina que evite el malgaste de energías y en cambio fortalezca la

voluntad colectiva, haciendo de ella un arma, la más formidable de todas las armas.

#### LA CORONA

Cuando se habla del rey las gentes no saben colocarse en las puras alturas de las especulaciones filosóficas. Yo no he vivido junto a él y no le conozco, pues; lo mismo sucede, no sólo a la inmensa mayoría, sino a sus panegiristas y a sus detractores. Unos le ensalzan hasta las nubes sencillamente porque es el rey, otros le denigran por la misma razón.

Creo en su buena voluntad; un rey no tiene otra gloria que la gloria de su pueblo; si su pueblo es grande, lo será él; por lo tanto, hay que prejuzgar esto. En cuanto a su obra, el rey es joven, y la obra de un rey no puede juzgarse hasta mucho tiempo después de muerto. Así igual los que con una mal entendida fe monárquica quieren alzarle ridículas estatuas—tienen, los que lo deseen, muchos medios más útiles de servirle; sin ir más lejos, luchando en las elecciones por su causa, empleando la fuerza moral y el trabajo personal en hacerla triunfar—que los que le atribuyen culpas que no tiene, debe creerse que lo hacen mirándole como a un símbolo. Y he aquí justamente otra de las causas del atraso de todas las cosas: la cuestión de la forma de gobierno.

Hace muchos años que se discute y ventila esto. Pero una vez fracasado, por culpa de sus hombres, el intento de República y desechada la nueva dinastía, en vez de girar perpetuamente en

torno a esa cuestión valdría más luchar por la incorporación de la esencia democrática a la Monarquía española.

#### LAS CORTES

Durante muchos años, tal vez desde la guerra de la Independencia, la labor de los hombres en España fué meramente negativa; destruir, sin pensar en el peligro de que los escombros les cogiesen debajo; destruir, para que las ruinas sirviesen de pedestal.

Cerradas las puertas que comunicaban con el mundo, prisioneros en un ambiente pequeño y mísero, sin elementos comparativos que sirviesen de contraste a su propia pequeñez, realizábase el dicho vulgar de que «en tierra de ciegos...» Nadie aspiraba a ser un valor absoluto, sino que contentábanse con serlo relativo. Eran como habitantes de una isla ignorada, ignorantes ellos a su vez de la existencia de los otros. Pero el mundo no se había detenido por eso, sino que la humanidad en marcha descubría nuevos horizontes, nuevas fuerzas, y con ellos derechos y deberes. Los españoles continuaban siendo como habitantes de una ciudad murada que perfeccionasen sus medios de defensa contra las catapultas y las hondas, mientras se inventaban la pólvora y las armas de fuego.

De la hecatombe colonial las almas débiles o rutinarias salieron vencidas para siempre; pero hubo otras que tuvieron el valor de no mentirse ni mentir a las demás, y emprendieron una labor,

primero, de disciplina, y luego, de propaganda. España, aunque lentamente, demasiado lentamente, mejoraba, y con trabajo se iba incorporando al mundo. Tal vez todo hubiese continuado así sin la guerra: Pero la guerra hizo alzarse a los que dormían, andar a los que permanecían quietos, correr a los que andaban. Y así llegó para España el trance de vida o muerte en que está.

Y no vale en este trance el egoísta «¡todo va bien!» de los que no quieren interrumpir su digestión en quebraderos de cabeza, ni menos la actitud de esos pájaros australianos que creen que con meter la cabeza bajo el ala el problema está resuelto, pues no viendo ellos el peligro deja él mismo de existir. No; en las circunstancias actuales, ante las mareas vivas, se puede, o resistir como una roca, o aprovechar la corriente para acrecentar la fuerza y la velocidad, pero no dejarse mecer al capricho de las olas.

\* \* \*

Tal vez, en la situación en que está el mundo entero, la gran solución sería una labor de juventud, de entusiasmo y de fe. Caminar delante de la revolución, quitar de ella todo lo que pueda haber de faccioso, de violento, de perturbador, sustituirla por una evolución; en que se aceptase cuanto demandan las necesidades sociales y el progreso humano.

¿Por qué asustarse de unas Cortes Constituyentes? Unas elecciones verdad, con una clara, in-

tensa y noble preparación; unas elecciones sin suplantaciones gubernamentales, pero empleando todas las energías en evitar que otros puedan, con propagandas de relumbrón, con falsas promesas y con mentidos fervores, suplantarla tampoco. No mentir, pero no dejar mentir; apoyarse en la verdad y en la propia conciencia. Ofrecer lo que se pueda dar, diciendo «por qué no se puede ir más allá» y qué hay que hacer para ello, es decir, un programa claro, conciso, «leal»; no escamotear un problema vital tras una parada teatral. Y cuando esta sinceridad resplandeciese, cuando se viese que ciertas cosas se concedían, no en una coacción, sino en una voluntad de justicia, se realizaría el milagro. La «masa neutra» de que habló el señor Maura, los hombres honrados y de buena voluntad, los que estudian, luchan, trabajan, los militares, los ingenieros, los médicos, los abogados, se pondrían al lado de quien tal hiciese, y España estaría salvada.

# EL HOY Y EL MAÑANA DE LA VIDA ESPAÑOLA

## I

### LA DISCIPLINA

Vuelvo los ojos por doquiera, buscando *la verdad acerca de España*, y me encuentro que el estado real de nuestro país es muy floreciente, a pesar de la enorme catástrofe de que es víctima el mundo en estos últimos tres años. Desde el desastre del 98 la población se ha acrecentado, el trabajo intensificado, la industria ha aumentado sus riquezas. Hay regiones muy prósperas; otras que, a pesar de la honda crisis, sortean pasmosamente los conflictos; otras que, aunque más lentamente, van incorporándose al vivir moderno. ¿Las primeras materias son caras? Nunca han producido más las fábricas y talleres. ¿El papel está caro? Nunca hubo tantos ni tan interesantes diarios y revistas como ahora, ni los editores publicaron más y mejores libros. Los negocios han perdido aquel cariz netamente español, de juego de azar; los hombres estudian y meditan. Claro que existe incomodidad, que las subsistencias son

caras, que no hay todo el bienestar que fuese de desear entre las clases trabajadoras; pero volvamos los ojos a otros países, y en vez de mentirles a los de aquí falsas maravillas, mostrémoles que por mal que estemos nosotros siempre estaremos cientos de veces mejor que ellos. Recorramos, sin falsas patrioterías, pero también sin convencionalés pesimismos, la tierra española, y veremos por todas partes nacer nuevas industrias, agrandarse las ciudades, descubrirse ocultas riquezas. Madrid mismo, ¿no se ha desarrollado a nuestra vista? Y no se me arguya que eso es riqueza para los ricos; no. Eso es riqueza para todos. Claro que hay miseria; siempre la habrá. Aun suponiendo que llegase un momento de igualdad absoluta, al cabo de un mes habría unos que poseerían más que otros, y mientras el que holgase y bebiese iría perdiendo, el que fuese trabajador y fuerte acrecentaría su bien, y así, al cabo de algún tiempo, la riqueza habría cambiado de manos, pero seguiría habiendo pobres y ricos.

Y si España se halla en tales condiciones, ¿qué es lo que la impide medrar?, se me preguntará. Pues lisa y llanamente, la falta de disciplina. Porque no hay que darle vueltas, el pecado más español es ese: el de la indisciplina.

En España todos, grandes y pequeños, están dispuestos a dar el máximo de su energía, a llegar al sacrificio, al martirio, a la muerte, con tal de *ser ellos*. Obedecer, no; ser el eje, el caudillo, el director, la unidad, en una palabra. Y sin embargo, la grandeza de un pueblo está integrada por dos cosas: un cerebro y un esfuerzo. Porque

justamente la labor de ese cerebro ha de ser imponer continuidad y orden a ese esfuerzo.

El secreto de la grandeza de los pueblos estriba en tres cosas: en querer, en saber lo que quiere y en tener voluntad para perseverar hasta el fin.

La guerra actual demuestra mejor que nada el valor de la disciplina. Tal vez todo el secreto del primer triunfo de los Imperios centrales consistió en su disciplina; cuando los aliados fueron venciendo su indisciplina moral fueron haciéndose fuertes y temibles.

## II

### LOS GALEONES DE AMÉRICA

Y un día esta guerra acabará y los millones que hay en el mundo, y que nadie habrá escondido bajo tierra, saldrán a la superficie, y rodará el dinero. Un ansia febril de rehacer lo que se ha destruído, de engrandecerlo y embellecerlo de prisa, muy de prisa, espoleará las voluntades. Y entonces faltarán brazos y se buscarán hombres. Ese momento será el momento peligroso para nuestro ficticio esplendor, no para el real, que corre debajo y que sinceramente cree que no podrá impedirse ya, sino para el otro, el florecimiento de relumbrón.

Nuestros hombres, los brazos más útiles, partirán. Pero esto que a primera vista parece un mal (como superficialmente lo parece la emigración a América), si sabemos aprovecharlo puede transformarse en un gran bien. Esos españoles se ale-

jarán temporalmente, y, si tienen voluntad, no sólo harán riquezas, sino que en la fiebre industrial del mundo aprenderán a manejarlo, y cuando vuelvan aquí la experiencia adquirida les servirá para engrandecer su patria. Aparte de esto, habrán llevado por la tierra la nueva de nuestro verdadero pensar y sentir y atarán lazos de simpatía y de respeto. Si alguno queda lejos, será en países extraños una avanzada de su patria. Inglaterra nos ha dado un alto ejemplo de lo que puede hacerse.

Lo que es inadmisibile es lo sucedido en América. Al acordarme de los galeones cargados de oro, sumergidos en el fondo del mar, me parece un símbolo doloroso. Todas aquellas riquezas fueron estériles, inútiles, perjudiciales; sólo nos enseñaron a dormir hasta que el ruido de la tormenta vino a despertarnos. Un solo trozo de tierra cultivado habría valido más que todos ellos.

El único vínculo que realmente une aún a la metrópoli con sus hijas de allende los mares es espiritual: el oro brilla en el fondo del mar como un tesoro maldito.

## EL LÍMITE DEL DERECHO

Nuestro derecho acaba donde comienza el derecho de los demás. Esta sentencia, que podría firmar Perogrullo, es, sin embargo, de ser tenida en cuenta, base de buen gobierno.

Iba yo una de estas soleadas mañanas paseando por los barrios bajos; un sol tibio y dorado, un sol «de caridad», puesto que consuela de momento (e inutiliza a la larga) caía tibio y bienhechor sobre los hombres. En las aceras las comadres cosían y charlaban mientras jugaban los chiquillos, y los transeúntes veíanse obligados a caminar por el arroyo, lleno de barro e inmundicias. Si intentaban tomar posesión de las aceras, las gentes allí instaladas protestaban en nombre de esa peregrina teoría «la calle es de todos», tan mal aplicada y comprendida.

En realidad, la teoría de las comadres, ampliada a todos los aspectos de la vida y agravada por tratarse de gentes que tienen el deber de dirigir, es la que informa la idiosincracia española.

Que nos hallemos a gusto en una postura no significa que tengamos derecho a ella.



Yo creo que las clases directoras en España padecen un error de apreciación lamentable y peligroso. La leyenda de la avestruz, que por ta-

parse ella la cabeza y no ver el peligro cree que no existe, se repite aquí hasta lo infinito.

Algunas personas reprochan a los escritores la audacia de ciertos temas. ¡Hablar de revolución! ¡Por Dios!... ¿Pero es que por haber callado ministros, aristócratas y cortesanos en Rusia y en Portugal evitóse que la revolución llegase al fin? No; es mejor hablar, y hablar claro. El ejemplo de esos dos países nos dice que las revoluciones, a lo menos en bastante tiempo, son de bondad dudosa pero nos dice también que para evitarlas hace falta evolucionar rápidamente, fuertemente, intensamente, sin miedo.

Tremendas crisis se avecinan de seguir la guerra. No importa nada que en los palacios aristocráticos, en los teatros, en los restaurantes, en los cafés, tirite la gente de frío; eso no tiene transcendencia; no importa tampoco que pase igual en casa de los obreros; si todos comparten el mal con solidaridad, la misma solidaridad llevará la conformidad consigo. Pero es preciso que no cesen las industrias, que no se interrumpa el tráfico ni la comunicación entre las poblaciones, ni nada que realmente afecte a la economía de la vida nacional; es preciso que todos puedan esperar «sin hambre» mejores días.

\* \* \*

Maura, el ídolo de las clases conservadoras (no porque le comprendan, sino porque le creen salvaguardia de las cosas que desean conservar), Maura ha lanzado el apóstrofe.

«Si mi voz sale de este recinto y llega a los poderosos, vuestro ejemplo me sirva para decirles que faltan abiertamente a su deber. Y no sólo que están faltando a su deber, sino que son unos suicidas, pues no tienen en cuenta que sus títulos, su saber, su riqueza, su significación, no se les han concedido para pasearlos ni para que, dejando incumplidos sus deberes, sometan tan valiosos elementos a la infecundidad.»

He aquí unas fuertes y claras palabras de hombre que sabe decir la verdad.

Ha llegado la hora de las siete vacas flacas del sueño de Faraón. ¿Cómo luchar? La caridad no basta. Hay los viejos y los inútiles, a quienes es preciso amparar; pero, fuera de ellos, «la sopa boba» sólo cuando, por desidia de todos, han llegado horas atroces, puede admitirse. Por lo demás, es desmoralizadora. Lo que hace falta es una labor de pedagogía, no científica, sino social: crear trabajo para que no falte pan, crear riqueza para que todos puedan ser ricos.

La caridad no basta. Hay momentos en la Historia que se precisa más que caridad, mucho más que caridad. Se precisa vivir una vida sobria, clara, fuerte, una vida fecunda, una vida, no de renunciamiento, pero sí de sacrificio. Las clases sociales, cuanto más altas están, cuanto más noble es su representación, más elevada misión tienen que cumplir. Y esa misión, que es muy bella, muy noble, muy envidiable, es también una carga pesada.

Quédense los fáciles placeres para las gentes de aluvión que no se sabe de dónde vienen ni

adónde van, que son estrellas fugaces que apenas vistas se apagan, y acepten ellos su deber. Ser de los elegidos es bella cosa; pero también hay que saberlo ser.

Encarnan abstracciones muy altas y muy grandes «que no deben desaparecer», son personificaciones de ideas; pero por lo mismo no pueden tomar la vida como un juego.

Hay que vivir sobriamente, pobremente, mientras dure la guerra, conservando del lujo sólo lo que da de comer a los demás, lo que hace vivir, y aun eso hay que nacionalizarlo, que españolizarlo. ¿Por qué, pongamos por ejemplo, los automóviles no han de ser españoles? Es preciso proteger la industria, pero téngase en cuenta que hay dos clases de industrias: las que crean riqueza y las que la atraen. Las primeras—fábricas, saltos de agua, explotaciones agrícolas, ferrocarriles, minas—son las interesantes; las otras—estaciones de placer, juego, carreras—no sirven para nada. Todo lo más son los galeones de América, que no traían energía, sino molicie. Aparte de que a los seis meses de concluir la guerra, en cuanto haya un Dauville, un Ostende, un Niza, todo eso se vendrá abajo; los pajarracos exóticos alzarán el vuelo en busca de más amplios horizontes, y San Sebastián será las corridas de toros. Y las carreras lo que fueron cuando las organizaba tan sólo la española Sociedad de la Cría Caballar. Si no, sonará *la hora*.

Enero, 1918.

NOTA.—Claro es que nadie hizo nada y todo siguió igual a como estaba y la hora va a sonar.

# LAS RESERVAS DE ENERGÍAS

## LAS FUERZAS VIVAS

Con la actual vida española sucede algo realmente extraordinario; todos los elementos que integran la economía nacional aparecen en descomposición: la política, desquiciada y ayuna de esa noble disciplina que engrandece a los pueblos; el ejército, falto de la interior satisfacción necesaria a las grandes empresas; el comercio, agobiado y restringido por onerosos tributos; la industria, sufriendo honda crisis; la navegación, comprometida, y, en fin, la tierra, que es la verdadera riqueza de las naciones, inculta.

## EL GRAN ERROR DE LA VIDA ESPAÑOLA

La teoría de Prat de la Riba, la teoría de las ondas que, según se van alejando del centro, van agrandándose, siendo muy curiosa es, sin embargo, peligrosa aplicada a la política de un pueblo, y es el gran mal de la vida española. Me explicaré: si las ideas se engendran en un alto círculo limitado, o sea en una aristocracia gobernante, tardan mucho tiempo en llegar hasta las capas inferiores del pueblo, es decir, hasta los verdaderos gobernados, y cuando llegan, muy palideci-

das y deformadas, ya en las capas superiores se han incubado y han surgido nuevas ideas, lo que origina fatalmente un divorcio entre directores y dirigidos.

Parece, por el contrario, más natural que el pueblo, en la evolución de sus necesidades, de sus deseos y de sus aspiraciones, dé vida a ideas informes y oscuras que, bien por un rápido ascenso a las capas superiores de la sociedad, bien por encarnarse en un héroe u hombre representativo, se cristalicen y hagan diáfanas hasta constituir los credos informadores de la vida colectiva.

Pues bien: en España, este sentido, que es el verdadero sentido de las democracias, se desconoce o ignora. En España gobierna una aristocracia; pero ni siquiera una verdadera aristocracia que junto a grandes defectos tiene grandes ventajas, sino una falsa aristocracia política, que es la peor de todas las aristocracias.

#### LOS CAUCES IDEALES

Hay cauces ideales por donde, una vez abiertos, deslízase insensiblemente la vida para fertilizar esos simbólicos jardines que se llaman grandes naciones. Tales cauces han de ser hondos, limpios, de firme y claro trazado, sin obstáculos que enturbien las aguas ni sinuosidades que les hagan desbordarse. Justamente, los gobernantes que merecen el nombre de tales tienen la misión de abrir esos cauces, pero no con la vista fija en su pradera tan sólo, sino en los vastos campos que las aguas han de recorrer después. Un esta-

dista no puede pensar sólo en «su momento», sino que ha de pensar en la serie inacabable de horas que han de venir tras él. Puesto que la vida es una cadena, hay que pensar en todos los eslabones.

Lo primero que hacía falta es que España se bastase a sí misma; la fertilidad, variedad y riqueza de su suelo haría que fuese así a poco que los españoles pusiesen de su parte. Un país que se basta a sí mismo tiene la mitad de su camino andado. Luego, la situación geográfica, las variedades de clima, todo, todo podría contribuir a una posible grandeza.

#### LA GLORIA PERSONAL

Pero para todo esto sería preciso que entre las dos glorias, la alta y noble gloria que corona después de la muerte, y la vulgar, pero grata y provechosa, que proporciona en la vida honores, riquezas y placeres, se optase por la primera de ellas.

Realmente la gloria de un estadista es la gloria de su pueblo; digamos mejor: la gloria de los hombres se mide por la gloria del pueblo a que pertenece. Es necesario, sin embargo, dar la vida a la obra para que la obra sea digna.

Algunas veces, ante la inimitable belleza de un viejo monumento, pensamos cómo sin medios «pudo ser». Y todo el secreto está ahí, en que aquellos hombres dieron su vida a su obra.

AL ACABAR LA GUERRA



# LA ENERGÍA, SUS CAUSAS PRODUCTORAS Y SU APLICACIÓN A LA REALIDAD ESPAÑOLA

## PROLEGÓMENOS

El interés de todos los países, pero muy especialmente el interés de España, está ya «post guerra». Esto tiene una explicación muy sencilla. Los demás pueblos—salvo los escasos que, como el nuestro, han permanecido neutrales—, al acabar esta lucha se encontrarán con una parte de las cosas hechas; constituirán grupos o núcleos que, si bien (aunque al principio, por las disposiciones dictadas, no puedan contraer alianzas) estarán ligados o alejados entre sí por una mutua simpatía o antipatía, y hasta por una compenetración o incompatibilidad de intereses, tendrán que obedecer, sin embargo, a líneas de conducta generales para las que han luchado juntos; esto no quiere decir que coincidan en todo, sino que, conservando su punto de vista particular, coincidirán en algunas cosas fundamentales. Si coincidiesen en todo, sería un paso hacia la realización de la utópica fraternidad universal.

Digo, pues, que los pocos neutrales que quedan

tendrán que bastarse a sí mismos, por lo menos al principio, y se hallarán en situación parecida a la de Robinsón en su isla. Pero Robinsón, en su isla, para pasarlo menos mal, tuvo que dar un gran desenvolvimiento a su voluntad, a su energía, a su ingenio. Sin ello hubiese caído en la imbecilidad o en la animalidad. Me parece absurda la neutralidad. La respeto; pero si el pueblo español quiere convencernos de que al ser neutral obedecía a razonamientos y no a impulsos, es preciso que al acabar la guerra sepa bastarse a sí mismo, constituir una verdadera personalidad en el equilibrio de los pueblos. Para ello ha de haber una ideología española, algo más que el «pan y toros», el «¡vivan las caenas!», el «pan llevar», el «trampa adelante», las hogueras inquisitoriales «para quemar ideas», los conjuros para alejar las epidemias, las rociadas de agua bendita para purificar el aire y los desfiles de parada para tranquilizar los espíritus.

#### LAS CAUSAS PRODUCTORAS DE LA ENERGÍA

Las causas productoras de la energía son de dos clases: unas espirituales y otras materiales, aunque en gran parte se enlazan y compenetran unas con otras.

Las espirituales son la fe, la voluntad, la constancia, la disciplina. Pero la fe reviste dos maneras absolutamente diferentes: una, la fe ciega, inconsciente, que lo esperó todo de las voluntades superiores, y la otra, la verdadera, que consiste

en que la fe que tengamos en los demás «nazca de la fe que tenemos en nosotros mismos»; que estemos tan seguros de nuestra fuerza y de nuestros derechos; que estemos, por consecuencia, seguros de que los otros no atentarán a ellos.

Esta misma clasificación puede aplicarse a las demás causas espirituales, muy en especial a la disciplina, pues no es igual obedecer con los ojos vendados que obedecer sabiendo que nos llevan adonde queremos ir.

Entre las causas materiales están el bienestar, la educación, cultura general, desenvolvimiento progresivo de energías...

No vale decir: «¡Vamos a crear escuelas para dentro de ocho años; cuarteles, para dentro de diez!...» No; dentro de ocho años habrá otra generación de analfabetos; dentro de diez, nadie sabe cómo habrán de ser los cuarteles. Es preciso trabajar rápida, violenta, radicalmente. Hay que hacer grandes sacrificios, gastar cuanto sea preciso gastar, manejar el dinero, ni como el tacaño pueblerino, que deja a las plagas invadir su tierra por no emplear unas pesetas en extinguirlas, ni como el pródigo que tira, sino como el hombre de negocios que sabe administrarse.

#### HACIA EL TRIUNFO DE LOS PRINCIPIOS LIBERALES

Es inútil que los espíritus pusilánimes, que las *almas en cuclillas* protesten y se revuelvan indignadas. Una sola idea en marcha vale más, es más fuerte que todos los ejércitos. Para tomar Jericó

no hizo falta asaltar la ciudad: bastó con hacer sonar las trompas siete días en torno a ella.

Triunfen unos u otros, lo mismo da; la que, en verdad, habrá triunfado en esta guerra, la que ha triunfado ya es la idea de la libertad. No sirvió que, al comenzar la lucha, los hombres dijese que la emprendían por el predominio de una raza o de un pueblo, por las reivindicaciones patrióticas o sociales, por el comercio o la industria. Una idea ha ido apoderándose de todos, dominándoles a todos, forzándoles a todos a luchar por ella. Hace veinte siglos, en un rincón de Judea, Cristo lanzó la idea de la fraternidad, de la igualdad humana. Desde entonces la idea está en marcha. Ha sido estéril que todos la hayan combatido. Ni los ejércitos de los Césares, ni los de Barba Roja, ni los de Atila, ni la gloria de los emperadores y los papas han podido con ella, ni los que la combatían en nombre de él, ni los que encendieron hogueras, ni los que peregrinaron a Tierra Santa han logrado matar esa idea. Una vez rasgado el misterio que velaba el espacio, los hombres han medido la trayectoria de los astros más lejanos; hallada la idea, nada ni nadie será a detenerla.

Pero he aquí que dos grandes fuerzas españolas, los políticos y los aristócratas, sienten un invencible horror hacia la libertad. Es un horror ciego, irrazonado; un horror miedoso, que, no dejándoles atacarla a la luz del sol, oponer una idea a otra idea, les hace agazaparse en la sombra, para apuñalarla o ridiculizarla.

Todos o casi todos nuestros políticos—¿por qué ha sobrevivido Ventosa a Rodés?—tienen una

filiación ultraconservadora, y los que no entran en ella con fervores de neófitos (la palabra neófito es demasiado noble, y mejor cuadraría la de «parvenues»). He ahí la causa de que no creamos en ellos y de que, cuando piden una limosna de paciencia, de abnegación y de sacrificio, nos encojamos de hombros con desdén. «¡Hay que raciocinar la luz, el carbón, la gasolina!... ¡Lo pide la patria!...» Y al día siguiente vemos que ha habido carreras de caballos o que han bendecido los «autos» en una romería. Entonces pensamos que lo que quieren es vencernos por la astucia, imponernos algo que nos repugna, a traición; nada más.

No; la libertad está en marcha. El que valiere, valdrá en sí y por sí; las nuevas rutas del socialismo llevan a una alta tasa del trabajo.

## EL AMBIENTE ACTUAL

¿Existe realmente un sumergido hervor que sube en burbujas a la superficie de la vida española? ¿Vivimos «de verdad» misteriosas sacudidas intensas que resquebrajan la corteza y hacen surgir inopinadamente columnas de llamas? ¿Es cierto el malestar español o es una mixtificación que aprovecha las agitaciones generales en todo el mundo?

Unas personas, «las de orden» (?), me dicen: «Todo está muy mal. Graves amenazas...» Otras, «los díscolos, los descontentos», parodiando al gran político, claman: «¡España no tiene pulso! Parece imposible que ante acontecimientos como los que apasionan a la Humanidad...»

Esforzándome en guardar mi ecuanimidad miro a un lado y otro, observo, estudio y vengo a una conclusión: ni veo al señor de Guillotín afilando su cuchilla, ni creo que estemos en una Arcadia feliz; más bien estamos en una de esas necias Arcadias de guardarropía en que se incuban las catástrofes.

En realidad, el problema español no es problema, sino una serie de problemas, algunos endémicos, otros circunstancialmente provocados por

las causas fortuitas. Tres principales se destacan: el desnivel entre la pobreza ambiente y la carestía de la vida; la detentación de la dirección social, política y moral, por una oligarquía, y el problema catalán.

El más grave de todos ellos es el abaratamiento de la vida y el enriquecimiento del país. Para abaratar la vida no hay sino una atención constante y sostenida y una energía sin límites. El enriquecimiento es más lento, más complicado y más difícil, requiriendo un gran esfuerzo en todos y un formidable espíritu de sacrificio en la unión y en la soledad de los españoles. Igual al enriquecimiento que al facilitamiento de la vida opónense varias causas, unas materiales, como la pereza y desidia del carácter nacional, la relativa facilidad que para vivir ofrece el clima, la sobriedad que viene cultivándose hace siglos... y otras morales, como las corruptelas de la política, que para vivir necesita de complicidades que sólo puede hallar en otras corruptelas.

Más grave es la barrera que se opone a las evoluciones ideológicas; es una barrera en que no hay sino vanidades e intereses, y ahí justamente está su peligro. La frase que he estampado al comienzo de estas líneas, la denominación de detentación de la dirección social por una oligarquía, es la exacta.

Se habla al buen tun tún, sin datos y sin conocimiento de causa, de la aristocracia, de los políticos, de la sociedad... ¡Pobre aristocracia! La mitad de los aristócratas viven modestamente, casi pobremente, y los gastos de representación,

de caridad, etc., etc., son casi siempre superiores a sus fuerzas. Es como los políticos; los de verdadera altura están en el ostracismo. No, no son esos. Los que lo manejan todo son gente de aluvión, recién llegados, enriquecidos, aventureros más o menos disfrazados, politicastos, tertulios traidores de las grandes figuras, parientes mediocres, gentes que no son nada, que no significan nada, y, lo que es aún peor, que no aspiran a nada más que a «relucir» (observen que no digo brillar, pues ni aun eso saben). Cuando hay un verdadero aristócrata o un verdadero político, es el más discreto, el más mesurado, el más comprensivo. Los «nuevos» son los que gritan, los que apostrofán, los que detonan, porque siempre ha sido de neófitos las intemperancias y los alardes.

Es, pues, una oligarquía *snob* y yernocrática la que detenta la vida pública, la vida pública, política, social, mundana. Esa es la que, día tras día, pide que se «fusile a la canalla asalariada», sin perjuicio de poner sus caudales a buen recaudo... por si acaso.

Queda el problema catalán, el más grave, peligroso y difícil de resolver. Seamos justos: los catalanes lo han planteado con una gran serenidad y una gran medida; el Gobierno lo ha acogido con la atención y el respeto que merece; pero yo no sé si es fatalidad española o si hay gentes interesadas en forzar los términos de la cuestión; el caso es que, como si no hubiese enmienda posible, como si estuviésemos condenados a una perpetua y vacua verborrea, ya han salido los consabidos

tópicos, los lugares comunes, el chin-chín patriótico, los vivos y los muertas.

No; es indudable que la idea de la pseudoseparación de Cataluña, encuentre una opinión adversa, que el sentimiento popular castellano no le es propicio, pero esa misma oposición hábilmente conducida es transformable en una corriente fraternal de afecto, en una fusión de intereses, en calor de afecto, mientras que así, entre vivos y muertas, acabará por agriar y hacerse algo irremediable. En la guerra hemos dejado a Cataluña alejarse de nosotros (de quince mil voluntarios que envió España, doce mil fueron catalanes); en la paz hemos desconocido sus ideales.

Hay que amarla, hay que escucharla y que respetarla. Es preciso, fríamente, ecuanímente, enterarse de cuáles son sus aspiraciones, y buscar las fórmulas que compaginen todos los intereses «sagrados», pues si sagrados son los de Cataluña, sagrados son también los de Castilla, y viceversa.

Si echamos la llave al sepulcro del Cid, es preciso guardar en un armario la marcha de *Cádiz*. Tengamos en cuenta que los triunfadores se encuentran siempre, y que nada hará más estrecha la unión de Castilla y la tierra catalana como una comunidad de ideas, de aspiraciones e intereses.



# CONTORNOS Y OBSERVACIONES

LOS PECADOS POLÍTICOS



## BUSCANDO EL ALMA ESPAÑOLA

Cuando realmente la civilización parecía condensada en una forma determinada, de la que ya no saldría sino al través de una lenta descomposición que le llevase en larga sucesión de años a morir; cuando ningún agente extraño divisábase en el horizonte, he aquí que los pueblos se lanzaron unos contra otros prontos a destrozarse entre sí, como los guerreros en el mito de Jason.

Esta lucha entre gentes que pertenecen a una misma civilización tenía que traer forzosamente uno de dos resultados: o detener o transformar. O detener la decadencia o, purificando la atmósfera de vicios y fortaleciendo virtudes, transformar la vida. Esto, que en una guerra colonial no tenía razón de ser y que en una guerra entre dos pueblos, en que fatalmente tenía que haber vencedores y vencidos, era imposible, sólo podía pasar en una conflagración mundial.

Sucede que muy rara vez guerras y revoluciones están hechas por los pueblos; es un pequeño núcleo de pensadores, políticos y hombres de acción el que pone las cosas en marcha; pero también, una vez en marcha, las ideas llegan a las capas más densas y allí se hacen firmes. Lo que

en las alturas era teoría, en el pueblo se transforma en sentimiento; pierde entonces todo lo que en ella hay de egoísmo y se metamorfosea en abnegación y entusiasmo. Dice Gustavo Le Bon en su libro «Enseñanza de la guerra europea»: «Es natural que el alma individual sea egoísta, puesto que el individuo pensó siempre en sí mismo; pero no es menos natural que el alma individual, exclusivamente preocupada de la raza, lleve al individuo a sacrificarse por los intereses de ella.»



En realidad, bucear en el pasado de España es empresa que ofrece dificultades casi insuperables. Es muy fácil rehacer la Historia; pero ésta es tan varia y compleja, intervienen en ella elementos tan opuestos y antagónicos, que extraer su moral es algo que raya en lo imposible. Desde Pelayo a Isabel la Católica (y falta saber si en muchos de los esfuerzos de la Reconquista hubo una idea generadora de nacionalidad) no hizo sino buscar su personalidad. En la reina Católica llegó al pleno dominio de ella; pero quiso la fatalidad que, apenas esbozada la idea española, cuando, libre de la intervención de todo agente extraño, iba España «a ser», partiera el príncipe D. Juan a dormir sus ensueños a su tumba de Avila y la reina doña Juana sus quimeras de amor a un convento de Tordesillas.

Entonces empezó para España una vida azarosa de gloria, de triunfos, de victorias y de con-

quistas, «pero no española». Nada que significara su verdadera riqueza se cultivó; nada que fuese sólido bienestar, interior prosperidad, evolución lenta y segura; se conquistaron tierras fabulosas, los capitanes de sus ejércitos triunfaron al través de Europa, vinieron los galeonos cargados con el oro de América; pero los campos permanecieron yermos, el Tesoro exhausto y las industrias languidecieron. Fué España como esos banqueros audaces que emprenden negocios fantásticos, que poseen fortunas hiperbólicas, que manejan millones, pero que en realidad no poseen nada, y al llegar la hora de la liquidación hacen bancarrota.

Sin embargo, sucede que algunas veces se da el curioso fenómeno de que un pueblo, sacudido por grandes revoluciones políticas, sigue normalmente su camino, y esto estriba en que tal vez las revoluciones y las sacudidas y convulsiones violentas no son sino tanteos en busca de una clara ruta y de verdaderos guías. Después del indudable, aunque desordenado y mal encauzado, renacimiento, sobrevenido a raíz de la catástrofe colonial, no puede afirmarse en justicia la falta de vitalidad española. Más bien podría decirse que agentes ajenos a la voluntad colocaron durante mucho tiempo el ideal español fuera de España, y de ahí una indiferencia difícil de curar ahora. Al despertarse en el viejo solar, al día siguiente de la derrota debió ver el pueblo español que ya no bastaba con luchar allí, sino que para vencer necesitaba primero fortalecerse y luego derrocar los obstáculos alzados en siglos por los

demás, mientras él luchaba en luengas tierras batallando por locas utopías.

Pregúntase Henri Bergson: «Si cada uno de nosotros viviese una vida puramente individual, si no hubiese sociedad ni lenguaje, ¿sabría nuestra conciencia sin punto de comparación darse cuenta de la varia serie de estados internos?»

Pues bien; es aún más difícil hallar nuestro «yo» cuando, distraídos por las cosas externas, no tenemos tiempo de volver los ojos hacia el propio espíritu. Claro que las nociones viven obscuras dentro de nosotros, pero no acertamos a percibir las si no es con el revulsivo de un gran dolor o de una gran vergüenza.

\* \* \*

Y llegamos a la situación actual de España. Las ideas en marcha después del desastre han evolucionado con rapidez vertiginosa. Lo que debió hacerse en siglos se ha hecho en años, y esto ha dado por resultado que dos generaciones, una que no ha entrado aún en la ancianidad y la otra apenas llegada a la madurez, se encuentran frente a frente. Las dos representan valores estimables, las dos coincidirían tal vez en algunas ideas generales; pero son incompatibles respecto de los procedimientos. El pueblo asiste curioso, sin saber mantenerse en el fiel, con una tendencia a admitir lo viejo; «fijándose atentamente se ve que los pueblos son siempre muy conservadores», dice el ya citado Gustave Le Bon en su libro «La Revolución francesa y la psicología de las revolu-

ciones». Pero si esto es cierto, también lo es que están prontos a, si los empujan, precipitarse en las violencias de los motines callejeros. Falto está, pues, de educación cívica que le enseñe al pleno uso de sus derechos y al pleno respeto de sus deberes.

Dos generaciones, en vez de esforzarse por entenderse, opónense dos tópicos, falsos ambos. Los viejos se escudan en el españolismo y nos reprochan el amor a los aliados y la simpatía por las vindicaciones catalanas. Pero el concepto así mirado se empequeñece, se hace sinónimo de católico-clerical y de monárquico-dinástico—no en el alto sentido especulativo de monarquía—, se hace, en fin, sinónimo de germanofilia. Los jóvenes hablan en cambio de una europeización humillante y servil.

En tal estado de cosas, la forma de gobierno, no teóricamente, sino prácticamente, es lo accidental. La monarquía constitucional como forma de regirse un pueblo ofrece en realidad grandes ventajas, permaneciendo tan lejos de la fácil descomposición de los gobiernos republicanos como de las tiranías del absolutismo. Pero para ello es necesario que el constitucionalismo funcione, verdaderamente en una plena ponderación de poderes, que el Parlamento ejerza funciones fiscales y que los dos poderes se equilibren y contrapesen. «No se mata a los gobiernos, sino se suicidan ellos» (sigo citando a Le Bon)

Ya que la monarquía constitucional existe en España, es mejor aceptarla así, con lo que se evita el perpetuo período constituyente y todas las

sangrientas luchas que por culpa de él han destrozado al país durante un siglo.

\*  
\* \*

Dos son las maneras como puede un pueblo sacudir la postración en caso de hallarse vencido por ella: o con el héroe que guía o haciéndolo todo por sí mismo. A decir verdad, los dos se mezclan y confunden, pues la mayoría de las veces el héroe no es sino la encarnación de los anhelos de todo un pueblo, y a su vez el pueblo, dejado a sí mismo, acaba por buscarse el héroe representativo. La máxima de Carlye «La historia de los héroes es la historia de la Humanidad» sólo a la inversa me parece real.

Las condiciones de la vida moderna son poco propicias al héroe, que necesita, como complementos, el bello gesto, la escenografía y un cierto candor efusivo lejano del análisis moderno. Ni aun en la epopeya de la guerra ha surgido el héroe. Excusado es decir que en España no aparece por ninguna parte.

Las muchedumbres españolas no están preparadas para una serena actuación política. Hablando de la democracia griega (el modelo perfecto de las democracias) dice Croiset cosas de aquel pueblo que me parecen aplicables al español:

«Su voluntad era rápida, como su inteligencia. Sabían emprender. Eran naturalmente valientes, y no retrocedían ante un obstáculo. Pero su naturaleza, a decir verdad, era inconsecuente y ligera. Su voluntad estaba demasiado dominada por

su imaginación. Esta, impresionable y móvil, tan pronto les sugería nuevas empresas como agrandaba a sus ojos la decepción recibida.»

De ahí, en la historia de Atenas, los frecuentes pánicos, los bruscos movimientos de opinión, los entusiasmos excesivos y las súbitas cóleras y los grandes proyectos, seguidos de atroces descorazonamientos.

El pueblo español es con exceso impresionable; tiene una sensibilidad un poco primitiva que le hace apto a influencias extrañas, y la maleabilidad exagerada lleva a las revoluciones incesantes, así como la rigidez excesiva lleva a la decadencia.

Desechado el héroe, que además no existe, casi imposible la actuación directa de las muchedumbres, queda una tercera solución: un gobierno de hombres que, conociendo bien las diversas corrientes, un poco turbias e informes, de opinión, las fijen y aclaren, y, al mismo tiempo que educan al pueblo, vayan realizando su aspiración ideal.

\* \* \*

Hay un dicho vulgar que encierra un alto sentido: «la unión hace la fuerza». En España no existe sentido de solidaridad. En nuestra patria pospónese el bien público al individual. Esto, que siempre sería grave, lo es mucho más porque únense el egoísmo y la egolatría. El primero hace desear los más altos puestos; la segunda creerse digno de usufructarlos.

La idea de la disciplina es una idea antipática al carácter español; pero tal vez estribe esto en que se tiene un concepto erróneo de ella. La disciplina no está en seguir como borregos, sino en saber, primero, lo que se desea, y luego en aceptar los medios necesarios a ello. Ciegamente, inconscientemente, incondicionalmente, nada. Con pleno dominio de nuestra voluntad, sí. Sin disciplina es imposible que vivan las sociedades.

«Lo que más sostiene la moralidad (en el más noble sentido de la palabra) entre los hombres es una fuerte y clara disciplina, disciplina interior y exterior, disciplina de costumbres, de leyes y de una fuerte y vigorosa tradición moral.» (A. Croiset: «Les Democraties Antiques».)

Nada de utopías fantásticas, nada de bienes comunales, que ya (y va de largo) Aristóteles rechazaba en su «Política» como cosa imposible; pero sí la libertad de lucha y la absoluta igualdad para vencer en condiciones análogas. Al mismo tiempo, un socialismo, que fuese una fuerza creadora en vez de ser pesada inercia, como es ahora, podría velar por los intereses del proletariado, proporcionándole un discreto bienestar.

## CONTORNOS DE PROBLEMAS

### LA MORFINA

Hace mucho tiempo, desde antes del desastre colonial, los malos gobiernos curan o, mejor dicho, adormecen los males del pueblo español con un procedimiento parecido al de los morfinómanos. Sabido es que los devotos de la droga, pasado el efecto de la inyección, vense acometidos de alternativas de cansancio y sobreexcitación, que sólo se remedia aumentando la dosis, que así va creciendo hasta llegar a la mortal.

En la vida española pasa algo semejante: la fatiga o el nerviosismo acomete, e inmediatamente se acude al narcótico. Naturalmente, el próximo despertar es aún más violento y hay que forzar la cantidad.

### EL LABERINTO ESPAÑOL

Mejor comparación para la vida de nuestra patria sería, sin embargo, la vulgarísima de un laberinto. Como esas complicadas edificaciones de cañas y alambres que se ven en las ferias, y en que todos los paseos circulares van a parar a un punto central, formando un círculo del que es im-

posible salir, así en la marcha política los malos gobiernos, con su indeferencia, son culpables de que los gobernados no crean en ellos ya ni tengan paciencia para esperar, y esta impaciencia y falta de fe impiden la obra y crean el malestar que los gobernantes tratan de acallar.

Cada vez el remedio es más apremiante, cada vez más necesarias las soluciones radicales de los problemas. Hace falta o el hilo o la Ariadna ideal que guíe los pasos. Pero cuando llega el momento de poner remedio surgen las ambiciones personales, y con ellas las rencillas, los odios, las incompatibilidades. Si cuando los militares, «que tenían razón, y cuyas quejas eran justas», limitábase a pedir, se les hubiese atendido en vez de tratar de engañarles con buenas palabras, no hubiesen llegado las cosas al punto en que están; si ahora mismo, en las nuevas Cortes, se hace una labor eficaz, sin admitir imposiciones, pero sin necios paliativos; una labor «de buena fe», haciendo el vacío en derredor de quien trate de anteponer sus intereses a los patrios, las Juntas militares y civiles no tendrán razón de ser.

#### LOS DOS TÉRMINOS

Ha habido algunos hombres, pocos, incondicionalmente de parte del ejército; otros, pocos también, que, ora con mesura y discretas palabras, ora con airada violencia, se han puesto en contra; pero han dominado los que se encomendaban al tiempo, seguros de que el tiempo les daría la victoria, practicando aquel dicho árabe que aconse-

ja: «Siéntate a la puerta de tu casa y espera tranquilo a que pase el cadáver de tu enemigo». Si yo fuese el ejército, en esto último vería mi verdadero adversario. El que jugándose su popularidad o su simpatía dice lo que piensa lealmente, merece respeto. Es un adversario honrado, al que con razones se puede convencer. El que sonríe esperando la hora de clavar el puñal, ese es el que hay que temer.

#### LA VERDAD Y LA MENTIRA

Hay un juego que, como todos esos pasatiempos, al parecer livianos e intrascendentes, encierra una alta enseñanza plena de filosofía. Consiste el tal juego en ir tejiendo entre los dedos con un bramante o cuerda una sutil red; llega ésta a hacerse de tal modo espesa y complicada, que parece obra imposible llegar a deshacerla. Pero queda un pequeño cabo suelto, y justamente tirando de él, y como por obra de magia, se desbarata la labor entera.

Pues bien: con la mentira sucede algo semejante; se va trenzando con ella un complicado aparato, se teje una red, a una mentira sigue otra mayor, las cosas toman apariencias de consistencia extraordinaria, y cuando más firme parece todo la verdad tira del cabito suelto y no queda nada de la complicada labor.

El único mal que tiene esto es que las mentiras han de ser mayores, cada vez; para cubrir una, enfermedad hace falta otra más formidable aún, es preciso acumular mentiras sobre mentiras, y

que el día que todo se derrumba, en vez de respeto y estima, no hay sino una sonrisa de desdén. Y si esto es cosa perjudicial en la vida del individuo, qué no será en la vida de los pueblos.

En uno de los más intensos e interesantes dramas de Ibsen, en *Los sostenes de la sociedad*, dice uno de los personajes (y cito de memoria): «Hay que decir la verdad: ¿De qué servirá todo noble esfuerzo y todo impulso generoso? La obra adolecerá siempre de sus cimientos, de la mentira vital.»

Así, en nuestra política actual, ¿por qué la mentira, el disimulo, el engaño? Toda la obra de los gobernantes, toda la buena voluntad que hemos de suponerles, adolecerá siempre de la mentira vital.

#### DE LA INFRANQUEABLE BARRERA DEL ESCEPTICISMO ESPAÑOL

De todos los problemas que han agitado y angustian al espíritu español durante estos cuatro años, el principal es el de la guerra.

Los pueblos muy jóvenes, para ser grandes, no necesitan sino, o una fe y un caudillo, o una ley; los viejos son más escépticos, porque forzosamente emprendieron antes mil empresas y han creído en mil leyes, y han sufrido en ellas otros tantos desengaños. España es un pueblo viejo ya, y necesita para lanzarse por las rutas del heroísmo algo más que platónicos entusiasmos: necesita un firme convencimiento de su conveniencia.

«Los individuos solos—dice Nietzsche, en su ensayo sobre «La sociedad y el Estado»—se sienten responsables. Las colectividades han sido inventadas para hacer cosas que el individuo no se atreve a hacer... Porque las colectividades son sinceras y se atreven a emprender lo que el hombre, por débil, no se atreve a realizar.»

Pero sucede que aquí justamente la colectividad es la que no ha querido la guerra, parte por desencanto, parte por falta de fe en los hombres que la han conducido o pueden conducirla. Esto que hubiese sido admisible de encerrar una noble y serena confesión de debilidad, que hubiese podido respetarse llevado con digna severidad, a condición de que emplease esos años, no en lamentarse, sino en fortalecerse, en intensificar su vida al acorde de la intensificación de la vida ajena, a condición de que toda la energía ahorrada a los campos de batalla fuese empleada como elemento de actividad para las energías vitales, no lo es como tópico miedoso, de quien espera que los que están lejos inutilicen a los que están cerca.

La guerra, aunque esto parezca paradójico, es un gran factor de prosperidad y de civilización. Galvaniza a los pueblos; purifica, ennoblece y fortifica las ideas, y establece súbitos intercambios, y es, en fin, a las naciones lo que ciertas enfermedades a los individuos, que salen de ellas más jóvenes y sanos. Así, para que, mientras los otros pasaban por esta crisis, de que resurgirán mejor, nosotros no quedásemos momificados en nuestras «bandas» de neutralidad, por eso precisábase que activásemos hasta un grado superla-

tivo toda actividad, creáramos industrias, diésemos impulso a la agricultura, preparásemos nuestra acción en el futuro comercio del mundo, puesto que él había de sufrir el obligado quebranto de años de cruentas campañas, y así, puesto que, absurdamente, aislados nos quedamos, que ese aislamiento a lo menos enseñase a bastarnos a nosotros mismos, sin perjuicio de luego dejar la vieja política de aislamiento; he ahí un gran ideal. Claro está que esto exige que, al mismo tiempo de intensificar la vida industrial, se cuiden de nuestras armas de defensa, del ejército y la marina, pues si hace falta el dinero del comerciante para sostener al soldado, sin el soldado ese dinero estaría a merced de cualquier rapacidad, *a no ser que una nueva y más alta ley sustituyese la bárbara ley de la guerra*. Es un círculo fatal.

Una nación, una vez llevada a cabo su obra, muere. Pero esto sucede sólo en el caso de que sus hombres no encuentren una nueva misión que cumplir. Claro está que no siempre la misión será de conquista; pero puede ser de influencia social. España tiene una alta y nobilísima misión acerca de sus hijas de América, e intelectual y materialmente debe constituirse en la avanzada de Europa para Sud-América.

Lo que nos sucede es que padecemos atrofia de la voluntad y para ser grandes es preciso juntar dos cosas muy difíciles: el renunciamiento individual y la ambición colectiva. Y aquí sucede todo lo contrario: hay demasiado egoísmo individual y demasiada indiferencia colectiva.

¿Y cuál es el remedio? El remedio es llevar a la conciencia de todos la necesidad del sacrificio, ya que no somos capaces de, en nuestra debilidad, ser los portaestandartes de una moral de justicia. Hay que convencernos de que sembrar ahora es recoger mañana; de que si sabemos no sólo llevar las circunstancias presentes con entereza, sino sacar partido de ellas, vendrán luego días prósperos. Los ricos deben procurar, sacrificándose ellos, mejorar la situación del pueblo; el pueblo hacerse cargo, los comerciantes... Sin querer, me acuerdo de las crueles palabras de Quevedo: «Conciencia de mercader es como virgo de cotorra, que se vende sin haberse.»

¿Pero quién puede pedir ese sacrificio? ¿Quién tiene «derecho» a pedir ese sacrificio? Haría falta un hombre que inspirase confianza a todos, un conductor de muchedumbres en quien todos depositasen su fe. ¿Dónde está ese hombre?

Los conductores de pueblos, si saben serlo, aunque no inspiren entusiasmo llegan con los suyos a la tierra de promisión; si son malos pastores, así sean muy amados, acaban o en el desprecio o en el odio, como el Conde-Duque y el marqués de Sieteiglesias.

#### LA POPULARIDAD

Una de las cosas que perjudican al esfuerzo del español en general es la facilidad en adquirir la popularidad, facilidad sólo comparable a la que hay para perderla.

Aquí un hombre público hace cualquier efímera labor de relumbrón o sencillamente posee do-

tes de personal simpatía, e inmediatamente, aprovechando la facilidad del genio español para los entusiasmos, conviértese en un héroe popular.

Y, sin embargo, la popularidad es una de las cosas más peligrosas que existen, pues para aplicarla a algo útil hace falta talento genial, y en cambio inutiliza toda idea que no está acusada con firmes trazos en nuestro cerebro. Laborando silenciosamente podemos ir madurando una idea, mejorándola, quitándola exageraciones, apasionamientos, puliéndola, pesando el pro y el contra; esa misma idea, entregada a la admiración de los otros, buena o mala, hay que seguirla hasta el fin.

De aquí se deduce que la popularidad es altamente útil mientras a sangre fría la dominamos; fatal cuando, a pretexto de llevarnos delante, nos empuja. En política el respeto y la estima valen siempre más que el amor.

El primer inconveniente de la popularidad es que hace malgastar el tiempo. Después impide ese silencioso dialogar con nosotros mismos en las horas de solitaria meditación, en que nacen y se fortalecen las grandes cosas, y, por fin, hay que gastar un caudal enorme de energías para no dejarse llevar más allá de donde se quiere ir. La multitud hace con sus héroes como los niños con sus juguetes: comienza admirándolos y acaba casi siempre queriendo ver lo que tienen dentro.

En España los hombres son un nombre y no una idea, todos sirven para todo; apenas comienzan a destacarse en una labor útil han de dejarla para pasar a otra.

## LA AMARGURA

De la guerra del 98 quedó en el espíritu español un gran sedimento de amargura. Fué la bancarrota de la mentira a que nuestro pueblo se aferraba como a una gran verdad. Era la ilusión que sostenía, y hubo el español de aprender a vivir sin ilusión.

Recuerdo muy confusamente la catástrofe. Tenía yo doce años. Estaba en Viena, donde mi padre era embajador, y aún tengo presente la ansiedad de la espera de aquellos convencionales telegramas que mentían siempre; rememoro la tristeza de mi padre. Después, ya en Madrid, evoco una tarde de toros, en que llegó la noticia de la derrota de Cavite

Aún no estamos fuertes. Como todos los convalecientes, tenemos horas de descorazonamiento y de tedio.

Todo el secreto de vencer o de ser vencidos está en un rinconcito de nuestra voluntad. De fuera no ha de venirnos la fuerza. Para ser fuertes, como para ser buenos, como para ser grandes, no hay sino querer.

## EL IMPULSO

Y, sin embargo, en estos momentos, que parecen para el resto de Europa de retroceso, y digo *parecen*, porque, aunque al primer momento la impresión sea de lo contrario cada nueva guerra es un paso en el camino de la civilización, para

nosotros de compás de espera (debían serlo de acopio de energías), haría falta que nuestra vida colectiva se intensificase hasta un grado máximo, que viviésemos una vida de esfuerzo, de trabajo y de sacrificio, pero no individual, sino colectiva; que nos uniese una esperanza y un entusiasmo, que todos trabajasen para la comunidad con un mucho de entusiasmo y con un poco de abnegación; que pensásemos en ser grandes al través de la grandeza de nuestra patria. Así no diríamos «todos son tan pobres y que por comparación vamos a ser ricos nosotros», sino «España es tan rica, tan grande, tan fuerte, que vamos a ser ricos, grandes y fuertes, porque somos españoles».

Para ello no precisaría sino un breve tiempo de sacrificio y de abnegación; pedir mucho a nuestros gobernantes; pero darles mucho y pensar que por muy grandes, fuertes y poderosos que seamos, individualmente, lo somos mucho más, si representamos la fuerza de todo un pueblo, y aun infinitamente más si somos un pueblo y *una ley*.

#### EL ARTE DE CONDUCIR LAS MUCHEDUMBRES

Las violentas sacudidas que en Europa han hecho rodar varias Coronas ofrecen ancho campo a curiosas y entretenidas observaciones.

Empéñanse muchos en ver en la contienda actual, de un lado, autocracias; democracias, de otro. Pero yo creo que son más hondas las co-

rrientes y que, queramos o no, un profundo cambio ha de tener lugar, en el sentido de que cada hombre ha de representar, ante todo, «un hombre» que, según su inteligencia y su esfuerzo, será un máximum o un mínimum de valor. Aunque parezca paradójico, esta guerra ha venido a salvar muchas cosas, al parecer antagónicas, pero en el fondo perfectamente compatibles.

Una de las cosas más apasionantes es el secreto para llevar a las multitudes en pos de sí. Hasta hace muy poco tiempo dos eran los métodos: uno, fascinar a las gentes, cegarlas, arrastrarlas teniendo una fe absoluta y sabiendo infundir esta fe; el otro, dejarse empujar aparentando caminar delante, aunque éste, como el excesivo amor de los reyes, lleva casi siempre al patíbulo (frente a las figuras nobles de D. Alvaro de Luna y de don Rodrigo Calderón se alzan las de la larga galería de la Revolución francesa y la española de Riego).

En realidad, de los dos, el primero, era el único admisible. Era precisa una verdadera fuerza hipnótica, una energía sin límites; pero, sobre todo, la fe. Si ésta faltaba, el caudillo estaba irremisiblemente perdido. Por haber vacilado no llegó Moisés a la tierra de promisión. El segundo era casi siempre inútil, cuando no contraproducente; Luis XVI, fuerte en Versalles, tal vez hubiese triunfado; camino de París iba camino de la guillotina.

Pero la Revolución en Francia preparó el advenimiento de otra clase de ideas. La Revolución enseñó que, además de las fuerzas seculares en

que creían los hombres, había otra clase de fuerza más grande y poderosa que ninguna, que residía en cada individuo. El día que los caballos fuesen conscientes de su poder no volverían a dejarse guiar por los hombres (aunque la imagen pequeña de atrevida, es, sin embargo, exacta). Vió, pues, el pueblo que existía un poder que tenía sus fuentes en la inteligencia y en la voluntad; al mismo tiempo los excesos revolucionarios le cansaron, demostrándole que aún no estaba en estado de servirse de aquel poder, y entonces dejó llegar el Consulado y el Imperio.

Así y todo, la simiente está echada; saber que existe una cosa y dónde está nos pone a medio camino de su posesión; lo demás es cuestión de tiempo y de voluntad. Y poco a poco el pueblo preparó el momento en que, dueño de sí y perfectamente consciente, iba a saber dónde iba y lo que quería. Sin embargo, preparábase un obstáculo que quizá malograría el esfuerzo: una mesocracia ambiciosa y emprendedora, aunque absolutamente mediocre, que, con todos los defectos del pueblo, se había también contaminado de todos los vicios de la aristocracia, sin poseer ninguna de sus virtudes, creía llegada su hora y estropeaba con sus ambiciones y concupiscencias todos los impulsos generosos y redentores. ¿Cómo hacer? De una parte, se había perdido la fe que sostenía las viejas normas; de otra, la razón no había sido sino un símbolo vago sin realidad aún; no había nada que oponerla. Los hombres no tenían confianza en sus guías; pero tampoco sabían caminar solos. Pero ya ha sonado la hora; cons-

cientes, los humanos saben lo que quieren y adónde van. La misión de los que han de guiarles es más noble y más elevada que nunca, porque no es el rebaño al que han de conducir a un fin «ignorado», sino humanas consciencias las que han de regentar hacia un ideal «conocido».

## EL MALEFICIO DE LA PUERTA DEL SOL

¡Qué cosa más apasionante, más interesante es la política cuando nada esperamos de ella y ninguna ventaja pretendemos obtener! ¡Qué profunda fuente de enseñanzas encierra si sabemos mirarla serenos, desdeñosos a sus ventajas, abroquelados contra sus peligros! Los filósofos hablan del amor mejor que los poetas, porque los poetas, por regla general, hablan para convencer y los filósofos para analizar. Pues algo semejante sucede con la política: los que están en ella, los que de ella todo lo esperan o todo lo temen, se entusiasman, se obcecan, se ciegan, y a fuerza de querer que una cosa sea, llegan a creerse que es en realidad. El espectáculo es para los que permanecemos distantes, para los que nada deseamos ni esperamos, para los que con espíritu analítico observamos, estudiamos, comparamos,

Muy lejos del pensar de las gentes con quienes convivimos, sin compartir sus entusiasmos inconscientes y convencionales, ni menos con los odios y las iras con que creen salvaguardar a lo que les agrada, con una errónea interpretación

del instinto de conservación, hemos asistido a los acontecimientos políticos de estos últimos tiempos, a las huelgas del 1917 y, sobre todo, a la Asamblea de parlamentarios (¿cómo negar que nuestra simpatía estaba con ellos?) y por fin a la huelga general del pasado Agosto, a los días de la revolución en Madrid y después a la represión del Gobierno conservador.

En todos aquellos lances de la vida española los acontecimientos fueron destacando algunas personalidades que encarnan las ideas y los ideales. Cambó, Besteiro, Largo Caballero, Anguiano, Saborit; cada uno representaba *algo* frente a las viejas políticas que no representaban nada.

Para una persona absolutamente imparcial era indudable que la huelga *no era la revolución*, sino un episodio de la revolución, que tenía su cabeza visible en la Asamblea, y sus manifestaciones en *todas* las clases que integran el Estado. Claro que la violencia corría de parte del pueblo, pero eso no quita para que la culpa fuera de todos. Vencida la revolución, restablecido el orden, el Gobierno tenía el deber de pacificar las conciencias. Los hombres del Comité, sin más culpa que los otros, en presidio, era un baldón. Todos pedimos, no un indulto, sino su amnistía. Esos hombres significaban un nuevo factor en la política, y tenían el derecho de hacerse oír, de decirnos cuáles eran las necesidades, los anhelos, los deseos y las esperanzas de la enorme masa de opinión que, pese a quien pese, representan.

Ahora que por primera vez había en el Con-

greso español una minoría socialista, íbamos a saber por fin las verdaderas orientaciones de las falanges obreras. Los acontecimientos pasados se discutirían de buena fe, rápidamente, y en seguida se iría hacia las legislaciones obreras que mejorarían la situación del proletariado.

Y hemos esperado la palabra de esos hombres, la hemos esperado con ansia y con miedo, con miedo de que ellos también hablasen *con los ojos fijos en la Puerta del Sol*.

Porque el gran pecado, el mayor de todos, el que es síntesis y compendio de todos los demás en la vida española, el que ha inutilizado todo generoso esfuerzo, todo ideal noble, toda iniciativa, ha sido luchar con los ojos puestos en la Puerta del Sol. La Puerta del Sol es la gran desgracia de nuestra Patria, es el gusano que corroe las energías, la mosca venenosa que produce el sueño, el tónico que amodorra; la Puerta del Sol es la escuela de la vagancia, la cátedra de la pereza, el jardín del olvido. Y aquí pintores, escultores, periodistas, políticos, viven con los ojos puestos en la gran plaza madrileña, se hacen la ilusión de que, triunfantes allí, han triunfado en toda España, en el mundo entero, que han vencido al tiempo y al espacio. Y la Puerta del Sol no es nada más que una plazuela de villorrio, un cocherón de tranvías. La Puerta del Sol es lo más malsano, deprimente e inutilizador que existe. Gracias a ella nadie intenta traer al arte, a la ciencia, a la política, una idea nueva; gracias a ella las gentes llegan a creer que como ellos no ven otra cosa, no existe nada más.

Los políticos españoles, desde que hace ya mucho, mucho tiempo, se inició el desastre, han vivido como si ignorasen el resto del mundo. Los guerreros, los viejos generales de la asonada creían que con ser héroes en la Puerta del Sol lo eran ya en el mundo entero, y que el día que los revoltosos les mataban un caballo en la gran plaza, en París, en Londres y en Nueva York se asombraban las gentes. E igual sucedía con los políticos, los artistas y los técnicos. En la Puerta del Sol incubóse el desastre que hundió la escuadra en Cavite; en el cochérón fué donde se hincharon los necios tópicos de nuestra invulnerabilidad, cuando todo era un solo y enorme talón de Aquiles; allí se cultivaron las necias mentiras que arruinaron y desprestigiaron a España.

No, y mil veces no. Hay que olvidar la Puerta del Sol y que vivir con el pensamiento puesto en Europa, en el mundo entero; es preciso no aislarse espiritualmente de los otros. Y no quiero hablar con esto de alianzas; las alianzas no son una cosa voluntaria por completo, sólo sirven para plasmar las ideas latentes en el alma de los pueblos.

Es preciso que esos hombres que están ahí, en representación del pueblo, encarnen bien sus anhelos y, ahora que el mundo está en plena renovación, traigan aquí las últimas y mejores legislaciones de trabajo, y por medio de ideas útiles nos incorporen al movimiento mundial.

## VERDAD, LIBERTAD, SERENIDAD...

### LA VERDAD

Como en la vida de los individuos hay en la vida de los pueblos momentos en que sólo la verdad puede salvar. Son cuando, por causa de una gran sacudida moral o material, una gran amargura o una gran vergüenza, han hecho bancarrota las ideas convencionales, las mentiras bellas y los falsos oropeles.

Despiertos por el dolor, los pueblos, antes de arrojarse hacia lo desconocido, se detienen y piden la verdad. Y si se sabe darles esa verdad; si todos aceptan su parte de sacrificio; si en vez de pintar, ante los ojos dilatados de angustia, un mentido paraíso se tiene la fuerza de espíritu de valerosamente aceptar el panorama árido y yermo, pero también con serena energía la de mostrar el ánimo de redención, entonces el pueblo confortado sabe resignarse a su cruz y seguir andando animosamente.

El mundo era inmenso; algunos hombres tenían todos los resortes del poder en su mano; y, sin embargo, la verdad se abrió paso; ¿qué mucho que ahora que el mundo es muy pequeño resplandezca siempre?

## EL FUEGO

Desgarrada Europa por cruentas luchas, la frialdad de España, su inconsciencia y su frívolo regocijo podrían compararse al de un hombre que, habitando una casita rodeada de palacios, al verlos arder se encogiese de hombros murmurando: «¡Bah, cuando todos se hayan quemado, mi casa será la mejor!» ¡No! Es preciso primero precaverse contra el fuego y luego pensar que los otros, en las horas de lucha cruel, habrán acumulado enormes energías y que, una vez pasadas las horas de desesperación, esas energías las emplearán en reconstruir, evitando todos los defectos que ocasionaron el anterior incendio.

Limitada la intervención española, por cobardía de unos, por pusilanimidad de otros, en el actual conflicto a una misión de caridad, banal y huera, todas nuestras energías debieron encamionarse a construir.

## LA UNIÓN

Pero claro que esta unión no podía ser un sacrificio generoso de criterios, de ambiciones y de realidades, en aras de la cuquería de los gobernantes, que parodiaban el utilitarismo del reinado de Luis Felipe.

Hubiese sido preciso que hombres que representasen opuestas y aun antagónicas ideas, que hombres que encarnasen la voluntad de grandes núcleos de opinión se hubiesen unido en generoso

sacrificio haciendo el holocausto de sus bienes a un supremo bien nacional. En vez de eso, mientras las masas se entregaban a filias y fobias, no desde el punto de vista español, sino por romántico impulso, los gobernantes se limitaban a «no hacer». Porque el gran secreto de la política española es, en vez de hacer, evitar que deshagan los demás... Dejar que corra el tiempo, que el tiempo sea el punto de apoyo...

#### LA PALANCA

Y el punto de apoyo ha faltado a la palanca con que los gobernantes habrían de mover (muy despacio, muy despacio) a España. En la vertiginosa fiebre de acontecimientos falta tiempo, hay que improvisarlo todo, que crearlo todo...

La verdadera preparación que requiere el sacrificio de una generación entera es imposible ya. No se puede esperar a que los niños de hoy sean los hombres de mañana, sino que han de ser hombres y niños a un tiempo. Es preciso que mientras crean y trabajan se hagan una educación cívica, que lleguen no al conocimiento, sino «al pleno dominio» de sus derechos y deberes.

Aunque se crea lo contrario, toda la preparación filosófica y política de la juventud, desde el 98 aquí, ha dado fruto y existe una ideología completa que puede servir de base a la renovación, tanto más cuanto que excluye la violencia.

## LA DEMOCRACIA

Leyendo estos días atrás un libro interesantísimo de A. Croiset, «Les democraties antiques», pensaba, al hallarme con las páginas en que trata de Grecia, en la maravilla de aquella serena vida. Porque, por regla general, aquí se confunde democracia con demagogia (buena prueba es la violenta oposición que halló Canalejas). Para la mayoría de los españoles acomodados los demócratas son los «sans culotte», y la democracia no es ni puede ser eso. La democracia es la educación ciudadana, es el hombre dueño de sus derechos, buscando su bienestar en el bienestar general; no atropellando a los otros, pero no dejándose atropellar, pregonando su derecho a la vida en razón directa de su esfuerzo y de su intención

## EL DESARME

Entre las ideas utópicas que acompañan a la de la paz futura está la del desarme.

El desarme es hoy por hoy un sueño irrealizable. En Atenas (y fatalmente vuelvo y volveré aún a citar a Grecia, modelo de democracias), existió el ejército: en la paz, con funciones de policía; en la guerra, para la defensa del territorio. Todos fueron soldados y soldados deben ser todos.

El ejército, adecuado a las necesidades del país, tiene que ser respetado, considerado y disciplinado. Una fuerza encargada de guardar todas las demás fuerzas de la nación. Un gobierno realmente fuerte, ante un movimiento de opinión mi-

litar, debe examinarlo serenamente; si es justo, reconocerlo con nobleza a la luz del sol; si no lo es, rechazarlo. Pero unas cuantas reformas incompletas sin plan ni norma, unos cuantos millones tirados, no. El «¿están contentos los Conchas?», pasó ya; los militares no quieren eso.

#### LA AGRICULTURA

El secreto de la riqueza de un pueblo está en que se baste a sí mismo y que sea necesario a los demás. Nuestra Península es esencialmente agrícola; tiene, pues, el primer elemento. Casi todo lo que es necesario para la vida nacional lo hay aquí; lo que no existe puede hacerse que exista; ¿por qué, pues, la penuria? ¿Los acaparadores? ¿Los negociantes? Tampoco ellos son sino una circunstancia.

El todo es la falta de unidad en el esfuerzo, la falta de compenetración entre los directores y los dirigidos. El dinero se gasta sin plan ni orden; cuando una cosa se comienza, la otra se ha inutilizado ya.

## MIENTRAS CORRE EL PACTOLO

No solamente una humana filosofía levemente irónica, sino también una profunda ciencia de gobernar pueblos escóndese bajo el aparente candor de los cuentos infantiles. Más, mucho más arte de buen gobierno hay en cualquier cuento de Anderson o de Perrault—y no quiero hablar de los cuentos orientales que son fuente u origen de todas las demostraciones en esos sutiles tratados denominados «de política».

Cuando oigáis decir que un político es «maquiavélico», desconfiad y pensad en seguida que es «un pobre hombre». Decirse maquiavélico, partidario de la amoralidad y la astucia, es atentar contra la astucia misma. Hay además, en política, un principio que sus hombres olvidan fácilmente, y es que desde el momento en que un político ha encontrado su «adjetivo» es hombre muerto. El «ilustre hacendista», el «brillante orador», el «culto ex ministro»... ¡Patapuf! ¡Se acabó!... La política es el arte de ir aplicando y des- envolviendo la teoría al unísono de la vida de un pueblo. Y así, hombres que se cristalizan al cabo de un poco de tiempo, no es sino un estorbo.

Pues bueno: todo esto viene a que voy a contar un cuento y a aplicarlo a la vida española.

Erased una vez un matrimonio pobre y no resignado con su suerte. Incapaces marido y mujer de salir al encuentro de la suerte, lamentábanse perpetuamente de que la suerte no viniese al suyo. En las largas veladas invernales, junto a la lumbre, ni muy espléndida ni muy sostenida, alternaban la inútil y nociva tarea de hacer castillos en el aire con las monótonas jeremiadas. ¡Qué feliz era el vecino, a quien había caído una herencia como llovida del cielo! ¡Qué dichosa la mujer del tendero, a quien tocara la lotería!... Y así las horas y las horas...

Un día... Había hecho un frío muy intenso; nevaba; el huracán soplaba en la chimenea, y fuera aullaban los lobos, a quienes el hambre ahuyentaba de la montaña. Por variar, el matrimonio hablaba del eterno tema: ¡Si yo pudiese salir de esta miseria!—gemía el marido.—¡Si me fuese dado elegir tres cosas!—suspiraba la mujer.

De improvisó sonó un chasquido, y ante sus asombrados ojos apareció un hada o dama bienhechora—algunos pretenden que una salamandra—que se encaró con ellos.

—He escuchado vuestros ruegos, y vengo a favoreceros. Podéis elegir tres cosas. Las tres primeras que solicitéis os serán concedidas.

Y tras tan gratas y prometedoras palabras, se fundió en la llama, pues sabido es que las salamandras son los espíritus del fuego.

Perplejos, patitiesos y boquiabiertos quedaronse los cónyuges ante tan peregrino y desusado

lance, y acto continuo pusiéronse a discutir qué requerirían de la generosidad de aquella buena (de buenísima parecía poder calificársele, aunque por los acontecimientos sobrevenidos luego vióse que era más sabia que la mismísima Viviana, que de Merlín recibiera su ciencia) señora. Tres cosas podían solicitar, y resultaba ahora que, bien mirado, había seis apetecibles: riqueza, poder, salud, honores, belleza y juventud.

Así, mientras la mujer aferrábase a la fortuna, la belleza y los honores, el marido pensaba en la salud y el poder, como en cosas harto apetitosas.

—La riqueza—decía ella—nos traerá todo lo demás.

—Sí, sí—objetaba él—. Y te da una parálisis o un reuma crónico, y no te puedes mover.

En tan trascendental polémica corría el tiempo que era un gusto, y llegó un momento en que, pese a su ensimismamiento, sintieron hambre. El primero en experimentar sus molestias fué el marido, que, sin pensar en el alcance de lo que iba a decir, suspiró:

—¡Quisiera tener aquí una morcilla bien asada!...

Y dicho y hecho: ante ellos surgió una fuente de plata en que dormía el succulento comestible.

—¡Burro!, ¡animalote!, ¡idiota!—apostrofó la mujer, llena de ira—. ¡Pero no ves lo que has hecho! Has desperdiciado uno de los dones del hada. ¡Merecias que te saliese en la nariz! ¡Ojalá fuese así!

Igual que el anterior deseo, sucedió con éste, y el apéndice nasal del infortunado enriquecióse

del más raro adorno que viesen jamás ojos mortales.

Y no quedó nada que hacer, sino pedir a la madrina que retirase aquel motivo decorativo, que al mismísimo rey de las islas Sandwich parecería excesivo. Fué inútil que la mujer deseara riquezas y ofreciérale los más costosos y abigarrados ringorrangos para ocultar aquello; el marido negóse tenaz.

Así, después de pasar la fortuna por su mano, quedáronse igual que antes.

\* \* \*

Pues bien: con España no debe suceder una cosa así; es preciso que el Pactolo que corre por ella ahora haga algo más que «pasar»: que cree y fecunde.

Viajando estos días por el norte de la Península he observado cosas harto curiosas. Llegaba a un pueblo y veía campos reseco y desolados. Condolido interrogaba, y la respuesta era poco más o menos la misma:

— La cosecha se ha perdido, pero, ¡bah!, hay mucho dinero ahora por aquí.

No basta; es necesario, imprescindible, que ese dinero no esté aquí como en una cuenta corriente, sino que «produzca», que haga nacer industrias, crearse fábricas, granjas modelos, ferrocarriles, bancos.

Mucho antes de que los Estados Unidos entrasen en la contienda mundial, pedía yo en *La Semana* estrechas alianzas políticas y comerciales

con ellos, porque les creía admirables maestros en el arte de crear riqueza.

Para España, desgraciadamente, lo que suceda durante la guerra no tiene más que un interés que va «post guerra». El día que todo acabe es nuestro deber ser ricos, pero no a la manera de los hidalgos clásicos que, mirando a mengua el contar, tiraban el dinero hoy, para espolvorearse la barba con migas y parecer ahitos mañana, sino como el comerciante que sabe hacer que su dinero fructifique y se multiplique.

No en comprar más panes y más peces, sino en el bíblico milagro de los panes y los peces está el secreto de la fortuna de los pueblos.

## PLANTEAMIENTO DE PROBLEMAS

EN BUSCA DE LA SE-  
RENIDAD NECESARIA

En vez de ocuparse de política menuda, de ambiciones particulares y de personalismos, dicen las gentes, precisase que los hombres políticos planteen los grandes problemas de la vida nacional y los resuelvan en una noble emulación de abnegaciones. ¡Admirable! Pero... ¿cómo?

El primero y principal defecto de nuestra política es que hay un gran problema planteado hace mucho tiempo y que no acaba de resolverse nunca. El ideal sería que se resolviese pacíficamente, sin necesidad de las sacudidas y violencias de una revolución; mas parece ley fatal que no se vaya a las cosas hasta que sea inútil ya ir a ellas, como no fué en Francia la Corte de Versalles a París hasta que tuvo que hacer el viaje entre picas, ni se concedió la autonomía a nuestras colonias hasta que estaban perdidas.

Ese problema, resuelto en el fondo en todos los países antes de la guerra, en ella han encontrado su resolución oficial, digámoslo así, y es la magna lucha entre las ideas liberales y las conserva-

doras, y el triunfo y completo predominio de las primeras sobre las últimas.

El mundo entero ha caído del lado de la libertad. Habían de ganar en absoluto, completa, rotundamente la guerra los centrales y, pese a todo, la «Libertad» (así, con mayúscula) quedaría vencedora. Ni Alemania, ni Austria, ni claro es que muchísimo menos Rusia, sucediese lo que sucediese, volverían a ser lo que fueron. No en balde las multitudes aprenden el valor de su poder; una vez aprendido, ni retroceden ya ni renuncian a él. Podráse, en un momento dado, oprimírseles con soldados y cañones, pero pronto volverán a sacudir el yugo.

Y aquí en España sucede al revés; no sé qué maleficio hay en los salones de la Presidencia del Consejo; no sé qué veneno infiltrador llevan las casacas ministeriales, que, al poco tiempo de ser ministro un hombre político, conviértese en atrozmente conservador, conservador agresivo, violento, casi casi doblado de inquisidor.

¿Por qué no ha de ser la Monarquía española moderna y liberal como es la italiana, pongamos por modelo? ¿Por qué, en evitación de los grandes males que producen los sacudimientos sociales, no se ha de ir francamente, claramente, lealmente, hacia la Libertad?

¡Pero si el mismo Sr. Maura, su talento, con su voluntad formidable, con su rectitud indiscutible, es de abolengo netamente liberal! ¡Si podría ser el gran definidor, desde cualquier alto lugar, dejando la aplicación a los otros, puesto que en él hay escrúpulos casi de místico!

Cuando el Sr. Rodés fué ministro, las gentes y los órganos de opinión por ellas clamaban con alegría un poco pueril: «¡Un republicano ministro del rey!» Y yo pensaba que hubiese sido gran cosa si llegase a ministro para, pensando en la circunstancialidad de las formas de gobierno, desarrollar con la Monarquía su programa republicano; pero no para dejárselo a las puertas de la cámara regia a cambio de que unas damas aristocráticas le saludasen en el Tiro de Pichón con la misma sonrisa con que saludarían al diablo al encontrarlo en la sala del «troneto» del Vaticano.

Decía el Sr. Alba en su discurso que los ojos y el corazón se le iban tras de las izquierdas el día de la retirada. Y ¿por qué no les hizo caso? ¿Qué veneno le habían dado para, en vez de optar en estos momentos decisivos por las claras orientaciones liberales e impulsar a ellas la política española, dejar que se orientase en sentido mucho más que conservador, pues está imbuído de un conservadorismo tanto peor cuanto que se abroquelaba en moldes liberales?

El problema del liberalismo es el primero a resolver; después de él surgen otros no menos graves y transcendentales, de que depende todo el futuro de España.

#### EL NACIONALISMO CATALÁN

Es inadmisibile la cobardía de escamotear a la opinión uno de los más graves y transcendentales problemas presentes: el del nacionalismo catalán. Por el contrario, es preciso abordarlo claramen-

te, noblemente, serenamente. No puede admitirse que suceda como sucedió en otros casos, donde todos los días se anunciaba que el enfermo seguía sin novedad, hasta que un día ¡se anunciaba que se había muerto...!

Cualquiera que sepa pensar un poco, al leer todo lo que en Europa está sucediendo, pero más aún la respuesta del presidente Wilson a Austria, comprendería inmediatamente que había de recrudescerse la cuestión catalana.

Claro es también, para cualquiera que posea claridad de juicio, que esa división del viejo continente en minúsculos Estados es cosa incidental, interina, sólo viable en tanto se vuelvan a unir los pueblos con lazos más justos y equitativos, o sea «se asocien», en vez de estar dominados unos por otros. Y cualquiera, ante la geografía europea, comprenderá que Cataluña es España. Pero Cataluña tiene derecho a que se le oiga y se le escuche, a que se haga justicia con ella, a tener (igual que deben tener Vizcaya y Navarra y Asturias...) voz y voto para que no se la conduzca por derroteros que no quieren ir. Y esto es lo que el gobierno o gobiernos que vengan tienen el deber de hacer lealmente y serenamente.

#### LA EMIGRACIÓN DE LA VIDA HACIA EL NORTE

Aún hay más; con mirar un mapa del mundo se oteará un nuevo peligro en el horizonte. Fuera de las ideas existen causas materiales que influyen decisivamente en la marcha de las luchas huma-

nas; durante mucho tiempo, razones climatológicas mantuvieron a la humanidad en determinadas latitudes; pero según la civilización facilitó la vida suprimiendo obstáculos, la vida comenzó a remontar hacia el Norte, precisamente porque, borrados los inconvenientes, quedaban las ventajas, de la cual la principal era que la misma clara dureza del clima contribuía a la fortaleza espiritual, al desenvolvimiento de la energía. Pues bien; ganada esta guerra por los Estados Unidos, siendo Inglaterra después la que menos daño haya sufrido, y siendo las rutas del Norte las más breves, es probable que intensifiquen la vida allí mientras se aduerme en complicidad con la natural pereza en el Sur.

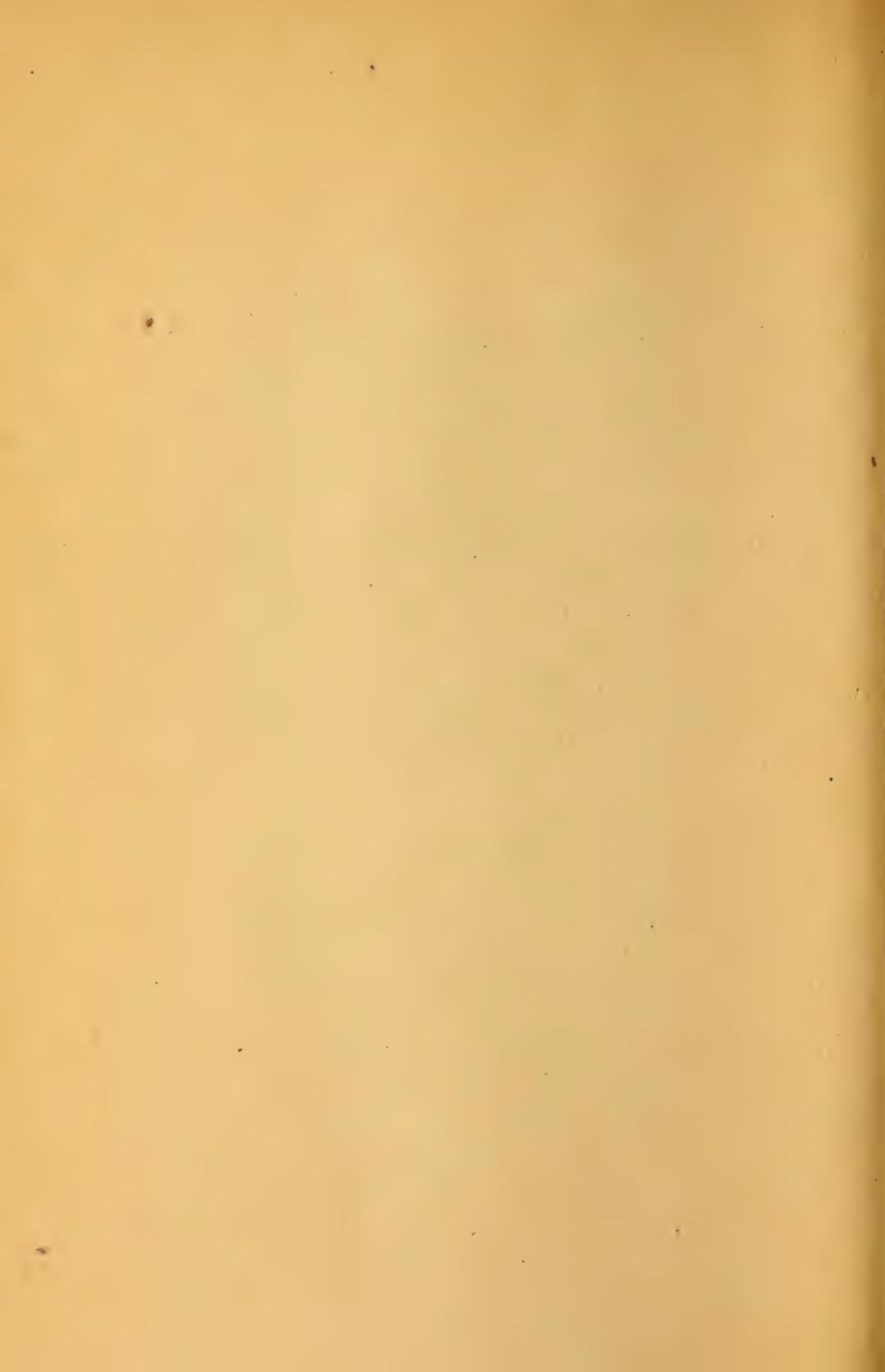
Piénsese salir al encuentro de esto; los latinos no pueden contentarse con el romántico galardón; han de revivir en la futura vida de trabajo y riqueza; pero, sobre todo, nosotros, colocados en un extremo, o quedaremos borrados o hemos de florecer como los más, siendo, no sólo el puente espiritual para la América del Sur, sino la gran metrópoli comercial.

No existe verdadera riqueza sin competencia, y así debemos ir a la creación de una vasta zona comercial iberoamericana, oponiendo fuerzas a fuerzas, aunque tropecemos con la desidia, la pereza y la falta de disciplina de España y de las Repúblicas de origen español, mucho más que con la oposición de las potencias norteamericanas, que, seguramente, aun por propio interés, más ayudarían que estorbarían.

LAS ESTRIDENCIAS



En estas páginas van las notas estridentes, *morales* y *materiales*; las que han dado los de *arriba* y los de *abajo*; van el odio y la Incomprensión, el orgullo, que al ligar ahoga; la rebeldía, que al arrollar mata.



# LA MADRE DE LAS REVOLUCIONES

(BUCEANDO EN LA HISTORIA)

## FIGURAS

No he hallado aún ninguna historia de la Revolución francesa que me satisfaga por completo. Todas las que he leído hasta ahora me han parecido, además de parciales, banales a más no poder. Ninguna ahonda; las hay todavía que dan una impresión de la ideología y del ambiente; ninguna bucea en la psicología de los personajes.

Tres elementos hay en una revolución: las ideas, que es el principal, las ideas que contando con el punto de apoyo de la voluntad podrían considerarse como la palanca capaz de mover el mundo; el ambiente, cosa casual y fortuita, pues que un invierno muy crudo, una gran sequía, una guerra o una epidemia pueden producir el malestar propicio (aunque sin otros elementos desgranarse en motines sin método, sin disciplina y sin utilidad), y las figuras.

Las figuras de una revolución son todo en ella; las figuras son la encarnación de una idea, el alto símbolo, la voluntad consciente. Son de dos clases: las que representan las ideas nuevas, las fór-

mulas que van al asalto y las que defienden los reductos. El triunfo no depende nunca de la acometividad de las primeras, sino de la pasibilidad, necedad y torpeza de las segundas. Dícese vulgarmente que Dios ciega a quien quiere peder; no sé, pero que se ciega es indudable. Así comete torpeza sobre torpeza, equivocación sobre equivocación.

En la Revolución francesa los hombres de ella, enamorados de ideas muy grandes y muy bellas y aprovechando las circunstancias y la estupidez de los guardianes, incapaces de administrar con habilidad las aguas para hacerlas fertilizadoras, abrieron las esclusas. La corriente empujó, impetuosa y ciega, sus barcos, hízoles naufragar a la mayoría, perecer a casi todos, y siguió así hasta que una mano férrea cerró otra esclusa. Entonces el nivel de las aguas fué bajando y hallóse el terreno fertilizado.

Veamos alguna de las figuras de esa Revolución, y puesto que hemos quedado en que las revoluciones más las hacen los que defienden que los que atacan, dejemos los héroes del pueblo sanguinarios y crueles, dejemos los *sans culotte* paseando cabezas en la punta de las picas, y vamos con ellos.

EL REY.

He leído este verano una nueva historia de la Revolución. Es una historia relamida, gemidora, muy modosa y propicia a escandalizarse, llena de una ternura monjil y afectada por las víctimas.

Hasta ahora, en unas había yo hallado todo supeditado a la pintura de los fondos—fondos verdes, jugosos y pastoriles del Trianón, fondos ocres, con llamas de incendio reflejadas en espejos de cobre, fondos luctuosos en malva y gris velados por negros crespones—; en otras las ideas, su desarrollo y gestación; en otras, en fin, retratos. En ésta he hallado una defensa entusiasta y almibarada de los caídos, invectivas de solterona espantada contra los hombres de la Revolución. Monseñor Daphauloup, en un prólogo inacabable, dice que jamás tuvo tan claramente la visión de que el infortunado Luis XVI fué un santo y un mártir. La primera objeción que se me ocurre es que esto no es cierto, pues si mártir y santo hubiese sido estaría canonizado a estas horas por la Iglesia, que buenas ganas tendría de ello.

No. Luis XVI como hombre fué un infeliz sin importancia: como rey, una calamidad. Entre su abulia miedosa y el orgulloso «el Estado soy yo» de Luis XIV, o el egoísta «después de mí el diluvio», preferibles eran estos dos, pues siquiera denotaban voluntad y perspicacia.

Luis XVI fué un pobre hombre sin talento y sin resolución; fué un mal rey. En cuanto a su pueblo dejó que lo esquilmasen y lo llevarsen hasta el último grado de miseria y de desesperación; convencido de sus derechos, dió lugar a que todos los pisoteasen por miedo a una algarada callejera; después de aceptar el sacrificio de sus amigos, abandonabales en la brecha por un ridículo escrúpulo de conciencia; creyente fervoroso, permitió ata-

car y desterrar su religión, contentándose con una devoción fetichista, como si una piedad de monjita provinciana bastase al rey *crístianísimo*. Ni una sola idea brillante, ni un gran gesto, ni un juicio sereno, digno de pasar a la Historia; entre-túvose en tiquis-miquis de caridad, casera de menudos intereses sentimentales, que no servían sino para comprometer a aquellos a quienes quería honrar.

Las jornadas de Versalles y de las Tullerías, las de la fuga de Verennes, las de la Convención y las del Temple fueron un desastre de vulgaridad, pusilanimidad y torpeza.

Ni aun la serenidad ante la muerte pudo redimirle, pues algunas veces, ante el peligro, los más cobardes son héroes.

Las virtudes de un rey, su manera de ser ciudadano, esposo, padre, amigo, difieren en absoluto de las que corresponden a otro cualquier hombre.

#### LA REINA

No creo en los vicios y pecados de *Marie Antoinette*, no creo en las infamias que el pueblo atribuyó a *la austriaca*, pero no creo tampoco en las virtudes excelsas de la reina de Francia. La encuentro orgullosa, fría y dura.

El dolor es la gran escuela y la lanceta que hace la disección de los corazones. Paso a paso he seguido su vida. En la prosperidad fué altiva, incomprensiva y banal. Sus amigas mismas, la Lamballe, tan gentil y tan vacua, y la Polignac,

más resuelta, nos dicen de su nivel moral. En su calvario le faltó impulso de generosidad y nobleza de resignación. Limitóse apostrofar, quejarse y protestar, siempre desde lo alto, igual en el trono que en la guillotina, sin humanizarse nunca, sin abandonar la mueca de desdén glacial, y al mismo tiempo sin tener la medida del gesto regio. Estuvo a punto de abandonar al rey a su suerte, y siempre aceptó los sacrificios *como algo a que tenía derecho*. Fué inconsciente, altiva y fría.

#### EL DELFÍN

No sé, fuera de la ternura que cualquier niño doliente inspira, dónde han hallado los escritores esa inextinguible fuente de ternura para el *Delfín*. Yo, por mí, sé asegurar que he leído su historia muchas veces con verdadero afán de ver destacarse el alma de selección, precoz y noble de Luis XVII, y no lo he podido lograr.

Fueron brutales, inicuos, crueles con él; pero a mí, en esa horrenda prueba a que le sometió el destino, se me aparece como un niño despótico, rabioso, enfermizo, lleno de taras, decidido a no ceder, a ser mudo, hostil, inerte, y en su ternura no veo sino esa ternura, por el mimo, de todos los niños enfermizos.

#### MADAME ROYAL

La hija de Luis XVI es la más antipática de esas figuras. El cautiverio no pareció dolerle mucho; la muerte de sus padres y el martirio de su hermano la dejaron serena. Para aquellos admi-

rables servidores que les daban la vida en holocausto, que por ellos se jugaban la libertad, la paz y hasta la cabeza, no tuvo sino una condescendencia desdeñosa; por los amigos que empleaban su energía y su astucia en endulzar su cautiverio, para los amigos que en las horas atroces de la revolución les fueron fieles, una atención formulista de princesa, como si fuera ella la que habría de consolarles. Coronó su drama aceptando cobardemente de la revolución, que mató a los suyos, un *trousseaux*, y luego, y en salvo, devolviéndolo.

El dolor no le enseñó nada.

#### MADAME ELISABET

Pero en el cuadro de familia hay una gran figura: madame Elisabet.

La tía del rey supo ser princesa y supo ser santa. Con abnegación siguió la suerte de los suyos; con fe y amor les alentó; con resignación aceptó su cruz; sin abdicar ni un momento de su dignidad supo morir. Fué una mujer admirable.

## ATENTADOS POLITICOS

CANOVAS-CANALEJAS, EL 31 DE MAYO,  
BARCELONA.

LA VIOLENCIA COMO ARMA Y COMO ESCO-  
LLO EN EL LIBRE DESENVOLVIMIENTO  
DE LA VIDA ACTUAL DE LOS PUEBLOS.

Cuando un hombre ha sido obstáculo para lo que una parte de la opinión española conceptuaba justo, no se le ha opuesto una idea ante la que tuviese que darse por vencido, sino que se ha encomendado a la violencia su eliminación.

Los atentados criminales, en la marcha política de los pueblos, han existido siempre y, sin embargo, son una cosa esencialmente moderna. Como la práctica no es sino la adaptación de la teoría a la realidad, estudiemos la teoría. La historia se repite y los hechos al través de los siglos tienen una extraña semejanza para los observadores superficiales. Y digo para los observadores superficiales, porque si penetramos en la verdadera entraña de las cosas, veremos qué inmenso abismo separa unos de otros y cuán diversas corrientes de ideas y sentimientos produce y, aun cuando sea un drama que cueste la vida a un

hombre o una hecatombe que acabe con una multitud, tiene ante la Historia más importancia que la de la transformación que en el orden de ideas y con él en la dirección de la Humanidad produce. Es como un bloque de piedra que se desploma en un río: sólo puede tenerse en cuenta cuando obstruye el cauce, traza un camino o desvía la corriente.

Los hombres han encarnado siempre las ideas y he ahí justamente su fuerza; pero la diferencia es que antes las encarnaban inconscientemente y ahora tienen conciencia de ello.

Desde César aquí, los crímenes políticos (salvo cuestiones de detalle, como armas, facilidad, impunidad, etc.), no han variado gran cosa, pero en cambio su transcendencia social es inmensamente mayor, hasta el punto que para la marcha de una nación reviste mayor importancia hoy día el asesinato de un jefe político, que pudo revestir en la antigüedad el de un emperador, dueño de los destinos del mundo.

Los hombres son hoy día más y menos representativos a la vez. Voy a tratar de razonar esta contradicción. Antiguamente, un rey, un príncipe o un caudillo encarnaban en sí un símbolo, el símbolo de la fuerza y el poder; en cambio hoy día un hombre representa una idea. Antes cometíase un crimen para suplantarse a un soberano: el que se sentaba en el trono o el que empuñaba las riendas del Poder era otro, otros los favoritos, los funcionarios, los protegidos, otras las queridas..., pero el orden de ideas no variaba. Al encargarse de la gobernación de un pueblo admitía-

se las mismas ideas y procedimientos del monarca que acababa de desaparecer. Y si cambiaban, hacía falta siglos para la evolución. Hoy en día no; hoy en día cuando un hombre llega a las cumbres, posee su ideología, un criterio fijo, obediendo al cual trata de modificar la dirección de la multitud. Por esto al hacerle desaparecer no es el individuo el que se borra sino un factor en la evolución de los pueblos.



Algunas veces siento anhelos de contemplar las cosas desde muy lejos, desde una de esas altas cumbres donde toda serenidad tiene su asiento, que se llaman «lo por venir», de juzgar cómo, por fantástico sortilegio, me fuese dado *vivir* y *sobrevivir* al acontecimiento que me preocupa. Siento entonces cómo la luz de un gran sol de verdad y en una determinación de valores se me presentan todas las cosas con diafanidad cristalina, libres de prejuicios y preocupaciones, tal y como son, colocado más allá del bien y del mal.

Ante los atentados personales, ante las tragedias del anarquismo, que van teniendo raras concomitancias con otras tragedias políticas que surgen en los pueblos meridionales, esta impresión se cristaliza. Y conste que digo los pueblos meridionales e intencionadamente suprimo Rusia, porque para mi modo de ver, en el inmenso imperio son otras las causas y otros los caracteres de la lucha.

Cuando el horror, la lástima, la simpatía, la cu-

riosidad van cayendo en la nada, y desligado de toda noción política, de todo personal sentir, aislado en el mundo imaginativo, intento juzgar, una pregunta surge ante mí: ¿es útil para un ideal defender el asesinato del que encarna el ideal contrario? Y, no mi conciencia, puesto que nada tiene que ver en ello la conciencia—simple vacilación ante el pecado o temor a las consecuencias del pecado cometido—sino mi razón, me da la respuesta escueta, contundente: no.

Hay en primer lugar algunas razones de justicia. Empieza porque es de suponer que los yerros de un monarca—igual da presidente de República o jefe de Gobierno y aun todos los que se lanzan hasta el sacrificio en defensa de una idea—son involuntarios. Ligada su suerte a la de un Estado o un partido, el bien de éste es su propio bien, y queriéndolo quiere indirectamente el suyo. Aparte de esto, raro será el soberano en cuya alma no haya vivido una quimera de gloria, quimera que el atavismo, la educación y el ambiente alimentan. Si se equivoca es, pues, involuntariamente, y la muerte es demasiado castigo para un pecado involuntario. Hay también razones de conciencia; así, por ejemplo, para condenar es preciso estar limpio de culpa, y, como afirmó el trágico inglés, ¿quién habrá que en justicia merezca escapar de ser azotado? Pero como en política la justicia y la conciencia son cosas muy relativas, dejémoslas de lado y vamos a otras razones, aquellas que en realidad pueden abonar la utilidad o inutilidad del atentado para el fin político a que se encamina.

Ante todo, suprimir o intentar suprimir violentamente a una persona no es vencerla. O se libra del atentado, y entonces su importancia acrece en razón directa de la importancia del mismo, y entonces para vencer dispone, además de las armas que poseía anteriormente, de otras sentimentales —sacrificio, valor personal, bello gesto— que obran con gran eficacia sobre la inconsciencia de las multitudes, o bien perece en el ataque y deja en pos de sí sus ideas, ideas que aisladas de la personalidad, y por tanto de las debilidades y flaquezas inherentes a toda personalidad humana, se engrandecen y hacen indestructibles. Hay que luchar entonces con un muerto, y los muertos son los más formidables enemigos. Tratar de borrar violentamente a una persona es declararse impotente para vencerla, y no circunstancial, sino definitivamente, es el reconocimiento de su fuerza y de nuestra debilidad. Los pueblos grandes, fuertes, conscientes de su poder y seguros de sí mismos, no necesitan apelar a la violencia para librarse de una persona o de una institución que les sea odiosa: bástales «con querer» y manifestarse serenos, firmes y unidos en el ejercicio de sus derechos políticos.

Claro que al hablar de derechos políticos me refiero a los pueblos libres y que tienen conciencia de sus derechos. (Tener conciencia de los derechos es tenerla también de los deberes.)

Para que los atentados personales sean posibles es preciso que haya un ambiente propicio, que los gérmenes morbosos que desvían las ideas del criminal estén en la atmósfera. Hay en estos he-

chos mucho de vanidad enfermiza, de exhibicionismo. El autor de ellos sueña con ser un redentor, un héroe, un libertador que con riesgo de su vida ha cristalizado en un hecho, que seguramente le cuesta la existencia, los anhelos de un pueblo. Si, por el contrario, tiene la seguridad de que el hecho merecerá la pública reprobación y de que el anatema de, no digo una nación, sino toda la humanidad, caerá sobre su cabeza, de que no sólo nadie le mirará como a paladín de una buena causa, sino que será considerado por todos como un criminal vulgar, y de que desposeído de toda aureola heroica será juzgado como cualquier delincuente entre el silencio de las gentes, se mirará mucho antes de cometer el delito. En este sentido, tal vez los griegos estuvieron en lo firme al prohibir que el nombre del incendiario del tiempo de los Delfos fuese pronunciado.

Recurrir a los atentados es en un pueblo, como ya lo he dicho, señal de ineducación política. Los pueblos más adelantados del mundo están libres o casi libres de ellos.

Hay otra razón importantísima que rechaza esas agresiones como arma que hace triunfar una idea. En el mundo es preciso fiar más en los yerros de los otros que en nuestros aciertos propios, en sus vicios que en nuestras virtudes, ya que tan grandes pueden ser los unos y tan pequeñas han de ser forzosamente las otras. Más daño hacen a una monarquía los desvaríos de un rey que todos los regicidas habidos y por haber. Además, queda la heroicidad del bello gesto ante la muerte, patrimonio de los reyes.

En toda heroicidad hay algo de teatral. La mitad de los héroes son héroes por fuerza, porque las miradas fijas en ellos les hacen serlo, y quizás ninguno en la soledad realizaría hazaña que rebasase los límites de las que en defensa propia les dictase el instinto de conservación.

Los monarcas (léase jefes de Estado) viven inconscientemente para la galería y poseen innato el sentido del ademán glorioso. En el momento del peligro olvidan que son hombres y recuerdan que son reyes, que los anhelos (favorables o adversos) de su pueblo están cifrados en ellos y que las miradas del mundo permanecen fijas en su gesto supremo, y son heroicos.

La historia es mujer, y la mirada de una mujer hace héroe a un hombre.

Y aún queda la razón suprema en contra. La muerte es el Jordán que borra los pecados del mundo; la sangre es el óleo santo que unge a los emperadores y los consagra eternos; la sangre es la escritura imborrable en el libro de la vida; la sangre es el filtro que cristaliza nuestras glorias; si César no hubiese muerto en el Senado, tal vez manchado de vicios y bajezas humanas, hubiese sido vergüenza del pueblo romano; si Napoleón hubiese perecido en Waterlloo, soñaríamos con que de vivir hubiese ganado la batalla.

Sin sangre el cristianismo hubiese muerto como una planta agostada; sin sangre hubiese palidecido la púrpura imperial.

Y así, si los hombres confían el logro de sus ideales a un bravo asesino, se exponen a que el gesto de una pobre madre que tiende los brazos

para defender a su hijo, salve un trono, o la arrogancia de un hombre odiado prosterne a la multitud, y entonces el crimen, además de bárbaro, de cruel, será inútil.

## MÁS DE LA VIOLENCIA

En la vida política de los pueblos, al través de las páginas de la Historia, los hechos se repiten, son fatalmente semejantes, y apenas si en la marcha ascensional de la Humanidad han conseguido los hombres infundirles levísimas variantes. Las tiranías han sido permanentemente iguales, e iguales también las rebeldías; diríase, por el contrario, que se ha retrocedido, pues mientras que la democrática Grecia se contentaba con borrar del Poder a aquellos gobernantes con la conciencia entenebrecida de horrendos crímenes, en pleno siglo XVIII fueron a la guillotina gentes cuya culpa era refleja, y ahora mismo el ex zar de Rusia pagó un pecado que, más que de otra cosa, fué de debilidad.

¿Cuál puede considerarse la utilidad de la violencia puesta al servicio de una idea? Diré sinceramente que ninguna.

La violencia no significa, en realidad, sino falta de confianza en nosotros mismos, falta de fe en nuestras razones. Cuanto más dueños somos del razonamiento, cuando más creídos en nuestra firmeza, menos necesidad tenemos de usar de gestos contundentes. Las gentes muy dueñas de sí

mismas, muy impuestas en sus convicciones, no necesitan despeñarse por los senderos de la ira: manejan la dialéctica, la ironía, el desdén, el gesto parsimonioso, la sonrisa. En cambio, los espíritus rudos y primitivos gritan, se exaltan, gesticulan, peroran, creen sustituir la razón, que sienten que les falta, con los ademanes descompuestos. Algo de esto pasa también con la alegría: mientras los seres muy cultivados apenas la dejan entrever en una leve sonrisa y un brillar de las pupilas, las gentes primitivas necesitan reír a carcajadas, gritar, hacer grandes gestos inútiles, dar palmadas amicales, abrazos efusivos.

El pueblo más liberal y consciente de sus derechos antes de la guerra, el inglés, era frío, severo, metódico y muy dueño de sí mismo.

Dice Le Bon, en su libro *Las democracias antiguas*, que casi siempre las revoluciones son precipitadas por la torpe intemperancia de los tiranos. Encierra esto una verdad grandísima, pues igual gobiernos que pueblos, apenas realizado el primer gesto de violencia, empiezan a declinar para morir; los unos van hacia la revolución; los otros hacia el imperio de las autocracias.

RECORRIENDO LAS ETAPAS  
DE LA REVOLUCIÓN



## EL REGIMEN DE MINORIDAD

Una de las principales rémoras con que tropezó siempre la vida española fué la indecisión, una a manera de falta de continuidad en el esfuerzo, de clara y definida orientación que diese a la política y al desenvolvimiento general de la vida uniformidad y progresiva rapidez. La política española caminó perennemente desordenada, por sacudimientos en vez de por un lento y seguro avance; el progreso, cuando lo hubo, fué una serie de saltos en las tinieblas, y claro es que, aunque mejoraran las cosas, quedaron invariablemente abismos por llenar.

Esta manera, que el carácter o la vitalidad impusieron, tuvo su representación durante la Edad Media en las las minoridades. Apenas un rey hacía algo que fuera un valor efectivo en la Historia, venía a heredarla un hijo, niño en cuya tutela parientes y servidores hacían mangas y capirotes. Y si algunas veces, tal en las minorías, tal en las de Fernando IV y Alfonso XI, surgía un espíritu extraordinario como el de doña María de Molina, en cambio otras suscitábanse luchas estériles y aniquiladoras, como las de los Castros y los Laras en tiempos de Alfonso VIII.

En la Edad Moderna, a las minorías (sin que faltase una tan desastrosa como la de Carlos II «el Hechizado») sucedieron los validos y los gobiernos interinos.

Pensaba yo este verano ante la tumba del príncipe don Juan, en Avila, cuál hubiera sido el destino de España si el hijo de Isabel de Castilla hubiese vivido y la corona ceñido sus sienes en vez de ir a las del extranjero príncipe hermoso y a las de la reina loca de amor.

La muerte no lo quiso así y fueron, primero, las regencias, y luego, los reyes débiles que abdicaron su autoridad en los validos. Contra unas y otros alzaronse nobles y plebeyos: unos con desatentadas ambiciones; otros en defensa de franquicias y privilegios, todos fiados en la falta de «autoridad moral» de aquellos con quienes tenían que habérselas.

\*  
\* \*

Porque bien miradas las cosas, tanto validos como gobiernos interinos adolecen de ausencia de garantía, de firmeza en las ideas. Es muy difícil detener a quien marcha en línea recta; pero muy fácil a quien camina con miedosos tanteos.

Régimen de minoría podría ser sinónimo de falta de autoridad, de energía y, «sobre todo», de unidad de pensamiento.

En este sentido todo el siglo XIX fué un continuado régimen de minoría en España. Las fuerzas no se encaminaron a procurar un engrandecimiento nacional, sino a dilucidar «quién tenía

razón» y «quién tenía derecho». Y mientras, la nave sin timón caminaba al naufragio.

Después del desastroso reinado de doña Isabel II y de una absurda revolución sin ideas, sin preparación moral y sin disciplina, una revolución de motines callejeros en que, fuera de muy contadas personas, nadie sabía adónde iba ni a qué, vino un rey joven, valeroso, españolísimo e inteligente, educado en la admirable escuela del destierro. Y la fatalidad cortó su vida en flor. Doña María Cristina fué fuerte y enérgica. Injusto será quien atribuya a la política de la regencia la pérdida de las colonias; se perdieron porque tenían que perderse, porque hacía siglos venía preparándose la catástrofe, porque, perdida una, estaban todas perdidas. Doña María Cristina, aislada por una absurda política que le había precedido con mucho, en un rincón de Europa, rodeada de fuerzas hostiles; sólo con la rigidez austera y grave de su vida, remedió en lo posible el desastre. Dos hombres la ayudaron: Cánovas y Sagasta.

Dos hombres también representan corrientes vivas de opinión al comenzar el reinado de don Alfonso XIII: Canalejas y Maura.

Y he aquí que, validos tal vez de que los reyes constitucionales cada vez han de mezclarse menos en la política, los hombres públicos, eliminados esos dos, se lanzan a luchas absurdas, destructoras.

En el momento en que se decida la suerte del mundo, cuando España, después de su catástrofe resucita milagrosamente, y las industrias, «pese a todo», florecen, y una nueva generación, fuer-

te, trabajadora, inteligente, llena de bríos y de deseos de redención, entra en el palenque; cuando cada hora que pasa es una fuerza enorme que puede resolver problemas vitales y cada día que transcurre vale por años, y todos tienen en su mano hacer fuerza sobre la palanca que Arquímedes pedía para remover el mundo, los partidos políticos se deshacen en intestinas luchas por jefaturas que, sin un real valor en los que las conquistan, nada valen ni significan. Luchar entre sí, ¿para qué? Acuérdense nuestros directores de cómo venció Jasón a los gigantes, haciéndoles destronarse los unos a los otros.

No; el régimen de cataplasmas, parches y belemnios, como medio, no de remediar, sino de adormecer, no sirve ya. Hacen falta gentes que gobiernen de verdad, que nos digan dónde van y dónde nos llevan, que no sean pastores de borregos, sino caudillos de un pueblo fuerte que por encima de todo quiere vivir.

## LAS IDEAS NUEVAS

### LAS PERSONAS

Como las burbujas que desde el fondo del vaso suben a la superficie y estallan allí, muchas cosas que parecían pequeños puntitos opacos suben a la superficie de la vida española y allí explotan. Y en esta súbita y no presentida efervescencia ideas que nos hacían el efecto de pequeños globos de cristal se rompen:

Una de las cosas que están en crisis son los partidos políticos. Toda la máquina de nuestra política fué creada a base de una enorme fuerza: la voluntad de Cánovas. D. Antonio Cánovas, en vez de erigirse en dictador, como hubiese hecho quien tuviese menos genio político que él, comprendió que las dictaduras tarde o temprano caen por su propio peso, y buscó otra fuerza, paralela a la suya, capaz de desarrollar las ideas que no pudiese desarrollar él; esta fuerza fué Sagasta. Puestas así de acuerdo dos poderosas inteligencias, abarcaron cada una de ellas enormes extensiones de pensamientos y de acciones, y bastaron para la sencillez de la vida española, aunque incurriendo a veces en pecados tan enormes como el de aislamiento internacional.

Pero desaparecieron las dos poderosas energías con su eclecticismo ideológico; el nivel de los que les sucedieron descendió y al mismo tiempo, con notoria desproporción, subió el nivel intelectual y moral de los que habían de obedecer o dejarse guiar, y surgió, claro es, la disolución de los partidos políticos, una disolución oculta, que muy rara vez sale al exterior, pero que los mina y corroe.

Este vicio no es sólo cosa de los partidos gobernantes, sino que es un mal nacional de muy difícil remedio; mal que ataca a las diversas regiones también, como ataca a todos los organismos de la vida nacional. Falta cohesión, y, al faltar, falta fuerza; un ideal común y una fe común: he ahí lo que hace grandes a los pueblos; pero esta fe y este ideal no pueden ser un renunciamiento, sino han de ser una fusión.

Los dos grandes partidos, pues, hoy en día no pueden coexistir con la vieja composición; pero pueden darse, en cambio, organismos integrados por todas las personas que en lo fundamental piensan lo mismo, aunque cada una represente un orden determinado. Entonces, lentamente, cada uno de esos hombres podría ir desarrollando su pensamiento, aportando su esfuerzo, según el estado de la nación lo exigiese, y las Cortes del reino, unas Cortes «verdad», establecerían la necesaria armonía entre los hombres de buena voluntad. Nadie sería en política nada porque se llamase Fulano de Tal y fuese hijo de su padre, sino porque representaba una idea, una teoría o una solución.

## REVOLUCIÓN, NO; EVOLUCIÓN INTENSIVA

Subiendo a la cumbre de las más puras especulaciones y contemplando desde allí lo que pasa en España, vemos, sin prejuicios de ideas determinadas de ninguna clase, que aquí una revolución a la manera de la francesa no tiene sino muy en último caso, y tras difíciles condiciones, razón posible de ser.

Una revolución como la que derribó la monarquía de Luis XVI necesita una honda preparación ideológica; aquello no fué derrocar un régimen, ni cambiar un orden de cosas; fué algo más profundo: remover, arrancar y replantar toda una vida con ideas, creencias, derechos y deberes. La revolución francesa tuvo una larga e intensa gestación. Antes de ella nacieron sistemas filosóficos, se iniciaron corrientes de ideas, se definieron claramente odios, repulsas y aspiraciones, y así, el movimiento no hizo sino cristalizar todo esto. Por eso, pese a los procedimientos atroces, subsistió; porque era algo y significaba algo. Tal vez en esto estriban los fracasos de cuantas revoluciones han venido después, excepción de la italiana (que revolución fué también), que les faltaba el alma colectiva que alentó en la francesa.

Aquí no hemos tenido ni nuestro Voltaire, ni nuestro Rousseau; «Cándido» y la «Enciclopedia» no han llegado, tal vez, porque no eran necesarios. Y aun las imprecaciones apocalípticas del gran Costa, más se referían a un estado general de la raza que a una forma de gobernación. En nuestro actual régimen político caben todas las ideas y todos los procedimientos, y no hay reforma, por audaz que sea, que no pueda acoplarse a él.

Sin embargo, siéntese intenso malestar; pero es una cuestión de procedimientos más que de doctrina, y a la purificación de esos procedimientos y a la intensificación de la vida española es a lo que han de tender los esfuerzos de todos.

\* \* \*

Hubo un hombre de talento que habló de «la revolución desde arriba». Lo que entonces pareció una frase, los acontecimientos han venido a demostrar que era una videncia. Maura quería purificar la vida española, desterrar la politiquería andante, elevar los espíritus y unificar los esfuerzos.

Pero el gran estadista, en su entusiasmo de apóstol, se alejó de la realidad, y junto con las grandes reformas quiso simultanear las pequeñas; y sucedió que, aquí que las cosas más transcendentales pasan con un encogimiento de hombros; aquí donde el pueblo supo el desastre de Cavite al salir de los toros sin sentir ni remordimiento ni vergüenza, las cosas pequeñas son pre-

cisamente las que tienen importancia, y las medidas de Maura levantaron protestas clamorosas. Entonces los politicastos de oficio, los chirles y barateros de la política, aprovecharon el motín. Maura cayó y la obra quedó inacabada.

Pues bien; esta obra debió ser maravillosa. Primero, cinco años con los conservadores, de purificar, limpiar, encauzar y acumular energías. El Ejército y la Marina, atendidos como merecen, dentro de la modestia de la vida española, todos los elementos que necesitan para su desenvolvimiento, sin régimen de excepciones, pero con justicia y amor; la industria y el comercio, amparados y atendidos, y firme y clara orientación en las cuestiones exteriores.

Durante este período el partido liberal, un enorme partido en que cabían desde el conservadorismo ladino, vacuo y pamplinero de García Prieto al radicalismo de Lerroux, se hubiera fortalecido y preparado su programa de trascendentales reformas sociales. Una vez llegado su turno hubiera emprendido esas reformas serena y noblemente hasta llegar a un socialismo sensato y presidido por gran alteza de miras.

Si esos dos grandes partidos se hubiesen creado, hoy día los patriotas sabrían dónde ir y dónde poner su confianza; unos estarían con él, y los otros, los que simpatizamos con las ideas liberales, en el campo de enfrente.

Las lentitudes y convencionalismos de la vida política de España son descorazonadores. Llegan a ser tales, que recuerdan esos juegos en que los niños se tapan la cabeza con un tapete para que no les conozca su papá.

Aquí cuando surge un gran talento no llega a tiempo de desenvolver sus energías; ha de gastarse primero, para arribar cansado y, muchas veces, sin fuerzas. En cambio cualquier nulidad más o menos dorada llega. Así se da el caso en un hombre, persona dignísima personalmente y de gran simpatía, que sin más título que haber sido satélite de un astro de primera magnitud —el cero que necesita la unidad—, quiso ser y fué, dejando tras de sí tan sólo una estela de ironía. He ahí todo un símbolo de nuestra política.

\*  
\* \*

Cuando estalló la guerra europea, España, puesto que se decía consciente de su falta absoluta de preparación para tomar parte en la contienda, debió, desde el primer día, dedicarse a una intensificación de su vida, una intensificación llevada hasta la fiebre. Decía yo que el gran peligro para los neutrales es que mientras los beligerantes habían llegado al máximo de su esfuerzo ellos seguían en la medida anterior a la lucha. En vez de «ir viviendo», las energías de todos debieron encaminarse a una fortaleza patriótica. Mas limitáronse a murmurar como siempre: «¡Ya es tarde!» ¡Y no es tarde nunca! Los pueblos, como los individuos, llevan en sí mis-

mos el germen de su fuerza y mientras subsiste estarán a tiempo para ser fuertes.

Claro que para esto hubiera sido necesario olvidar ambiciones, envidias y rencillas, renunciar al placer, vivir sólo para la grandeza de nuestra Patria. Y este sacrificio ha de ser forzosamente consciente; sacrificarse, sí; pero sabiendo por qué nos sacrificamos.

\*  
\* \*

Revolución, pues, no; por lo menos si es dable evitarla. Las revoluciones sin un alto credo espiritual son nocivas, y aquí ese alto credo no existe. Pero intensificación evolutiva, eso sí. Es preciso que todo se transforme para dar la mayor suma posible de energía dejando la mayor utilidad. Los políticos han de ser los administradores del bien público, no sus caprichosos dueños; el pueblo, a su vez, tiene que aceptar una disciplina, y en cuanto a los ricos, tienen altísima misión que cumplir: la de convertir sus riquezas en fuente de prosperidad para todos, en río de oro que después de llenar sus acequias riegue los campos de los demás, sus riquezas. Nada de campos ociosos, ni de abandonados palacios, ni de predios inútiles, ni de cazaderos dedicados al recreo de unos pocos. Ser rico debe integrar, trabajar más que esos pobres.

El bienestar y la grandeza de un pueblo está en sentir alto, pensar hondo, respetarse y saber conocerse.

## ANTE LA REVOLUCION

Me he quedado en Madrid. Todos los míos se han ido al Norte; las gentes pudientes, la aristocracia, la banca, los políticos, emigran también hacia las playas; el calor empezó la expulsión; los anúncios de revolución acabaron de apresurarla. Bajo un sol de fuego, cobijado por un cielo implacable, la ciudad tiene un aspecto rudo y áspero, alegre, con una alegría casi africana; no hay medias tintas, ni gamas de color, azul añil, blanco, amarillo siena, verde metálico, cobre. Las gentes elegantes, las modas arbitrarias de una afectación *muy natural*, se han ido, y la temperatura misma favorece una arbitrariedad que recuerdo los *sans eulotte* y las damas de los mercados que invadían las Tullerías. Hace un calor denso y pegajoso, una atmósfera espesa plana sobre todas las cosas, *atmósfera de revolución*,

¡La revolución! Confieso que no me escalofria; acostumbrado a trabajar muchas horas, a estudiar siempre, a ser *yo mismo*, en vez de un nombre o un título que lleve a una persona oculta detrás (como los gigantes y cabezudos de las ferias llevaban dentro un hombre mucho más pequeño que ellos), las revoluciones no me aterran, en la

convicción fatalista de creer que quien valga valdrá de todos modos, y que, quien no, aunque les den los tesoros de Aladino y el poder de Augusto o de Carlos V, acabará con todo ello. No sólo no me espantan, sino que me inspiran un interés apasionado; no es curiosidad, es algo mucho más noble y sereno, es la figuración imaginativa de las rutas ideales y el estudio de los esfuerzos de los hombres por encaminarse a ellas, mas las deformaciones de su espíritu en esta lucha. Una revolución tiene siempre en su fondo una idea generosa de justicia; ahora que los hombres, en su egoísmo, saben deformarla para ponerla al servicio de sus malas pasiones.

Es incuestionable que en el fondo de toda sacudida social hay una idea grande; lo que sucede es que unas veces los hombres saben extraerla de las tinieblas o ella resplandece por sus propias fuerzas y otras queda oculta por el barro de las bajas pasiones o se encoge y se hace casi invisible.

\* \* \*

Me he quedado en Madrid y llevo una vida sencilla e intensa de hombre de trabajo. Fuera de las horas del sueño o de una o dos en que despacho mi correspondencia, no paro en mi casa; trabajo en el Ateneo, en el periódico o en la Biblioteca Nacional; como en cafés o *restaurants* económicos; voy y vengo y me mezclo con la multitud. Pese a la dificultad material que opone mi sordera, gentes desconocidas me hablan del periódico,

de mis libros, de la política. Alguna vez hay una alarma y corren las gentes, mientras bajan apresuradamente los cierres metálicos de los comercios; otras dicen que suenan descargas de fusilería hacia los Cuatro Caminos; algunas cae una pedrada en el tranvía.

\*  
\* \*

Es una verdad que el mayor enemigo de las revoluciones es el sentido conservador de los pueblos. Veamos.

Los militares no quieren la revolución; la oficialidad, pese a su abierta rebeldía en las *Juntas de Defensa*, se han puesto incondicionalmente de parte del Poder; los soldados obedecen. Aunque el pueblo pretende fraternizar con ellos, aunque las mujeres les apostrofan, recordándoles que han sido sus madres y serán sus esposas (las escenas del puente de Toledo y del de Vallecas recuerdan las candidas estampas de la revolución del 68), obedecen.

Muchos obreros no quieren ir a la huelga; los tranviarios siguen en su puesto y muéstranse satisfechos y aun orgullosos de alternar con los jefes del ejército; mal que bien, ningún servicio se paraliza.

El Gobierno hace poco; deja hacer a las gentes, y fuera de alguna antipática medida, como la de los policías voluntarios, no muestra gestos demasiado bruscos.

Pienso, sin querer, que un pueblo que se identifica con sus hombres de gobierno en una cues-

ción de la importancia de la neutralidad no es apto para hacer una revolución.

\* \* \*

Esto me lleva a meditar sobre la cuestión internacional.

No el pueblo, el proletariado, los socialistas, la democracia, se equivoca al no querer intervenir, al encogerse de hombros ante las palabras *Justicia, Libertad, Derecho*. Es torpe y necio creer que se ventilan sólo los intereses materiales de Francia o Inglaterra en esta contienda; se ventila algo mucho más transcendental: el porvenir de los pueblos.

Me explicaré. Las naciones en guerra hacen de sus hombres héroes, y lo que es más, *héroes conscientes*. Esos hombres saben lo que se espera de ellos, lo que su esfuerzo representa para su patria, los intereses que les están encomendados; cuando vuelvan, ¿cómo hacer que se contenten con un jornal de tres francos para mal comer? Habrá que asegurarles la independencia y el bienestar a que tienen derecho.

En España, ni el pueblo, ni la clase media, ni las clases directoras (aristocracia, plutocracia, políticos, con contadas excepciones), quieren la guerra por *miedo* y por *egoísmo*. El pueblo español era invencible; así se lo dijeron hace mucho tiempo, siglos, *cuando el sol no se ponía en sus dominios*; luego fué grande a semejanza de los hovos mayores cuanto más tierra se les quita; en lá guerra de la *Independencia* fué sólo la gota de

agua que hizo desbordar el vaso; pero venció... ayudado, claro es, del ejército regular inglés. Y llegaron las guerras coloniales, la lucha con los Estados Unidos, la atroz lección de la realidad que venía a demostrar que el *chin-chín* patriótico, los gritos e improperios con que los antiguos se enardecían en el combate, tal vez servían para escalar una muralla o para una lucha cuerpo a cuerpo, pero no tenían poder frente a los barcos modernos y los potentes cañones. Y vino la reacción; de creerse por todos invencibles pasaron a creerse incapaces de vencer a nadie. Como una bestezuela muy castigada, el pueblo español huye del peligro, donde cree que no hay sino baldón, vergüenza, ignominia, cuando tal vez está la Libertad y la Justicia.

En cuanto a las clases directoras, conténtanse con acumular su oro, ese oro que tal vez no valga nada luego; mientras, la mesocracia participe de muchas deformaciones espirituales.

Y no piensa el pueblo que, algún día tal vez, su cobardía sea como una muralla de granito que le cierre las soleadas rutas por donde los pueblos victoriosos caminaran a las Jericó prometidas; ni los ricos que quizá hayan, como en dantesco suplicio, de roer su oro, en tanto contemplan con ansiosas miradas los frutos amontonados sobre la mesa del festín para los que padecieron hambre y sed de justicia.

Sólo los intelectuales *viven* la guerra; se entusiasman, sufren, siguen palpitantes la lucha. ¿Quién sabe si llegarán al otro lado y las aguas del mar Rojo se cerrarán tras ellos, separándoles

de las muchedumbres cautivas de su ambición y su cobardía?

\* \* \*

No se siente *bien* la revolución. Es algo sórdido y premioso; algo hecho sin verdadera fe ni verdadera resolución; una serie de golpes en vago, de atentados frustrados, de intentos tímidos. Hay, claro es, víctimas, mártires y héroes, pero... falta el impulso ardiente y arrollador, el torrente de fuego que devasta y fructifica, el entusiasmo ciego, falta eso, la fe. Parece que todos, al comenzar, se dan por vencidos de antemano.

\* \* \*

Esta noche, a las tres, hemos ido al Depósito de cadáveres. Había once sobre las mesas con balazos en el pecho, en el vientre, en la cabeza. Uno tenía los ojos abiertos y parecía mirarnos.

Agosto 1917.

## AGUA PASADA...

DIÁLOGO ENTRE EL CÁNDIDO Y EL ESCÉPTICO

*El cándido.*—No, no me cite usted ni ha la Rochefcaud ni a Nietzsche.

*El escéptico.*—Ni a Carlyle, ni a Macaulay, ni a nadie en suma; que en esto de las citas me acuerdo fatalmente de Cervantes y de su *Don Quijote* (y pido excusa, aunque sólo sea en gracia de lo española y oportuna de la mención, por incurrir en el mismo vicio que vitupero), y no necesito andar buscando autores que me digan lo que yo me sé decir sin ellos. La vida...

*El cándido.*—La vida, si la quita usted los grandes ideales...

*El escéptico.*—¿Y cuáles son esos grandes ideales?... ¿El lema de la República francesa? ¿Libertad, igualdad, fraternidad? ¡Bah! La libertad humana ¡está restringida por tantas cosas!... La igualdad es imposible, pues siempre habrá inteligentes y necios, valientes y cobardes; en cuanto a la fraternidad impuesta con dinamita...

*El cándido.*—¡Oponiendo a las más bellas utopías ese frío escepticismo!

*El escéptico.*—No; en esas utopías, como en todas, hay una parte realizable; pero para aplicarla es preciso hombres de buena fe, sin ambiciones ni miras personales; hombres que se contenten con ser lo más noble y más grande que le es dado ser a un humano: *hombre representativo*. Lo que no es admisible es esas grandes utopías en manos de políticos que se han nutrido superficialmente en Maquiavelo...

*El cándido.*—Y, sin embargo, Maquiavelo es su autor de ustedes...

*El escéptico.*—No; como dudamos de los hombres, aceptamos sus teorías; pero créame: cuanto más escépticos, en mejores condiciones estamos para creer cuando hay en qué.

*El cándido.*—¿Entonces en las revoluciones no es dado creer?

*El escéptico.*—¡No había de ser! Pero las revoluciones no pueden ser una algarada callejera para oponer una oligarquía a otra oligarquía (y aquí vendría como anillo al dedo aquello de «más vale lo malo conocido...»). Una revolución hoy día no puede ser eso, no; el mismo Melquiades Alvarez afirmaba que lo circunstancial es la forma de gobierno. Una revolución tiene que ser hoy día algo más hondo y fuerte: que ser una evolución intensiva. Hay, lo primero, que educar al pueblo, enseñarle sus derechos y deberes, darle la plena conciencia de sí mismo, y obtenido esto, que es una labor ímproba de años, mostrarle los caminos. Entonces lo que ha de ser será. Pero todos sabrán *adónde van y lo que quieren*.

.....

*El cándido.*—Por lo que veo duda usted de nuestros hombres de gobierno.

*El escéptico.*—En política hay partidos que son la unidad seguida de ceros y otros que son el cero seguido de unidades. Aunque en teoría sea mejor lo segundo, en la práctica es siempre mejor lo primero.

*El cándido.*—Es usted descorazonador. Según se deduce de sus palabras, estamos condenados a permanecer petrificados...

*El escéptico.*—No, no; pero lo que sí es necesario es no gastar nuestras energías, nuestras fuerzas y nuestra sangre en oponer políticos a políticos cuando hay tanta cosa transcendental que las reclama. Créame usted, vuelvo a decirle: aquel que sin ambiciones personales tremolara una verdadera bandera de reforma la vería triunfar.

Septiembre 1917.

## AL PASAR

No hay fuerza individual capaz de cambiar los elementos y de prever los acontecimientos que nacen de la naturaleza de las circunstancias.—EMILE OLLIVIER.

## AL COMENZAR

Cuando por causas subterráneas la vida de los pueblos lánzase vertiginosamente por nuevos cauces, es preciso ir registrando sus diversos movimientos para orientarse hacia una clara concepción del nuevo vivir. La labor de los gobernantes ha de ser entonces, no la de oponerse a las nuevas fuerzas, puesto que, además de inútil, corre el peligro de hacerlas desbordar, sino encauzarlas, convirtiendo en energía creadora lo que de no ser así puede degenerar en destructora avalancha.

Nada más interesante en estos casos que observar la psicología de las muchedumbres, puesto que es sabido que al fundirse en la masa común la psicología del individuo se borra o transforma para fundirse en la psicología común y dar la norma del sentir colectivo. Lo que los hombres no saben o no osan hacer por sí solos lo hacen en comunidad.

Vamos, pues, a ver pasar la manifestación, *pro presos* de Cartagena, la manifestación que puede dar la norma, el espíritu sereno, llenos de imparcialidad.

#### LA MULTITUD

Hace un día maravilloso de sol. Un cielo *implacable* (puede que algunas gentes frívolas hayan murmurado al levantarse: «¡Qué hermoso día de carreras!») cobija la ciudad. Nunca mejor el adjetivo *implacable*. Este bello día, después de tantos bellos días, anuncia, con la sequía el hambre, un aumento de miseria, la traición de la Naturaleza, *que no quiere ayudar tampoco*.

Una multitud densa, compacta, pero serena, consciente, va reuniéndose en la plaza de Cánovas. Es interesante estudiar su composición. Hay los caudillos de siempre, algunos de los antiguos trabajadores, díscolos o descontentos, que corresponden, en el elemento obrero, a lo que la mayoría de nuestros políticos en la clase directora; pero domina un elemento intelectual que va desde los catedráticos del Instituto Libre de Enseñanza y los profesores de la Residencia de Estudiantes, hasta los obreros nuevos—los que en sus ratos de ocio acuden a la Biblioteca Nacional, a los Centros particulares de cultura, a las conferencias, leen, estudian, se apasionan—, pasando por fuertes mentalidades que hasta hace poco sentían una repugnancia intensa por la política. Ante todos estos hombres jóvenes, trabajadores y fervorosos, se piensa involuntariamente en las

palabras de Taine, refiriéndose a la Revolución francesa: «Por anticipado y sin quererlo cada generación lleva en sí misma su destino.»

Vense también muchas damas, serias, algunas de edad ya, poseídas todas de un noble deber ciudadano.

#### EL AMBIENTE

Hay, en primer lugar, un gran fervor cordial por los presos de Cartagena. Es justo; de los que ellos defendieron merecen bien; de los demás respeto. El delito político es respetable siempre. En la lucha se puede abatir al adversario; pasada ya, hay que tener un gesto, mejor que de piedad, de noble deferencia. No se debe «perdonar», sino «olvidar». Y esos hombres sabios, cultos, que se dieron en un ideal bueno o malo, pero ideal político y social, vistiendo el uniforme infamante, son un baldón. La ley venció: razón de más para que el olvido borre ahora.

Pero hay también una gran seriedad ciudadana, una seguridad en la «posesión del derecho», nueva en España. Nada de tumultos casi burlescos, nada de movimientos nerviosos e inconscientes; esos hombres ejercen un deber y un derecho, y «lo saben».

#### LOS HÉROES

Los aplausos de la multitud van a los más radicales, a los más audaces. Marcelino Domingo, Pablo Iglesias...

Es natural que así sea; las muchedumbres no pueden sentir los matices, necesitan las ideas fuertes y las transparentes representaciones. Los gobernantes son los llamados a enseñar que las ideas pueden vivir en otra atmósfera que la de las fraguas.

#### DESFILANDO

La enorme ola sube hasta Recoletos y la Castellana, llenando por completo el amplio paseo. Tal vez algún hombre político tras de sus ventanas meditara en lo que eso significa, y pensara que hay que aprovechar las enseñanzas.

Llegó la manifestación ante la estatua de Castelar. Sus hombres van a hablar...

25 Noviembre 1917.

## SERENIDAD

Cuéntanos Croiset cómo después del destierro de los Pisistratidas, aquellos de sus parientes que no estaban asociados a su poder fueron respetados, y cómo, pese al horror de sus crímenes, el Consejo de los Treinta, tan sólo fué condenado al destierro.

Sucesos muy dolorosos han agitado a España este verano. El orden ha vencido y la ley se ha cumplido; ha sonado la hora de perdonar. Hay que tachar esas páginas; si algo había de justo en las aspiraciones que se expresaron mal, recogerlo; lo demás borrarlo con una gran piedad que borre a la vez el odio, la rebeldía, el sordo rencor, y que, haciendo olvidar, aúne todos los esfuerzos. Y es preciso sobre todo respetar *la Idea* y oír la palabra de los hombres libres y justos. Hay que recordar las palabras de Tolstoi: «Ni millones de pesos, ni millones de soldados, ni guerras, ni revoluciones pueden hacer lo que un hombre libre cuando dice aquello que cree justo.»

# HACIA LA PAZ Y LA JUSTICIA

## EL COMIENZO DE LA OBRA

Hay gestos violentos que si no pueden justificarse pueden buscar una disculpa en el aturdimiento de un momento de peligro. Lo que ya no admite, ni aun siquiera disculpa, es la perseverancia en el error, tanto más, cuanto que se refiere a gentes que además de su representación ciudadana, tienen una representación que podíamos llamar «representativa».

Cuando los que, alejados de la cosa pública, contemplábamos los sucesos con serena nobleza de miras y absoluta imparcialidad, decíamos que era un absurdo, un baldón y una enormidad la presencia en Cartagena del Comité de la huelga, se nos acusaba de revolucionarios, de rebeldes, de arbitrarios, y, sin embargo, no pedíamos más que una justicia que pacificando los ánimos, redundaría en bien de todos, como han acabado por reconocer las Cortes del Reino y el Gobierno de S. M.

## EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

Lo que venía sucediendo en España desde hace mucho tiempo, es que no existía un verdadero

Gobierno capaz de navegar por las aguas de la vida nacional en una dirección determinada e imprimiendo con firme pulso al timón de la nave simbólica la orientación querida; sino que débiles, sin verdadero prestigio, sin una visión clara y neta de las cosas, o lo que es peor, sin fuerzas para dominarlas si realmente la tenían, los Gobiernos daban saltos incongruentes y pasaban de todas las claudicaciones, las cobardías y las abdicaciones, a los más absurdos y desatentados gestos de violencia.

No hay nada que nos haga afrontar las cosas con serenidad como el sentimiento de nuestra fuerza. Y ese sentimiento era justamente lo que faltaba a los gobernantes; en vez de prevenir con una sobria aplicación de la ley, trataban de evitar con una a modo de captación de conciencias, un soborno espiritual y material, que, claro es, a la larga no daba resultado. Y luego, cuando la tormenta estallaba, entonces venga repartir palos de ciego.

#### EL TIEMPO PERDIDO

Tres años largos, tres años que pudieron ser como las vacas gordas del sueño de Faraón, perdiéronse neciamente en discutir *falias* y *fobias* y en tratar de suavizar asperezas. No hubo ningún José, y así, mientras se disputaba por dónde había de pasar la Fortuna, la Fortuna pasaba de largo, como en el cuento:

«Pues, señor, érase una vez un hombre que, ambicioso y ladino, supo que la Fortuna había de

pasar a una hora determinada por un campo de flores y decidió, con las más bellas, fragantes y olorosas, preparar un ramo para captar su voluntad. Pero sucedió que mientras él inclinábase para coger las flores, la diosa pasó de largo, y al incorporarse él, tan sólo consiguió ver la sombra que se alejaba. »

#### LA COBARDÍA CULPABLE

En realidad, la cobardía de los hombres políticos, su miedo a lesionar intereses, su espanto ante la más leve protesta, ha sido la causante de todo. Algo de lo que se va a hacer ahora con la nacionalización de la flota mercante, debióse hacer desde el comienzo con muchas cosas. En vez del Comité debían haber ido a la cárcel infinidad de industriales, de comerciantes, de acaparadores, de detentadores del bien público. Justo, muy justo que al amparo de las circunstancias se hayan hecho grandes fortunas, son riquezas que redundan en bien de todos; pero este derecho a enriquecerse «debe de tener el límite del bien público»; enriquecerse, sí, pero sin hacer la vida imposible a los demás. Y justamente este límite es el que estaban en el deber de señalar los Gobiernos. Por encima del interés individual ha de estar siempre el interés nacional, como por encima de éste está el interés humano, en las rarísimas ocasiones *en que es realmente el interés humano*.

El primer deber de los hombres que manejaban las riendas de la gobernación era hacer la vida

posible a todos. Si para ello había que lesionar intereses particulares, lesionándolos.

Hubiérase visto entonces cómo no era posible organizar una huelga con éxito. El bienestar es la mejor garantía del orden.

#### LOS PRESOS DE CARTAGENA

Han llegado los presos de Cartagena. Son hombres que valen, y que valen mucho. En la prisión les ha acompañado, no sólo el entusiasmo de los suyos, sino la simpatía de todos los que trabajamos y no miramos las cosas superficialmente. Han contraído, pues, una gran deuda, pero, no una deuda de estridencias, sino de labor honda, intensa, en pro de los obreros, haciendo sus aspiraciones compatibles con otras aspiraciones que sólo en utopía pueden desáparecer, para que haya riqueza para todos, bienestar para todos y... trabajo para todos. •

## LOS CABALLOS BLANCOS DE ROMERSHOLM

Existe un fuerte drama ibseniano de un obscuro e intrincado símbolo. Es el caso que en un viejo dominio noruego, colocado al otro lado de los *fiords*, vive una familia embrujada (*hantee* sería más exacto, en el gráfico del idioma francés) de un raro maleficio destructor de iniciativas y de energías. No se sabe, a decir verdad, si el maleficio está en las casas o sencillamente en el espíritu de aquellas gentes. Sin embargo, bien sean reales fantasmas o sólo condensaciones en imágenes de fenómenos imaginativos, es el caso que cada vez que una desgracia se cierne sobre ellas aparécenseles unos misteriosos caballos, *los caballos blancos de Romershölm*, a manera de presagio.

Rápidamente desfilan ante mi los viejos mitos en que figura el noble bruto que los hombres esclavizaron. ¿Por qué los caballos, tan bellos y serenos, han conservado ese valor de obscuro presagio? Tal vez estriba en una rudimentaria verdad: la verdad de que al querer los hombres forzar la naturaleza a servirles se vuelve contra ellos. Cuando los hombres han querido esclavi-

zar el suelo, el suelo se ha hecho árido y estéril; cuando han robado su terreno al mar, el mar se ha precipitado rugiendo sobre ellos y los ha anegado; cuando han impuesto su yugo a las bestias, una misteriosa fuerza pareció radicar en ellas. Desde la torre de Babel a las alas de Icaro, desde las montañas de los Atlantes a la ciudad de Is, siempre que los humanos han querido someter las leyes naturales a su vanidad han perecido.

Cuando una monarquía está amenazada de ruina, siempre indefectiblemente hay como una llamada de lujo, de fasto, de riqueza, y en esa luz, que es algo como la luz fantasmagórica de Romershölm, aparecen los caballos. No podemos imaginarnos los prolegómenos de la Revolución francesa sin el galopar de jinetes en las fiestas cinegéticas de Luis XIV, sin las carrozas de las paradas de Luis XV y Luis XVI; ni la derrota del Imperio, sin las carretelas a la D'Aumont de Eugenia de Montijo, sin los desfiles hacia Longs-champs, sin las carreras de caballos; ni la caída de la monarquía portuguesa, sin las carreras de caballos y sin *los caballitos*.

Si yo fuese ministro de un rey imaginario en un país donde los hombres de buena voluntad pudiesen decir la verdad le diría: «Señor: desconfiad de los caballos blancos de Romershölm. Los caballos están para labrar la tierra, para facilitar la vida, para servir a la industria y al comercio; cuando corren, cuando son sólo bestias de lujo, tienen algo de maléfico.»

Por más que, acogiéndose a la lógica, todo consista en que, tras esos alardes de lujo y vanidad,

hay siempre agazapados aventureros de vastos planes, vividores, hombres sin conciencia, mercaderes que igual trafican en apuestas que con coronas, con rancios apellidos y vanidades de advenedizos; y reyes, aristócratas y *snoobs*, les sirven de pantalla para sus sucias combinaciones financieras.

# ORÍGENES Y DESARROLLO DE LAS REVOLUCIONES

## I

### EL PRESENTE ESPAÑOL

Mientras los acontecimientos se precipitan en el mundo, España dormita. No digo, obsérvese, duerme, sino dormita; la subconsciencia está alerta, casi sensible, en una vaga percepción de los acontecimientos exteriores; de vez en cuando el país despierta, hay una leve sacudida, y vuelve a dormir.

La situación de España no es buena; pero esto no quiere decir que sea francamente mala; es precaria la situación de un pueblo que ha sufrido tremendas y dolorosas sacudidas, que no ha perecido en ellas, pero que no ha sacado tampoco ese florecer de salud y de energías que sigue a ciertas graves enfermedades. España necesitaría, no una revolución en el sentido violento de la palabra, sino una fuerte intensificación de sus energías.

Lo primero es *hacerse cargo* de su verdadera situación, conformarse a ser por ahora un pueblo débil, pero no *resignarse*, sino una vez hecho

el balance de valores, esforzarse por acumular sus fuerzas y tenderlas hacia un fin nacional, teniendo en cuenta que ese esfuerzo y la prosperidad que le siga no pueden ser una pieza suelta, sino que ha de encajar en el mosaico de la prosperidad universal. Vivir en el presente con los ojos puestos en el porvenir. El sueño de la Bella Durmiente del Bosque es, en la existencia moderna, algo irrealizable.

Para todo eso es imprescindible una amplia, fuerte y *seria* orientación liberal; digámoslo mejor, más rotunda y claramente, socialista. Nada de gestos teatrales, nada del príncipe que da media capa al pobre (manera de que pasen frío el pobre y el príncipe), nada de esas bondades del gran señor que ayuda a la mendiga a cargar el haz de leña, nada de *rasgos*; lo que precisase es dar al pobre los medios de dejar de serlo, facilitar, humanizar y hacer productivo el trabajo.

Sucede, desgraciadamente, en nuestra Patria, que subsiste algo del espíritu inquisitorial en las clases directoras. Claro está que esto no ha de interpretarse puerilmente, ni tampoco vulgarmente, sino en el sentido de que subsiste la violencia espiritual, la ira honda e incomprensiva, la obscura idea de que se tiene razón, y una vez teniendo razón, todos los medios son buenos para imponerla.

El gran defecto de las clases directoras es aquí incomprensión: la negativa, no sólo a hacerse cargo, sino a escuchar las razones que los demás aducen para convencer. Yo recuerdo los días en que al pobre Canalejas (sin perjuicio de conside-

rarle luego como el salvador) y esto hase repetido ahora en la cuestión internacional con Romanones, se le hacía la cruz, como al diablo, y se pretendía hundir, a fuerza de ridículo, a los que le seguían; recuerdo, y bien reciente está el tiempo en que Cambó (que ahora es justamente cuando, en su conservadorismo, va camino del fracaso), cuando Cambó, repito (que ellos, claro está, ignoraban), comenzaba por el vulgo de levita a destacarse de la Asamblea de parlamentarios, los denuestos arrojados sobre él y aquél considerarlo como un hombre muy peligroso. No; no basta taparse la cabeza para no ver la marcha de las cosas..., porque además se corre el peligro de que al volver a mirar se haya perdido la noción de dónde se está.

Es lo más terrible aquí eso, la oposición de una negativa irrazonada a una verdad en marcha. Se comprende que se oponga todo un sistema moral, político y filosófico (como en Alemania; y ser ésta la única entre sus aliados que resiste aún, demuestra que cuando realmente hay fuerzas, aun arbitrarias y deformes, que oponer a fuerzas, se puede luchar, aunque al final se derrumbe uno); pero lo que es necio es oponer una anatema, que ya no tiene ni aun fuerza moral, a la realidad de unas afirmaciones. Decir «jesa gentuza!», «jesos bandidos!», «jesos sinvergüenzas!», sin saber si lo son o no, es grande yerro. Tal vez entre ellos los haya, como en todas partes: pero también hay hombres dignos, sabios, honrados y de buena voluntad.

Desde los más altos a los más bajos han de con-

vencerse que no, que la vida ha cambiado, que es necesario, si no se tiene el valor y la fuerza de ir alegremente al cambio, resignarse a él; que si (usemos un lenguaje místico que les es familiar) no tienen alma para la contricción, han de refugiarse en la atrición.

E igual sucede con los hombres políticos; pocos, muy pocos del actual régimen se salvan; los que hayan tenido la clara visión futura nada más. Dentro de un mes, el gran Gobierno que ha de emprender la reforma de España habrá de advenir. Igual da que sea un gobierno de eminencias que un gobierno de hombres oscuros e insignificantes; su grandeza está en la obra que realiza. Maura (al negar la posibilidad de la reforma constitucional), pese a su enorme talento y a su gran probidad y autoridad, con Cambó, sería la revolución a plazo fijo; el triunfo de las izquierdas, con Melquiades, Romanones, Besteiro, sería la afirmación de la monarquía sobre los nuevos principios democráticos, la evolución pacífica de España sin necesidad de la revolución.

#### ALGO DEL ORIGEN DE LAS REVOLUCIONES

La primera causa de una revolución es vulgar, prosaica: el malestar material del pueblo. Las revoluciones no estallan nunca en los pueblos victoriosos como no sea a la inversa, es decir, con orientaciones conservadoras. Si se hubiese hecho una paz sin vencedores ni vencidos, probablemente Europa entera hubiera visto la revolución (ex-

ceptuando tal vez Alemania, donde la férrea disciplina la hubiese sostenido).

Una vez producido el estado de malestar, quedan dos caminos que seguir: o resistir la ola por el hierro y por el fuego, y es probable que tarde o temprano venza el empuje popular, o bien hacerse cargo de la justicia, y con un formidable espíritu de abnegación, con una buena fe sin límites, pero serenamente, enérgicamente, ponerse al frente del movimiento y realizar desde el Gobierno la honda transformación social que el pueblo requiere.

¿Se acuerda el Sr. Maura de *la revolución desde arriba?*

## II

### LA TRAYECTORIA

Cuando, víctima de grandes padecimientos físicos, un hombre yace en el lecho del dolor, inconscientemente busca cambiar de postura, hallando en ello un alivio y, desde luego, la esperanza de, en cada nueva que adopte, descubrir el lenitivo. Si se deja llevar de esta impresión, su nerviosidad va en crescendo, y llega un momento de tremenda sobreexcitación, que acaba por dar al traste con él. Pero si en vez de los remedios que pueden curarle se le dan calmantes, tras cada nuevo sopor la exaltación aumenta; si se le sujeta por la fuerza, pueden ser tales sus sacudidas que rompa las ligaduras. Igual que con el dolor físico sucede con el moral: parece que encontramos consuelo

en pasear y en agitarnos, en trasladarnos de un lado para otro.

A los pueblos sucédeles como a las personas: cuando se encuentran en un momento de malestar, necesitan los sacudimientos, las convulsiones violentas, que dan al traste con lo que ellos consideran causa directa de su malestar, y que tal vez no sea sino cristalización del malestar mismo.

#### LOS ANTIGUOS PERSAS

El famoso discurso que comenzaba: «Era costumbre de los antiguos persas pasar tres días en la anarquía a la muerte de un rey, para que el ejemplo de robos, incendios y asesinatos...», discurso que dió lugar a la denominación de «Persas» con que bautizaron a una fracción de la Cámara española, tenía, bajo su pomposa teatralidad, un fondo de verdad en la aplicación y una rara exactitud de percepción.

No sólo en España, sino en todos los pueblos puede haber momentos en que forzosamente se arrojen en la anarquía. Estas crisis, como las guerras y como algunas enfermedades, a la larga son ventajosas, y, vueltas ya las cosas a su cauce, marcan un paso en la historia de los Estados.

Sin embargo, para que lleguen naturalmente, y no provocadas por bastardas ambiciones, hacen faltan circunstancias desesperadas, y hasta que los gobernantes, en vez de aferrarse a la violencia, como el único medio de gobierno, sientan y comprendan los dolores y necesidades de su

pueblo y los *compartan con él*, para que puedan solucionarse pacíficamente las cosas.

#### EL ORTO Y EL CÉNIT

Una revolución empieza a señalarse casi siempre del mismo modo. Hay cierta luz que no se sabe de dónde procede, que alumbra todas las cosas con livores que los deforman y ensombrecen. Sacudidas de malestar, nerviosidades, rápidos cambios de Gobierno en busca del definitivo..., que llega siempre tarde, pues mientras se buscan soluciones intermedias para no ir a él, deja el mismo de ser una solución.

Una vez en el cénit, la revolución estalla, y entonces toda precaución es inútil, y lo más a que puede aspirarse es a ayudarla a resolverse, a abreviarla.

#### EL APÓSTOL Y EL CAUDILLO

Es indudable que en toda revolución ha de haber forzosamente un apóstol y un caudillo.

El caudillo es sencillamente producto de los entusiasmos y de los ardores, de los amores y de los odios populares. Pero el apóstol (que en el correr del tiempo va transformándose en un estadista sencillamente), ha de saber adónde va y adónde lleva a los demás.

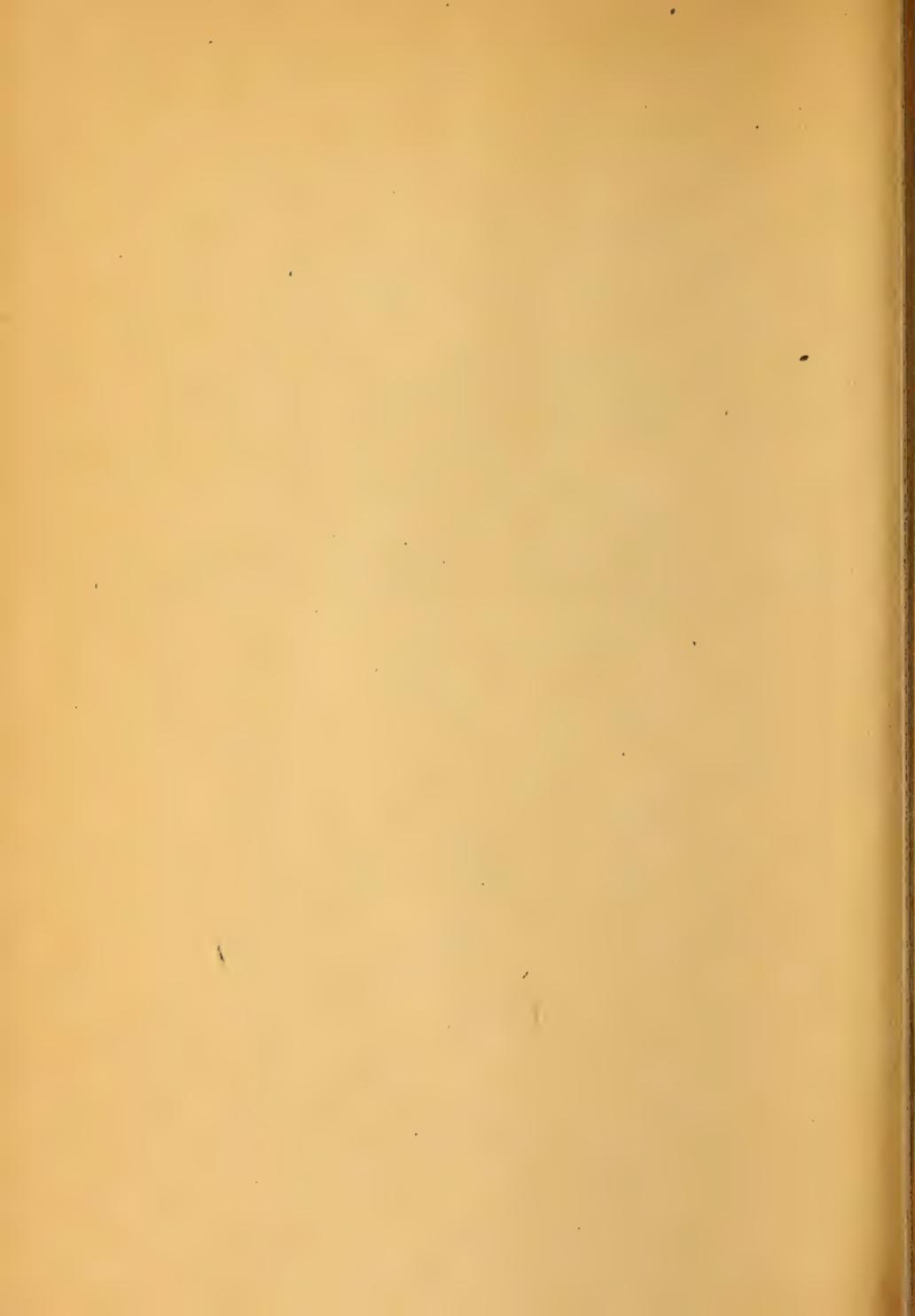
El apóstol, para ir serenamente a una revolución, ha de saber, no sólo su ideal de él, sino el ideal del pueblo que va a conducir, y buscar la fórmula para que sean compatibles y viables.

## LA IDEA

La gran fuerza de la revolución francesa fué su preparación ideológica. No se arguya que en Rusia también la ha habido. Es imposible comparar una cosa con otra. En Rusia, en primer lugar, la ideología ha sido más vaga, más literaria, menos claramente definida, impregnada de un pseudomisticismo enfermizo lleno de resignaciones y de éxtasis visionarios.

El gran mal de las revoluciones actuales es que no está marcado con rectitud su objeto, que no se sabe cuál es el avance mínimo ni cuál es el avance máximo que van a señalar en la vida material y moral de la humanidad.

PARENTESIS CASI CONSERVADOR



# LIQUIDACIÓN DE LA REVOLUCIÓN

## I

### CAUSAS Y OBJETIVOS

Una revolución puede tener dos clases de objetivos: uno obscuro, confuso, que en las mismas vicisitudes de la revolución se va especificando, y otro claro y definido. En el primer caso, si es sólo un anhelo de cambio provocado por profundo malestar, si la revolución va sin normas, sin ritmo y, lo que es más grave, sin meta definida, lleva casi siempre fatalmente a la anarquía; en el segundo, cuando las causas son claras, el caminar lento y el objetivo claro, si hay sensatez en las unas y energías en los otros, detiéndose una vez conseguido el objeto y puede ser un paso beneficioso en la historia de un pueblo.

Sería necio y pueril negar que desde el mes de Julio de 1917 España ha cruzado por un período revolucionario, una revolución serena, clara, con metas marcadas de antemano, eso sí; pero una revolución que ha sacudido el fundamento de muchas cosas, ha hecho caer algunas y ha fortalecido otras.

Hay varias causas: una eficiente, las otras de-

rivadas de ella. La causa eficiente es la guerra europea. En nuestros tiempos una guerra no es como en la antigüedad, que en metáfora podemos decir que se contemplaba la batalla tranquilamente desde los muros de una ciudad. Ahora una guerra cambia el orden de todas las cosas; hasta los países más lejanos llegan las consecuencias de la tragedia; la vida moderna es muy intensa y multiforme y, por lo tanto, las necesidades muy complejas. Aunque en esta lucha se prepare una era de esplendor industrial y comercial, por el momento hondísima crisis pone todo en peligro. Claro que estas condiciones no son sólo de índole material, sino también moral.

España, aunque suavizadas, viene padeciendo desde hace cuatro años estas consecuencias económicamente. Ha faltado habilidad y prontitud en los Gobiernos para remediarlas, valor cívico para anunciarlas con tiempo y predisponer los espíritus al sacrificio. Han hecho como esos amigos ociosos que, sabiendo al hijo en trance de muerte, en vez de llevar a la madre a su cabecera, la preparan un día y otro. Las consecuencias, pues, del conflicto europeo llegaban, y el malestar cundía.

Moralmente, por lógica evolución, ganen unos u otros o no gane ninguno, esta guerra tiene que ser, en el camino ascensional de la Humanidad, un paso hacia el acto de la libertad. Ya durante ella Inglaterra (y no cito Rusia, donde la sacudida es con exceso violenta) y aun Alemania se han hecho más liberales. Aunque triunfase, que no triunfará el imperialismo germánico, la liber-

tad triunfaría dentro de él. Los partidos políticos españoles, y con ellos la política entera, cerrábase a nuevas normas y acogíase a las antiguas en sus treinta o cuarenta años, y téngase presente que en la vida moderna años valen lo que en la antigua siglos.

Estas eran las causas.

#### LOS EFECTOS

En el intenso malestar de la vida nacional había que hallar soluciones concretas. El Ejército, que había pasado lleno de heroísmo por la catástrofe colonial, sin una queja ni una protesta, fatigábase de ver lo estéril de sus esfuerzos. Los burocratas ya no eran los oficinistas soñolientos y perezosos de antaño, sino hombres que trabajaban con fe, y ansiaban mejorar. El pueblo, por su parte, leía, aprendía, se ilustraba. Claro que algo se transformaba también la política; pero iba demasiado despacio; había un visible desnivel entre la marcha de los unos y los otros.

Y en tal situación, ¿qué hacer? Las viejas revoluciones habían dejado demasiado desengañado al pueblo, habían defraudado con exceso sus esperanzas; los hombres que encauzaban la rebeldía no ofrecían bastantes garantías — para arrastrar a las muchedumbres hace falta la fe, algo que es como una luz que reverbera en torno a las figuras —, se les veía demasiado pagados de cosas cómodas y fáciles, demasiado preocupados por el orden, sin ese ciego impulso, sin ese loco entusiasmo que no sabe dónde va, pero que arrastra

a las multitudes, demasiado frías, herméticas, prudentes y calculadoras. En tales condiciones, en vez de una revolución violenta era mejor una evolución rápida, enérgica, eficaz, que, respetándolo todo, obligáralo a renovarse. Y avanzó la revolución fuerte, serena, irresistible. Fueron las Juntas, la Asamblea de parlamentarios... Aquello era algo nuevo, espontáneo, pese a tal cual romántica concomitancia que se trataba de establecer... El «Juego de pelota, la Convención...» ¡Bah! En la vida de la Humanidad, como en la de los individuos, las cosas no se repiten, todo envejece y se deforma.

#### LOS DOS PRIMEROS EFECTOS

El primer resultado, después de hacer sentir que bajo la calma chicha había hondas corrientes de inquietud, fué atajar la marcha de la vieja política, evitando unas elecciones que dieran por resultado Cortes iguales a las anteriores. Fueron *peores*, pero justamente en ello estaba la salvación. En segundo, la formación de un Ministerio, caótico y absurdo, pero que por su insignificancia misma llevaba en sí los gérmenes de unas Cortes que, por lo varias y fragmentarias, encerraban a su vez por corolario una obligada encauzación de la vida política hacia la acción por el ideal, en vez de por un sentido de conveniencia partidista. Cuando todos los hombres piensan igual se ponen de acuerdo para repartirse la res; cuando cada uno pugna en su pensar con el otro, sacrifican la

res en un ideal común, más alto que el ideal individual.

Este Ministerio era, usando de un tópico vulgar, un arca de Noé.

## II

### EL ARCA DE NOÉ

Decía yo que el primer Ministerio renovador era un a modo de arca de Noé, y voy a explicarme.

El Sr. García Prieto, al encargarse de formar Gobierno tropezó con la dificultad de que, bien fuese porque él no aceptaba los programas completos, bien por otra causa cualquiera, los que habían provocado directa o indirectamente la situación negábanse a compartir las responsabilidades de su resolución. Hizo lo que le dejaron hacer (poco) y llevó al nuevo Gobierno, con el Sr. La Cierva, representantes de la intelectualidad, de la severidad moral, de la política de altura, de la oratoria pomposamente castelariana, un poco de todo formando un conjunto que carecía de homogeneidad y, al mismo tiempo, de heterogeneidad bastante para en el contrapeso hallar el equilibrio.

Eje de este Ministerio era el Sr. La Cierva. El político conservador es un hombre de altísimo valer, de actividad extraordinaria, de múltiples y provechosas iniciativas, de laboriosidad infatigable, es uno de los grandes valores políticos españoles; pero para desarrollar sus planes en mo-

mentos de serenidad, de esfuerzo común, cuando hay ese acuerdo tácito entre todos los elementos que integran la nación. Y precisamente sobrevino su advenimiento en unas circunstancias difícilísimas, cuando, muy justamente por cierto, notábase el malestar general. Eran días en que ningunos intereses podían anteponerse a otros, para no ponerlos en pugna ni crear antipatías e incompatibilidades. En tal condición, el Sr. La Cierva, de ser algo, debió de ser presidente del Consejo; pero no al final, con una dictadura militar, sino desde el primer día.

#### MÁS EFECTOS

Ya he dicho que los primeros resultados fueron alejar del Poder los viejos partidos turnantes, demostrando que a la vitalidad de los pueblos interesan otros problemas además de los que entraña la lucha entre los principios liberales y conservadores. Durante mucho tiempo en España los Gobiernos han caído y se han levantado por la enseñanza laica y la secularización de los cementerios, y la vida ha venido a demostrar que había problemas de fortificaciones, de armamentos, de transportes, de subsistencias, industriales y comerciales, que merecían obtener tanta atención, por lo menos, y, por lo tanto, tener hombres que los representasen.

Luego, el segundo efecto fué la formación del Ministerio que hiciese unas elecciones «verdad» para reunir las Cortes de la renovación. Si dijésemos que las tales elecciones fueron muy lim-

pías, mentiríamos a sabiendas. Fueron absurdas; multitud de corruptelas florecieron; sobre todo el dinero, que se vió verter a manos llenas, manciollólas.

Más sucedió que, una vez reunidas las Cortes, nadie podía gobernar con ellas, que era precisamente lo necesario para que en esfuerzo patriótico gobernasen todos. Y con esto llegamos a la fase más difícil de la mansa revolución que, burla burlando, hemos vivido en España.

#### EL GRAN GOBIERNO

Nadie podía formar Gabinete. Unos «no podían», otros no podían sin disolver las nonnatas Cortes, que era como no poder tampoco. Un enorme desbarajuste reinaba por tódas partes, y hubo un momento en que la revolución tocó esa divisoria que la separa cuando aun con eufemismo puede llamársele evolución, a cuando en plena calle se precipita en el desorden y la anarquía. Entonces fué cuando una noche los reporteros vieron abrirse las puertas del regio alcázar y supieron la noticia que el pueblo, silencioso horas antes cuando la apertura del Parlamento, con un silencio hosco ante el palatino desfile de carrozas, acogió con gritos de entusiasmo y manifestaciones de júbilo.

Pero al mismo tiempo partía para Murcia el señor La Cierva, llevándose la incógnita de si su ida era la vuelta a la normalidad o la revolución triunfante.

Claro que hasta ahora nada se podía hacer más

que restablecer el orden necesario para gobernar, suprimir ese estado de inquietud en que alguna responsabilidad cabe a la Prensa, pues si bien es verdad que los Gobiernos, como los industriales, necesitan del reclamo, si ese reclamo consiste en anunciar la quiebra, la inutilización de las existencias y otras catástrofes, más perjudica que ayuda, y volver a normalizar los servicios; pero es preciso tener en cuenta que el mal está muy adelantado, el remedio es urgente y hay que ser rápido y acertado.

### III

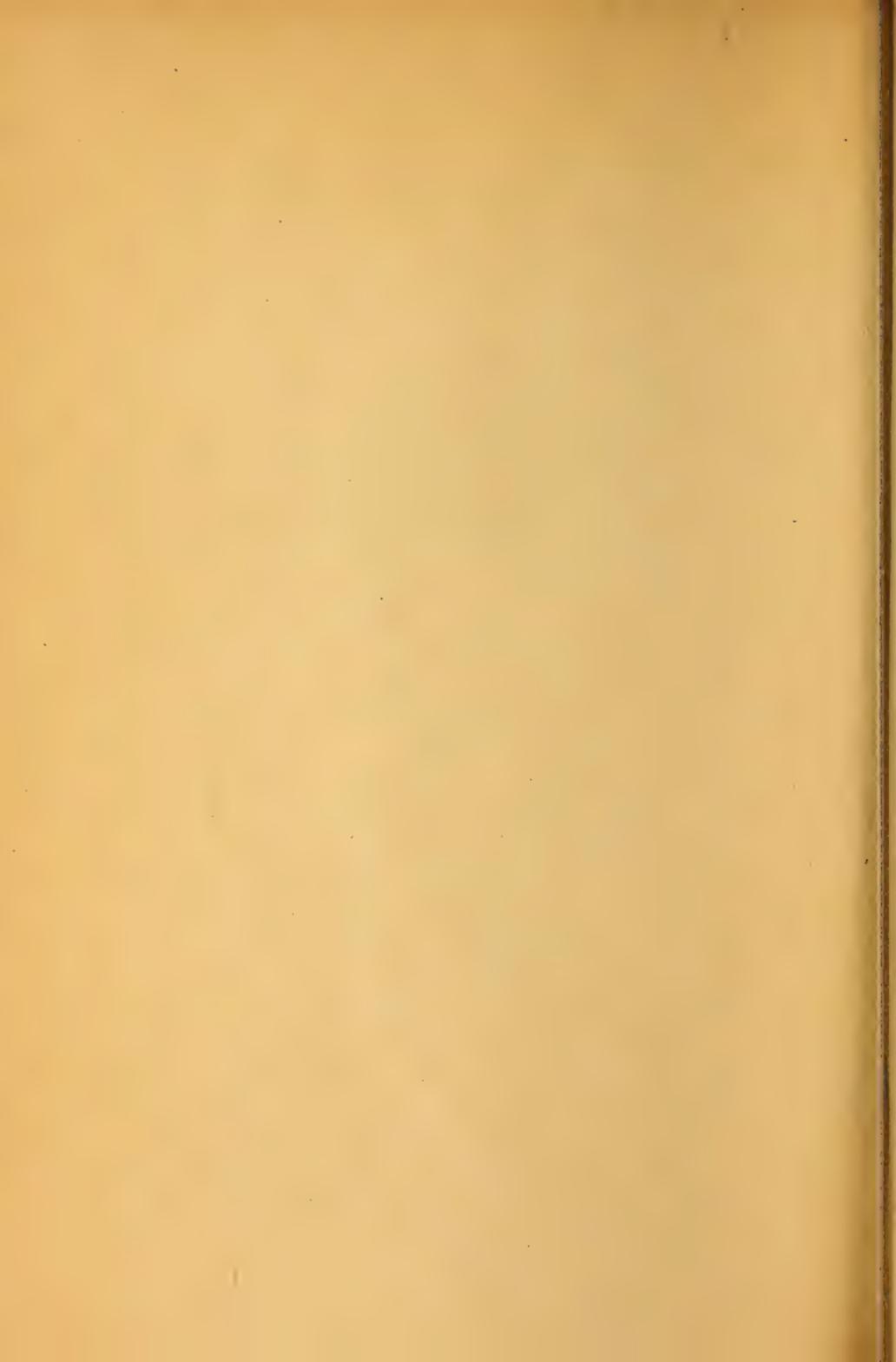
Son tan variadas y graves las consecuencias de la revolución por que pasó España el verano de 1917, que, no ya con lo dicho, sino ni aun con mucho más quedará agotado el filón. Sin embargo, a una de las que quiero referirme es preciso atribuirle toda la enorme importancia que en realidad tiene; hablo de la constitución de la minoría socialista.

Los republicanos tienen un ideal: el cambio de régimen; los socialistas, otro: la mejora de las condiciones de la clase obrera. Estos dos ideales no son antagónicos, pero tampoco son semejantes. Puede haber un momento en que a los republicanos les convenga provocar un malestar propicio a las agitaciones; a los socialistas, lo que les interesa, sobre todo, es buscar una buena legislación obrera, un Gobierno que la aplique enérgicamente y nuevas concesiones que constantemente se renueven.

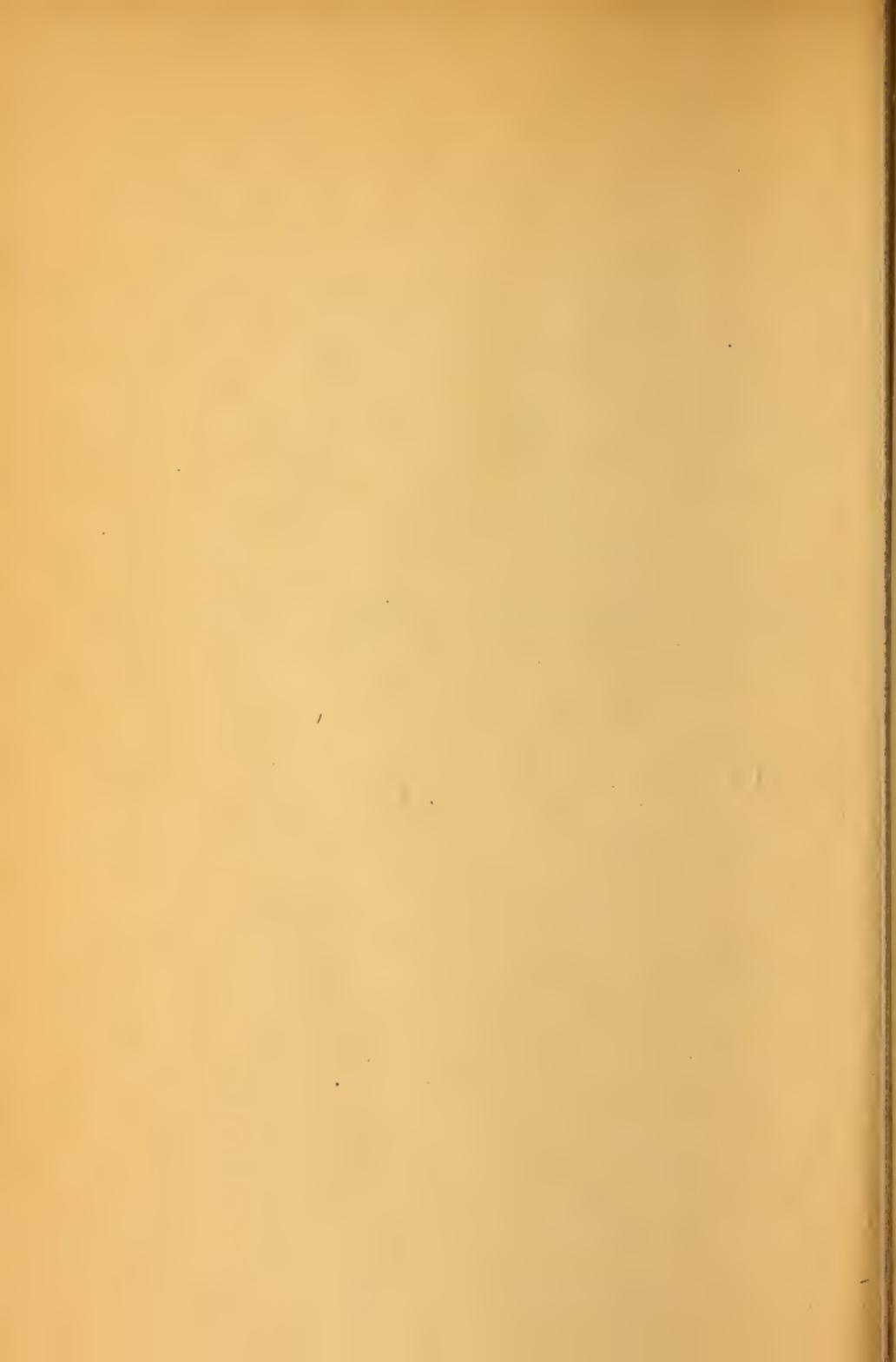
Puestas las cosas así, claro que los socialistas podrán secundar a los republicanos en cuanto su actuación tenga de dinámica, pero no pueden seguirles lo mismo en lo que tenga de estática, de obstruccionista, como no sea frente a un Gobierno que pretenda retroceder.

Ahora hay una minoría socialista, una minoría que a la clase obrera no puede serle sospechosa, puesto que en holocausto a ella ha padecido persecución; por lo tanto, está capacitada para hacer labor de fijación de unas verdaderas bases obreras que sintetizasen las aspiraciones de las clases trabajadoras.

Abril, 1918.



POR TIERRAS DE RENOVACION



# I

## LO QUE SE PIENSA EN MADRID DE CATALUÑA Y SUS HOMBRES

### LOS VERDADEROS LAZOS

Algunas veces leyendo los periódicos catalanes que tratan del centralismo, y los madrileños que divagán sobre la cuestión catalana, sonrío con la misma amargura que cuando veo esas necias soflamas que nos dicen de la *fraternidad hispanoamericana, de la comunidad de lenguas y creencias* y otros vulgares tópicos con que atruenan a diario. Y siento esa amargura, no porque crea imposible esa fraternidad, ni menos porque no me parezca de altísima utilidad moral y material, sino porque, así entendida, me hace el efecto de un taparrabos para, con hueras y pomposas vaciedades, encubrir los politicastros profesionales que posponen sus intereses a los de la nación, bastardas e inconfesables ambiciones.

Las uniones de pueblos no pueden hacerse con banderolas, arcos triunfales, percalinas, discursos, músicas y estrofas de poetas. Eso es muy bonito; la parte decorativa, como si dijésemos, tal vez útil también para despertar el entusiasmo, pero el entusiasmo es efímero: del entusiasmo no

se vive, y si ha de servir de algo, hay que aprovecharlo. La vida moderna es muy prosaica, y los pueblos, como los individuos, necesitan vivir. Existe un comercio, una industria; éstos necesitan de los productos del suelo, de la riqueza del subsuelo, de las fuerzas naturales; de un Ejército y una Marina que los haga respetar; de un Gobierno, en fin, que sepa administrar sus intereses. América podrá preferirnos sentimentalmente y aun darnos la primacía siempre que nuestros productos *sean, por lo menos, tan buenos como los de los otros pueblos*; pero lo que no hará de seguro es perjudicarse por razones románticas. Ese falso comercio que vivía de nuestras colonias, gracias a aranceles de favor, y que tanto contribuyó a tres factores de nuestra ruina—la antipatía extranjera que veía con malos ojos una competencia injusta, la idea de nuestros coloniales de que la metrópoli les explotaba dificultándoles la vida y, *sobre todo*, la pereza del comercio español que se acostumbrió a dormirse en una ganancia, que si bien era muy mediocre, en cambio se obtenía sin trabajo—no puede darse ya, y si nuestra Patria quiere conquistar mercados ha de ser por la bondad de sus productos. Claro que no se ha de caer tampoco en el extremo contrario de denigrar todo lo nuestro por el solo hecho de que es nuestro, pues entonces se va aún más rápidamente a la ruina y a la disolución.

No es justo, lógico ni natural que Cataluña vuelva los ojos con desvío de la madre España; pero tampoco es justo, lógico ni natural que sea una víctima; lo que necesite, en España lo ha de

buscar; pero, a su vez, todos deben procurar que lo halle con la certeza de que los intereses, no sólo son compatibles, sino que se completan. No hay nada mejor para mantener la paz que el bienestar y la satisfacción. No puedo olvidar las palabras de Shakespeare en su «Julio César»: «Dadme hombres gordos, orondos y satisfechos; sólo los flacos son peligrosos.»

\* \* \*

Creo que en los rozamientos de Cataluña y Madrid—y tomo a Madrid como *representación*—hay mucho de mala fe y de ambiciones miserables a cuenta de los hombres de uno y otro lado. Castilla no sabe bien todo lo que vale Cataluña, como aquélla no conoce el tesoro de fe, de amor y de entusiasmo que guarda ésta.

Los políticos de uno y otro lado témense mutuamente, piensan tal vez que es mejor ser cabeza de ratón que cola de león, y no son capaces de meditar en que mejor que cabeza de ratón es ser *cabeza de león*, y que la manera de llegar a esto es el engrandecimiento del pueblo a que pertenecen.

¿Qué se piensa en Madrid de los políticos, de los artistas, de los escritores, de los industriales catalanes? Si un catalán realmente atento a los latidos de la opinión hubiese estado aquí cuando las últimas crisis, hubiese sacado la consoladora conclusión de que los políticos catalanes están tenidos en altísima estima, de que hay una gran fe en

ellos y de que son acogidos con fraternal confianza, como lo que son, como españoles.

Cuando constituyóse el Gobierno García Prieto, fué impresión unánime: «No hay más que tres valores verdaderos en él: La Cierva, Rodés y Ventosa». Luego al ser llamado por el rey el Sr. Cambó, todo el mundo lo encontró bien, logico, natural y manifestáronse confiados en que su consejo sería útil y contribuiría a resolver la cuestión.

Los políticos catalanes son tenidos por hombres que traen a la lucha una gran preparación, cultura, conocimiento de los problemas fundamentales, orientación moderna...

Por los escritores tiénese en nuestro mundo literario gran respeto, en muchas ocasiones hasta entusiasmo; los pintores se miran como de los más modernos...

¿Qué falta, pues? ¡Qué se opone a una perfecta compenetración!...

## II

### AMANECER IDEAL

#### LUZ

He salido de Madrid una tarde atrocemente fría y lluviosa; después de la crueldad de una falsa primavera que hacía tenderse, a las nubes errantes, los puños crispados, e interrogar los ojos ansiosos al cielo implacable, ha surgido de improviso el invierno crudo, feroz, amenazador. Tras el sol cruel, tras la tibia máscara de acogedora bondad, el cierzo helado silbará sobre las yermas estepas de la madre Castilla. Gentes trágicas en su resignación esperarán a la sombra de las piedras milenarias, cruzadas de brazos, que una deidad implacable tenga piedad de ellas, y en sus ojos, deslumbrados por la trágica magnificencia de las hogueras castellanas—hogueras de fe, de heroísmo, de lealtad—, que son como grandes fogatas en la desolación del yermo, se encenderán alternativamente chispazos de ira o de esperanza.

He salido de Madrid bajo la angustiada impresión de estas últimas noches en las tinieblas, de este ambiente de perenne sobresalto en que cada día era una nueva amenaza de escasez. La torpeza del Municipio, que, tras incautarse de la Fábrica del Gas, en vez de hacer que el ensayo de

municipalización de servicios, gracias a una fuerte preparación, fuese un éxito, ha dejado la ciudad a oscuras; la torpeza de los hombres que en cuatro años no han sabido precaver todo, incluso la inepta estulticia de las gentes que se divierten, no porque estén seguros «de vencer al mañana, sino porque no piensan en él», nos arroja de la ciudad encantadora que debiera ser un riente paraíso.

Me duermo, y al despertarme me encuentro con el sol que brilla en un cielo azul, mientras el tren corre por una ruta peregrina bordeando el mar. Hay en el paisaje ahora un bienestar, una confianza, una sensación de lucha, la sensación de *que el hombre ha vencido por fin*, de que no tiene que esperar, los ojos angustiados en el cielo, que misteriosas deidades se apiaden de él.

Fábricas, pueblos ricos, grandes cultivos, ciudades que se adivinan opulentas.

La voluntad es dueña.

#### LA ENTRAÑA DEL PROBLEMA

Cualquiera que venga aquí, por muy lego que sea, si no trae la decisión hecha de los enfocamientos románticos, si no se ha propuesto usar de los grandes tópicos para ocultar las pequeñas verdades que forman el tejido de la vida, se da cuenta en seguida de la verdadera entraña del problema. No se trata, en realidad, del conflicto de las nacionalidades, ni de la lucha de regiones, ni de hostilidades, ni de idiomas, ni de objetivos sentimentales, aunque claro que todo ello inter-

viene y lo ennoblece todo; trátase de algo más vulgar y pedestre, pero tan transcendental en la vida moderna que ha bastado a desencadenar la guerra mundial, a asolar el mundo y a volver la Humanidad a los tiempos de Atila: el problema económico.

Aquí respiran bienestar por todas partes; los restaurantes están llenos, los teatros de bote en bote, los cafés colmados, los tranvías en el completo, los hoteles rebosando gente. *Autos* magníficos de alquiler llevan, no desocupados señoritos gritadores a la Bombilla, sino gentes que *van a alguna parte*. Una plétora de población, de riqueza, de comercio, de industria; un bienestar relativo, pero general; una ausencia de pobres... Claro que también hay diversiones, muchas diversiones, infinitamente más diversiones que ahí; pero son para gentes de fuera, son como eran en París, para que dejen su dinero los forasteros, y no como en la villa y corte, una estúpida parada de vanidades para arruinarse los indígenas con parodias de elegancia mundial.

Sé que algunos dirán que tengo una visión hartamente poco generosa de las cosas; no. Tengo la visión verdad.

Pues bien; no de la pobreza de España, sino de la desidia de España, de la indiferencia de España, de la falta de voluntad de España es de lo que protesta, en el fondo, su hija rica y floreciente; como protesta Bilbao, y protestará Valencia, y Sevilla, y La Coruña.

## LA APRECIACIÓN DE VALORES

Aquí hay una menos convencional apreciación de valores; no se juzga por simpatía, ni por inconscientes corrientes de opinión, ni por impulsos. Aquí el que vale, vale; el que no, no.

Políticos, artistas, literatos, músicos, han de significar algo nuevo, han de hacer algo. Donde mejor se aprecia es en el teatro, en que los aplausos son más parcos y, sobre todo, más conscientes.

La «consciencia»: he ahí la gran característica de esta vida que, con la bilbaína, son las más próximas, no a la europeización (que es un-tópico necio), sino a la modernidad, en el respeto de la tradición, pero en la transformación de la dinámica espiritual.

Barcelona, Diciembre 1917.

### III

## COBARDÍA Y PETULANCIA

### IGNORAR

Más que por grandes causas, más que por una incompatibilidad efectiva, tienen las hostilidades, que muchas veces se truecan en odios, lo mismo en los pueblos que en los individuos, su origen en la ignorancia y aun en la incomprensión. El silencio es el mejor incubador de antipatías.

Hay que conocerse para amarse; hay que aprender a perdonar y a estimar. El desconocimiento es la escuela de odios.

### LA MESETA CASTELLANA Y CATALUÑA

Puramente, en las altas cumbres de las especulaciones, Castilla es como el arca de la alianza que encierra la vieja ley de amor de todos los pueblos que integran España; Cataluña es la hija emprendedora que halló en el mar azul nuevos derroteros y abordó a las orillas de las tierras de promisión.

En la realidad, Castilla representa mucho de noble, de grande, de alto, de venerable; pero representa también el «centralismo», que en sí po-

dría ser bueno quizás, pero que sus hombres deforman y emponzoñan; y Cataluña encarna el «regionalismo», que al igual quizás fuera bueno también, pero que sus hombres deforman al igual de aquéllos.

En varias ocasiones, hablando con gentes en Madrid, nos dicen: «¡Bah! Esto es cosa muerta. Donde hay que ver movimiento y vida es en Barcelona. Aquí se eterniza uno sin utilidad...» Y tal vez todo el fundamento de la afirmación está en la pesadez burocrática para resolver un expediente. O bien en Barcelona nos murmuran confidencialmente: «¿Barcelona? ¡Un horror! Aquí la gente no es servicial, ni amable, ni cordial...» Cuando el secreto está en que un portero grosero no ha querido manipular un ascensor, o un camarero malhumorado ha servido mal.

#### LOS CULPABLES

¿Quiénes tienen la culpa? La misión de los hombres públicos es encauzar las corrientes de opinión, los anhelos de la multitud y «realizarlos»; pero también «rectificarlos» cuando son equivocados, no violentamente y contra la voluntad del pueblo, sino abriéndole los ojos, enseñándole, mostrándole su error.

El pueblo vive engañado siempre: engañado cuando se le dice que España debe de ser un paraíso, y engañado cuando se le afirma que se ha hecho todo lo necesario para evitar la crisis actual; igual en todo.

Y Castilla y Cataluña se desconocen. Allí, unos

hombres egoístas, bien avenidos con mangonear, hacen como que creen en terribles furias, en odios de razas, en inabordables fortalezas; aquí, otros hombres hablan pomposamente de europeización, de modernidad...

No habría sino hacer caer las máscaras y empujar a los dos pueblos, uno en brazos del otro, y luego fraternalmente repartirse los deberes y los derechos.

¡Conocerse! He ahí el gran *sesame*. Cuando Dios quiso evitar que los hombres escalasen el cielo no tuvo sino que confundir las lenguas, *hacer que no pudiesen entenderse*.

#### COBARDÍA Y PETULANCIA

Ser europeo no es nada; ser catalán es poco, no moralmente, que es Cataluña región de altos y nobles valores, sino materialmente. La guerra actual ha demostrado la imposibilidad de independencia de las pequeñas nacionalidades. Ser españoles de una España grande y fuerte, que sea como una avanzada sobre los horizontes nuevos. Y dentro de esa nación poderosa por su ejército, su marina y su comercio, ser cada uno lo que es.

Barcelona, Enero 1918.

## IV

### EL REY DEBE DE VENIR

#### EL TACTO DE CODOS

Los grandes cerebros y las grandes voluntades aspiran a dominar el mundo; los pensamientos mediocres se contentan con un dominio local, mejor dicho, con una ficción de dominio; con, no sabiendo lo que pasa más allá de los límites de la aldea, creer que no pasa nada, y, por ende, que, mandando en ella, se manda en el mundo entero.

Asombra, maravilla y causa envidia la labor de un estadista inglés o francés (hay que incluir entre ellos a Venizelos, que tuvo la misma visión amplia y profunda de las cosas y el secreto de mover la voluntad de un pueblo en una dirección que puede ser su grandeza), al preparar ante su mesa de trabajo la enorme máquina de la política actual y forjar un nuevo mundo.

Sucede que junto a fuertes cerebros, junto a un Silvela, un Maura, un Lerroux, un Cierva, un Cambó, un Mella, ha habido otros hombres en la política centralista cuyo afán ha sido aislar la meseta de Cataluña, porque, no sintiéndose capaces de gobernar a todos, querían gobernar a al-

gunos. A su vez, en Cataluña había otros hombres interesados en no dejar que los centrales viniesen a establecer corrientes de amor, de simpatía y de interés. Ambos bandos ejercían el tacto de codos; aquéllos, para no dejar entrar; éstos, para cerrar otro círculo igual.

#### LA CONSCIENCIA DE CIUDADANÍA

Y, sin embargo, Cataluña es un gran pueblo. Al igual que en Madrid, en Barcelona se sienten, claro es, las consecuencias de la carestía de subsistencias. No estamos a oscuras, ni hay que ir en patrullas desde las dos de la mañana, ni cierran los cafés para economizar luz de un modo ridículo, ni quitan los *autos*, ni ninguna de esas puerilidades que deshonoran a una ciudad; pero todo está muy caro y las mismas tasas no resuelven nada. Suponer que España podía librarse de las consecuencias de la guerra era un absurdo. Desde el principio los Gobiernos debieron pedir o imponer el sacrificio de todos, y al mismo tiempo intensificar la producción en campos, minas y fábricas, aumentar los fletes, las vías férreas, los medios de transportes, en fin.

Bueno; pero lo interesante para mi tesis es la manera de comportarse de estas gentes. Las mujeres, un día, y otro y otro, insisten en su protesta. Cuando van por la calle, hacen a las damas incorporarse a ellas, porque la carestía a todas perjudica y todas están obligadas a sumarse a la protesta.

Fuera de lo que hay de violento en esta actitud, que tiene, claro es, los inconvenientes de toda rebelión, en su constancia y en su energía hay una gran conciencia cívica. Saben que tienen derecho y reclaman justicia.

#### EL REY DEBE DE VENIR

El rey debe de venir a Barcelona. Pero no debe de venir de una vez y para unos días, en viaje oficial, que nada enseña y causa gastos y trabajos a él y a los demás, sino como rey de España, que como tal es conde de Barcelona. Y o estos títulos pomposos no son nada o, aun en el supuesto de que sean sólo una representación están obligados a prestar su concurso a toda empresa generosa.

El rey debiera pasar dos tres meses al año en esta ciudad admirable. O el título de conde de Barcelona no es más que una fantasía, como el obispado de Sión, o el de Potosí, o el Reino de Jerusalén, o el rey tiene el deber de venir.

Cataluña representa una parte importantísima de la economía nacional; sus aspiraciones y deseos deben de ser sagrados para el Estado ¡hay respecto a ellos planteado un problema más grave de lo que se cree! El rey ha hablado ya con políticos catalanes; aquí, en su ambiente, serían más francos y le ayudarían a buscar las soluciones a los altos problemas.

Pero es más; la presencia del jefe del Estado haría atmósfera en las altas capas de la vida social y la teoría amada por Prat de la Riba, de que

nos habla Royo Villanova en el prólogo de su interesantísima traducción, se cumpliría.

«Comienzan—dice el maestro—por los círculos superiores de la vida nacional, y después irradian en ondas concéntricas, hasta las capas sociales más profundas, que son también las más fuertemente apegadas a las costumbres, las más resueltamente contrarias a la innovación, a la mudanza.»

## LA NACIONALIDAD CATALANA

## IDEAS Y COMENTARIOS

Mientras el tren me traía desde la tibieza mediterránea de la Ciudad Condal, turbada ahora por la revuelta, hacia la aridez glacial y adusta, pero tan esforzada y noble, de la meseta castellana, leía yo el libro de Prat de la Riba, admirablemente traducido por Antonio Royo Villanova, «La nacionalidad catalana». Léalo con fervorosa atención, recreándome en algunas concepciones de alta belleza, como aquella en que el maestro expone los elementos que constituyen una nacionalidad, o tratando de extraer la filosofía de otras para aplicarla al momento actual.

He ahí el «bloc» de notas que me ha sugerido la lectura.

## EL PENSAMIENTO DE LA REINA

La reina Isabel de Castilla fué una gran capacidad política. ¡Quién sabe si en su castillo de la Mota soñó con el Estado-Imperio de que nos habla Prat de la Riba! Pero, en un nivel más modesto, es indudable que aquel viril cerebro de mujer, al

ver relajada la justicia, pisoteado el derecho, levantisco el pueblo e insolente la nobleza, pensó, después de reconquistada España, en formar una sola nación fuerte y unida. Varias nacionalidades, tal y como las explica Prat de la Riba, con idioma, legislación, caracteres étnicos y arte propio, existían simultáneamente, y quiso fundirlas en una.

Aquel gran pensamiento debía seguramente completarse con una segunda parte, que tenía que ser, no el dominio de una región sobre las otras, sino la fusión de todas en una sola «nación» nueva que reuniese los caracteres de los pueblos integrantes.

#### DEFORMACIÓN DEL PENSAMIENTO DE LA REINA

Pero por un extraño capricho del Destino precipitáronse los acontecimientos. Vino primero el descubrimiento de América, y la idea amplióse hasta no coger en el espacio de una vida humana, y entonces cometió el error de que le acusa el pensador catalán, el error de, en vez de amasarlas todas, dejar al castellano como dominador.

«Cuando se constituyó la nacionalidad española—dice Prat de la Riba—, si la actividad política fuese un producto del Estado, los nuevos gobernantes hubieran desarrollado una política nueva. Al Estado español correspondía política española.»

Tras la reina vinieron Juana la Loca y el rey Hermoso, y después el Imperio mundial de Car-

los V, uno de los ensayos del gran Imperio, que cita el autor. Y ya el pensamiento perdióse definitivamente y el Estado no fué más que un gabinete político y militar que pretendía regir los destinos del mundo.

#### FELIPE II Y MADRID

Algo de la idea de la reina recogió Felipe II. Pero algo violentado, exasperado, llevado hasta el fanatismo. Y así, separado ya el Imperio alemán, trató de imponerse en Flandes por el hierro y por el fuego.

La elección de Madrid para capital representaba una resultante de ese pensamiento: era crear una capital que fuese la realización de la idea abstracta de capital de un Estado.

Toledo, Sevilla, Barcelona, Valladolid, Burgos, tenían fisonomía propia, representaban algo y no podía ser; por eso eligió el rey adusto a Madrid.

#### DESPUÉS...

Aquí viene la interesantísima explicación que da el político catalán de la convivencia de dos impulsos que dasen simultáneamente en círculos concéntricos. Según él, en las cumbres nacen las grandes ideas y los grandes ideales, pero van extendiéndose lentamente a los círculos mayores, y por eso, cuando las clases más bajas olvidaban el ideal catalán, en las superiores vencía éste.

El caso es que un movimiento fuerte y consciente hizose en Cataluña.

## CAUSAS Y EFECTOS

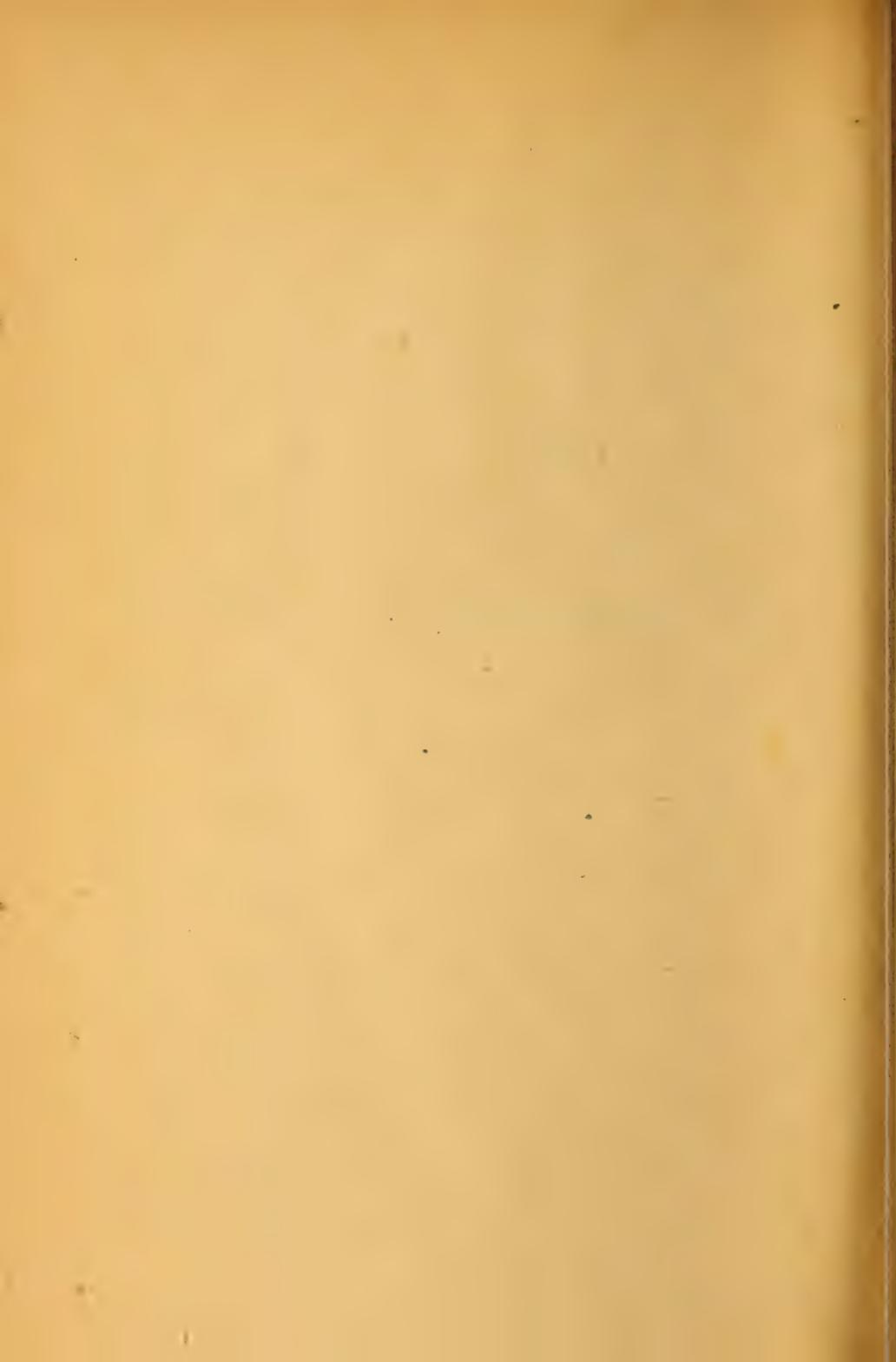
«La causa, pues—habla el apóstol de la nacionalidad catalana—, de tan continuas desintegraciones, el obstáculo que detiene siglos el crecimiento del Estado, la rémora que estorba la evolución progresiva de las formas políticas hacia las soluciones universales, es la dominación de una nacionalidad sobre las otras en los Imperios. Quitemos esta causa de disolución, hagamos que las nacionalidades vivan dentro del Estado-Imperio con los mismos derechos, asociadas en vez de dominadas y sujetas, y acabarán los antagonismos irreductibles, las repulsiones de las unas por las otras, las incompatibilidades de convivencia, generadoras de todos los separatismos.»

Hasta aquí el paladín de la causa catalana. Ahora bien; ¿cómo hacer? La vida ha traído grandes enseñanzas a todos: a Cataluña, el fracaso de los pequeños estados arrollados por la fuerza de los grandes; a los Gobiernos españoles, la afirmación de una Cataluña rica, próspera, fuerte, que tiene derecho a hacerse oír, a que se atienda a sus aspiraciones. Probar la aventura de las confederaciones es largo, difícil y peligroso; aun suponiendo a Cataluña preparada, otras regiones no lo están y había que emprender entonces su educación... Esto además de infinitos obstáculos, que pedirían un libro entero para su exposición.

¿Por qué no volver al pensamiento inicial? ¿Por qué no intentar fundirnos todos en una gran «nación», en que cada cual tenga la merecida pre-

ponderancia? Así a lo menos se podría esperar, pero esperar andando. Que los catalanes intervengan activamente en la política general, que pesen con sus puntos de mira, que en vez de desconfiar haya fe y amor y que todos, después de estos momentos difíciles, busquen las nuevas pautas ideales.

LOS HOMBRES ANTE EL DESTINO



## LOS HOMBRES Y LOS PUEBLOS

Ante las frases hechas, las locuciones vulgares y los lugares comunes, que afirman que «cada pueblo» tiene los hombres que merece, me detengo un momento perplejo, intrigado por la rara adivinación que suelen contener los adagios de la sabiduría popular, y sin querer me formulo una pregunta: ¿son los hombres los que crean los pueblos y por ende las corrientes de ideas, los grandes impulsos sentimentales o volutivos, las epopeyas heroicas o los grandes desplomamientos, o por el contrario son los pueblos los que crean a los hombres? (Claro está que aquí «hombre» es sinónimo de héroe, de caudillo, de apóstol o de gobernante.)

En realidad, los héroes y los grandes hombres son seres de una sensibilidad infinitamente más delicada y compleja que percibe «un algo» que flota en el ambiente y lo encarnan en sí, quizás inconscientemente tomando por impulsos propios lo que en realidad es impulso de un pueblo entero, cristalización de ideales, de esperanzas y de deseos de millones de hombres. Cientos de generaciones han preparado su obra, y cientos de generaciones han de perfeccionarla aún; cientos de

cerebros han sufrido de la idea a que no conseguían dar forma, hasta que el sér privilegiado que por misteriosas combinaciones de la Naturaleza posee un cerebro más sensible, una voluntad más recia o una energía más desarrollada, crea la idea, emprende la obra o da cima a la empresa.

Dice Maeterlink, hablando en su libro «La Muerte» del misterio de los mediums y de la probada clarividencia con que leen en nuestras vidas cosas que nosotros mismos hemos olvidado, y de su torpeza en cambio cuando se trata de saber algo del *más allá*, que tal vez consista en que se hallen dotados de una extraña facultad receptiva que les haga sentir la presencia en nuestro cerebro de recuerdos confusos que están allí como podría estar un montón de cartas en el fondo de un cajón, ignorando nosotros su existencia sin que por eso deje de estar. Y así cuando perdemos un objeto sabemos donde se encuentra, pero sabiéndolo *inconscientemente* no podemos dar forma al pensamiento hasta que por cualquier motivo brota como un chispazo.

Pues bien: al igual que estos *mediums*, debe de haber hombres que su espíritu de receptibilidad extraordinario convierte en héroes encarnando los deseos y los impulsos que palpitan en el alma de grandes masas de hombres y que, sin embargo, ellos no aciertan a crear. Tal vez en las exaltaciones de los locos haya también algo de esto, pero desordenado, inacorde. Falta la disciplina y la voluntad reguladoras. Porque al fin y al cabo, la única diferencia entre un loco que se cree em-

perador y un emperador real, consiste en que mientras el uno tiene en su mano elementos para desenvolver sus iniciativas, el segundo se agita en el vacío.

Es indudable que cuestiones de clima, de alimentación y de benevolencia u hostilidad de la Naturaleza influyen sobre el individuo: pues estas mismas condiciones mezcladas y confundidas con otras de índole moral, como por ejemplo, libertad o cautiverio, exaltación producida por la victoria o depresión originada en la derrota, necesidad de expansión comercial, etc., etc., dan lugar a estados de ánimo que flotan en el ambiente, que vibran en un pueblo o en una raza y que de pronto, por circunstancias que permanecen obscuras para nosotros, encarnan en un hombre y hacen de él, el Patriarca, el Apóstol, el Caudillo o el hombre de Estado.

Hay una razón más para creer que los hombres representativos son realmente producto de las ideas y sentimientos de los pueblos, y es la facilidad con que éstos se amoldan a sus deseos e impulsos, y la naturalidad exenta de asombro con que les aceptan. Efectivamente, si fuesen figuras aisladas, si fuesen seres extraordinarios desligados del querer y sentir de los demás, la multitud les contemplaría entre horrorizada y asombrada, y su esfuerzo ofrecería el mismo espectáculo entre terrible e imponente que ofrecería ahora un monstruo antidiluviano surgiendo de improvviso del fondo del mar, y se perdería igualmente.

Si examinamos todos los hombres verdaderamente grandes que en el mundo han sido, vere-

mos cuán cierta es esta hipótesis. Dejemos a un lado romanos, griegos y fenicios.

Pongamos a un lado también el viejo Oriente, aunque sus creencias convendrían mejor a nuestra sensibilidad que el Olimpo (Buda está infinitamente más cerca de Jesucristo que Júpiter), pero para tomarlo de ejemplo, hacían falta disquisiciones demasiado eruditas, y vamos a fijarnos en un pueblo tipo, en el pueblo de Israel.

Para nuestro ejemplo, basta tomar como punto de partida el cautiverio. El pueblo judío en el cautiverio fué laborando un gran impulso, un ansia enorme de libertad. Es cosa cierta que mientras los pueblos en la victoria y la riqueza se encanallan, los pueblos en la opresión y el dolor se purifican, se engrandecen y se preparan inconscientemente a magnas empresas. La idea de la religión y de la patria, con su obligado cortejo de ideas de honor, de deber, de sacrificio, pierden todo lo que tienen de convencional y se convierten en lo único grande que existe: en un «Ideal».

El pueblo judío que, en sus días de esplendor, rióse de los profetas o los arrojó al agua, en el cautiverio creyó en ellos e hizo de sus palabras la promesa ideal. Y un día las ideas latentes en el cerebro de todo un pueblo, y los sentimientos palpitantes en su corazón, encarnaron en un hombre: Moisés.

Moisés fué el héroe que les sacó de la servidumbre y les llevó al través del desierto; pero libres ya, perdido el temor a recaer bajo el yugo extranjero, sonó la hora en que su energía dis-

tendióse y los vínculos que los ataban a su caudillo se relajaron; las sobrias y ásperas virtudes que eran buenas para sostener el ánimo en la adversidad, hacíanse demasiado áridas para la hora de la liberación; el pueblo vaciló; por sugestión natural el mismo Moisés llegó a dudar y no vió la tierra de Promisión... Los judíos, por impulso adquirido llegaron a ella, pero la duda latente un momento en todo el pueblo había roto la misteriosa corriente de energía que le ligaba a su jefe.

Mas el pueblo de Israel esperaba al Mesías; profetas y patriarcas habíanlo anunciado; sin embargo, rota la disciplina y entubida la fe en la molicie y el bienestar, las clases altas no necesitaban su venida; pero había un bajo pueblo que lloraba, que sufría, que padecía «hambre y sed de justicia», un pueblo de «pequeños», de «pobres de espíritu, de humildes, de miserables, que eran clementes», porque necesitaban de clemencia ellos mismos. Y ese pueblo esperaba ansiosamente al Redentor, y sin saberlo preparaba su venida. Cada acontecimiento, cada detalle, cada cosa imprevista, era un paso más que corroboraba su idea. Y llegó. Su vida entera, su existencia admirable, maravillosa, obedeció hora por hora, etapa por etapa, a las viejas profecías. Su filosofía, su doctrina, de una dulzura sin límites, fué la satisfacción de los anhelos de todos los que sufrían. Los augurios de los profetas pesaron siempre sobre El, sobre sus amigos y sobre sus enemigos. Si éstos no hubiesen dudado, las profecías no se hubiesen cumplido; pero al igual que los discípulos dudaron en algunos instantes, los sacerdotes

y los fariseos dudaron también en ocasiones supremas; temieron; el «¿y si fuera?» alzóse obscuramente en su conciencia e inconscientemente, en los momentos álgidos, obedecieron a las profecías. Cristo subió al Calvario sellando con su sangre la doctrina que cubría los anhelos de todos los que sufrían.

Si fuésemos examinando la historia de todos los héroes o grandes hombres que en el mundo han sido, veríamos que siempre han encarnado un anhelo flotante en el ambiente; cuando no ha sido así, su vida ha tenido mucho de los angustiosos movimientos de un pájaro bajo la campana de una máquina neumática para hacer el vacío.

Mahoma unió todos los pueblos que tenían un impulso común; Lutero encarnó un espíritu de severidad e independencia flotante en el ambiente; Cisneros fué la afirmación orgullosa de la raza que, libertada ya del yugo, necesitaba, fortalecida por ocho siglos de incesante lucha, expandirse; Machiavelo poseyó el sutil y complicado espíritu florentino. Y si bien la historia del mayor de los héroes de los tiempos modernos, en la prodigiosa epopeya napoleónica, hay algo de anacrónico y al parecer estéril, algo de los movimientos del monstruo antidiluviano de que hablábamos antes, si paramos bien la atención en ello, veremos que su esfuerzo cambió la faz de Europa, e hizo que todas las simientes dispersadas en el turbulento azar de la Revolución francesa, las simientes de la libertad, igualdad y fraternidad, fructificaran en cada pueblo según sus necesidades y deseos, que modificó el mapa, borrando

los pequeños Estados imposibles en el desenvolvimiento de la vida moderna. Así hizo de Italia un reino; convirtió en constitucional la Monarquía española; renovó Suecia y Noruega, e hizo que a la larga, Prusia se convirtiera en un imperio. Sólo Inglaterra y Rusia, en que «no había atmósfera favorable», se resistieron.

Para las grandes empresas (y creó que se hacen los héroes para las empresas y no las empresas para los héroes) hace falta una fe y un ideal. Los pueblos para vencer necesitan una fe y una esperanza; sin ellas vejetan, se relajan, decaen.

#### PRESTIGIOS REALES Y PRESTIGIOS CONVENCIONALES

¿Qué representan los grandes hombres, los prestigios, en una palabra, en el desenvolvimiento de la vida española? Y nos encontramos con que hay «prestigios reales» y «prestigios convencionales», y se da el raro fenómeno de que mientras, por conveniencias de la política, en los prestigios reales todos o casi todos aparentan no creer, en cambio todos se apresuran a rendir públicamente pleitesía a los prestigios convencionales. Sucede también así, quizás, porque los prestigios reales son la unidad seguida de ceros, de que nos habla Nietzsche, y los convencionales, por el contrario, son ellos los ceros, y las unidades los que les siguen, y que, tal vez por ser el cero, que sin estorbar sirve de paliativo para poder convivir entre sí, le eligieron. Hay por eso que tener

en cuenta la fuerza de los que son verdaderos prestigios; pero no se puede prescindir de los que lo son porque representan una suma de prestigios o sencillamente una idea, una tendencia o la reliquia de algo que fué.

Recuerdo que, muy joven aún, comiendo una noche en casa de cierta dama que gustaba de reunir hombres políticos a su mesa, uno de ellos hablaba, hablaba... y hasta decía muchas tonterías. Los demás escuchaban sonriendo irónicos, con esa comprensión de los grandes mundanos. A mi lado, un alto político se reía y en voz baja comentaba mordazmente. Pero al otro día sentí asombro al ver cómo en un órgano de publicidad de altísima historia se enaltecía al hablador, y mi asombro rayó en estupefacción cuando ocho días después fué ministro. Y como en mi candor interrogase al gran político, éste me aclaró: «No es a él a quien han hecho ministro, sino a lo que él representa.»

Así aprendí lo que eran los prestigios convencionales.

#### HOMBRES DE ACCIÓN Y HOMBRES DE ESTUDIO

Hay en España, como en toda gran nación, dos clases de hombres de talento. Unos, los que viven para una labor admirable, una labor que honra y enaltece a un pueblo, pero que carece de utilidad práctica; otros, los que poseen un talento de creadores. Es decir, que hay hombres con talento es-

tático y con talento dinámico. Pero hete aquí que hemos dado en la flor de aparentar la creencia de que un hombre que no ha ganado una batalla, no ha triunfado en la tribuna o en el foro, no ha pintado un cuadro o escrito un admirable libro, no tiene un gran talento. Es un concepto muy meridional de las cosas, pero absolutamente erróneo y nocivo.

¿Y el talento de organizar? Un hombre puede no saber escribir una mala crónica, y ser un creador admirable, un organizador perfecto, y a la larga, su labor, menos brillante para él, es de enorme utilidad, porque, encauzando la fuerza desordenada de los otros, la han aplicado a un fin útil.

Casi nunca los grandes artistas ni los grandes sabios han sabido organizarse ni organizar su arte y su ciencia. Colón no fué un sabio: fué un aventurero genial. Admiremos, pues, a los hombres de acción, que con su iniciativa y su valor son los verdaderos conductores de pueblos. Dejemos, pues, el estúpido prejuicio que aparenta desdeñarlos y tengamos el valor de admirarlos.

#### LA POPULARIDAD

Una de las cosas que perjudican al esfuerzo del español en general es la facilidad en adquirir la popularidad, facilidad sólo comparable a la que hay para perderla.

Aquí un hombre público hace cualquier efímera labor de relumbrón o sencillamente posee do-

tes de personal simpatía, e inmediatamente, aprovechando la facilidad del genio español para los entusiasmos, conviértese en un héroe popular.

Y, sin embargo, la popularidad es una de las cosas más peligrosas que existen, pues para aplicarla a algo útil hace falta talento genial, y en cambio inutiliza toda idea que no está acusada con firmes trazos en nuestro cerebro. Laborando silenciosamente podemos ir madurando una idea; mejorándola, quitándola exageraciones, apasionamientos, puliéndola, pesando el pro y el contra; esa misma idea, entregada a la admiración de los otros, buena o mala, hay que seguirla hasta el fin.

De aquí se deduce que la popularidad es altamente útil mientras a sangre fría la dominamos; fatal cuando, a pretexto de llevarnos delante, nos sobrepuja. En política, el respeto y la estima valen siempre más que el amor.

El primer inconveniente de la popularidad es que hace malgastar el tiempo. Después impide ese silencioso dialogar con nosotros mismos en las horas de solitaria meditación, en que nacen y se fortalecen las grandes cosas, y por fin, hay que gastar un caudal enorme de energías para no dejarse llevar más allá de donde se quiere ir. La multitud hace con sus héroes como los niños con sus juguetes: comienza admirándolos y acaba casi siempre queriendo ver lo que tienen dentro.

En España los hombres son un nombre, y no una idea; todos sirven para todo; apenas comienzan a destacarse en una labor útil han de dejarla

para pasar a otra. Y en realidad, ¿qué importa ser alcalde o ministro, director general o embajador? El que realmente valga ennoblecerá el lugar que ocupe y podrá decir que en cualquier sitio en que él esté allí estará la cabecera.

#### DEL DESTINO DE LOS HOMBRES

Como Icaro, cada vez que volamos hacia el sol, la cera de nuestras alas se funde y volvemos a caer. ¡La verdad! ¡El secreto de las fuerzas que rigen la marcha de la Humanidad! ¿Quién conseguirá penetrar el arcano, quién alzar el velo, quién descifrar la clave del *por qué?* El Destino, la Fatalidad, el *anakee*... Nunca, nunca sabremos en qué misteriosas regiones se incubaba *lo que ha de ser*. Es inútil que un hombre de recia voluntad, de extraordinario talento, de rara energía, se proponga *llegar*, convertirse en el árbitro; será todo lo más una medianía con apariencias geniales, una hábil, una portentosa mixtificación; pero no *será* de verdad; no pesará en la suerte del mundo como no sea de una manera negativa. Para que un hombre llegue, para que influya en la marcha futura de la Humanidad, no hace falta que sea genial, que posea la sabiduría de Salomón, los ejércitos de Xerxes, la fuerza de Hércules, el valor de Aquiles; basta con que exista latente una idea en el ambiente y *que acierte a encauzar esa idea*.

No existe, hoy por hoy, hombre cuyo destino sea más bello, más grande, más fuerte y magnífico que Wilson. Ni las águilas, ni los unicornios, ni los leones, ni los astros, pueden equipararse a este trabajador burgués, modesto, casi insignificante, que, con su sonrisa irónica, brota de la obscuridad, y el anónimo para encauzar una idea magnífica, una fuerte evolución de la Humanidad, y luego volver a una calma monótona, en que reelerá sus libros parásitos, y cultivará las flores de su jardín. Y, sin embargo, este hombre insignificante, que ni es rico, ni fuerte, ni brillante, ni poderoso, por sí manda sobre todos los ejércitos de la tierra, sobre las flotas que surcan el mar, sobre los millones acumulados por él trabajo, sobre las dinastías que pusieron siglos en ser gloriosas. Un solo gesto de su mano, una sola palabra sería bastante para detener millones de hombres en marcha, para hacer callar los cañones y apagar incendios; otro gesto u otra palabra los precipitaría unos sobre otros en huracanes de hierro; barrería el mundo con olas de plomo y haría que el fuego calcinase la tierra. Bastaría que él quisiera para que el oro corriese a ríos, enriqueciendo y fructificando al mundo, o para que se ocultára en los subterráneos, haciendo que el hambre y la miseria comenzaran su reinado.

Ni Alejandro, ni César, ni Atila, ni Napoleón, podrían parangonarse con él; ellos representan tan sólo una voluntad, un cerebro y una energía, mientras que Wilson encarna una Idea, una de esas ideas que marcan una era para la Humanidad. Haría falta ir hasta Bhuda, hasta Confucio,

hasta Cristo, hasta Mahoma o hasta Lutero para hallar algo semejante. Porque la obra de los conquistadores es algo sin otro valor que el de fuerza, y una obra así tiene el más alto, el único valor real, el de la Idea.



Durante los primeros años de guerra no aparecía por parte alguna el pensamiento que había de perdurar. Veíanse debatirse desesperadamente intereses, ambiciones, desquites, ansias dominadoras, pero nada más. Alguna vez aparecían los tópicos de libertad y de justicia, pero más así como un tópico, como una razón de ser, que como algo real. Poco a poco, sin embargo, se iban aclarando, haciéndolas más luminosas y transparentes, La llegada de los Estados Unidos las destacó más aún. Pero el odio de los dos bandos perduraba, se exasperaba con la lucha; cuando al sonar las primeras palabras de paz los ideales resplandecieron, lo vencieron todo, lo invadieron todo.

Yo creo que ni el mismo Wilson tuvo tiempo de apercibirse de ello, que algo más poderoso que su pensamiento y que su voluntad, que algo que en el viejo mundo creyente se hubiera llamado Jehová o el Espíritu Santo, dictó sus palabras. Y cuando pudo darse cuenta estaban escritos en el libro de oro de los destinos del mundo.

Y fueron como unos nuevos y prodigiosos «Mandamientos»:

«No dictará una nación por la sola ley de su

fuerza el destino de pueblos sobre que no tiene derecho alguno.»

«No serán libres las naciones fuertes de oprimir a las débiles.»

«No serán los pueblos gobernados por una fuerza arbitraria, sino por su propia voluntad.»

«No habrá una ley injusta que ampare al fuerte y oprima al débil.»

«Habrá una ley común que obligue al respeto de los derechos comunes.»

Yo escribí hace seis u ocho meses en el prólogo de mi traducción de «Las frecuentaciones de Mauricio»: «No creo que la decadencia por que resbalaba el mundo antes de 1914 haya concluído; esas cosas se sienten en el ambiente, y aquí no se siente el fin. Más bien la guerra será un alto muy breve. La ideología es la misma...»

Pues bien; ahora sí, ahora «se siente» que el mundo entero va a evolucionar, a transformarse; que la idea de la libertad va a purificarlo por fin. Y a Wilson ha cabido esa gloria.

Y todo el poder, el poder maravilloso, el poder moral que residió en los Papas, cuando los Papas sabían ser jueces anatematizadores o mártires perseguidos, y en los reyes, en la hora en que, ungidos por el mismo Dios, verles implicaba morir, está en las manos de este hombre insignificante que, en vez del anillo del Pescador o del cetro, maneja un bastón burgués, y en vez de la tiara o la corona de los reyes santos, cubre su cabeza con un hongo vulgar.

FIN

# BIBLIOTECA HISPANIA



## OBRAS PUBLICADAS

### COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

- Primera parte de la Historia del Perú*,  
por Diego Fernández, el Palentino, to-  
mos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50
- Corona Mexicana.—Historia de los Motezu-  
mas*, por el P. Diego Luis de Motezu-  
ma, en 4.º, 512 páginas..... 7,50

### COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

- Genoveva*, novela, por Alfonso de Lamartine,  
378 páginas en 8.º..... 3,00
- La Leyenda Dbrada* (Vidas de Santos), por  
Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada  
volumen..... 3,00

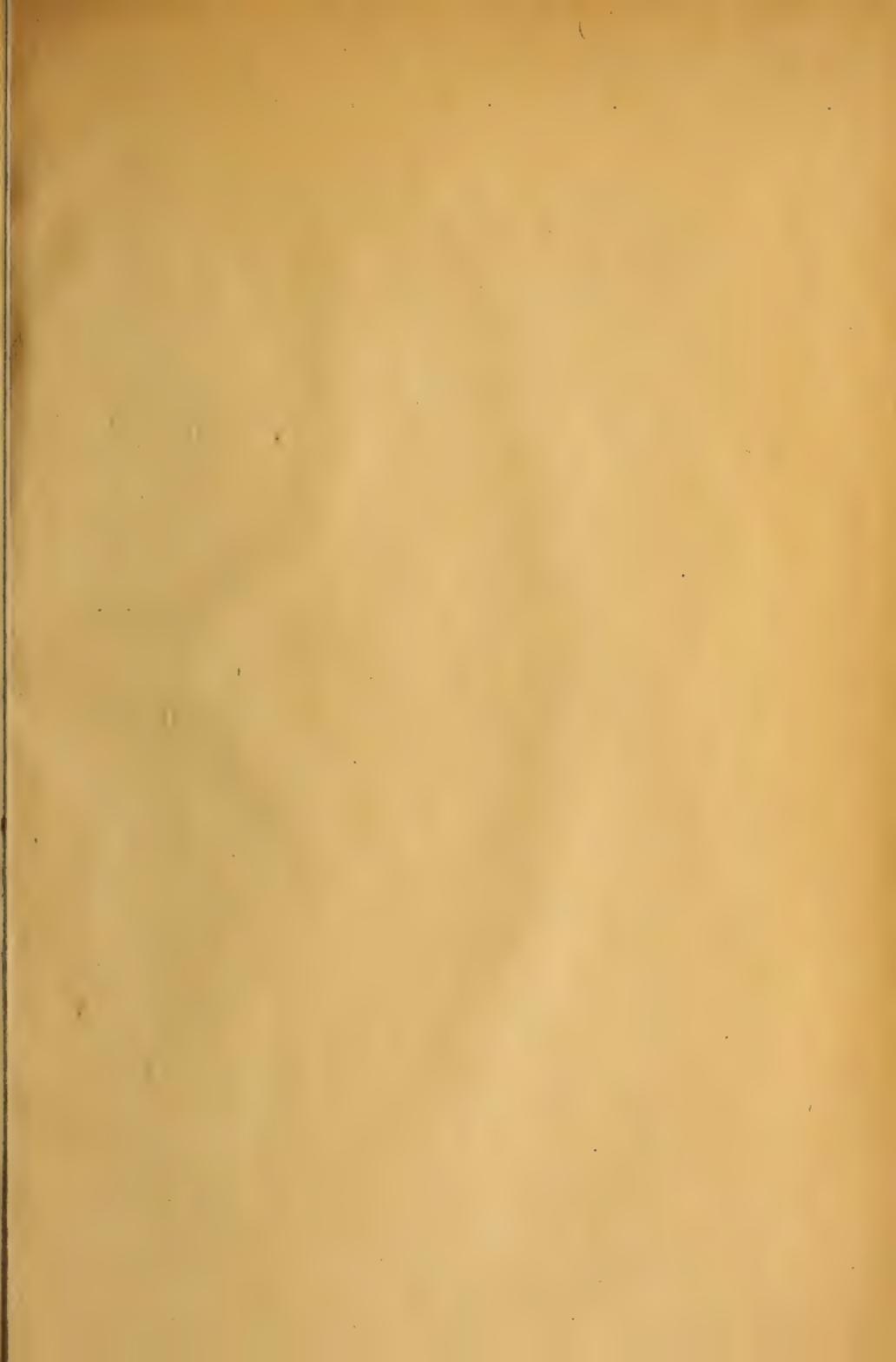
### SECCIÓN GENERAL

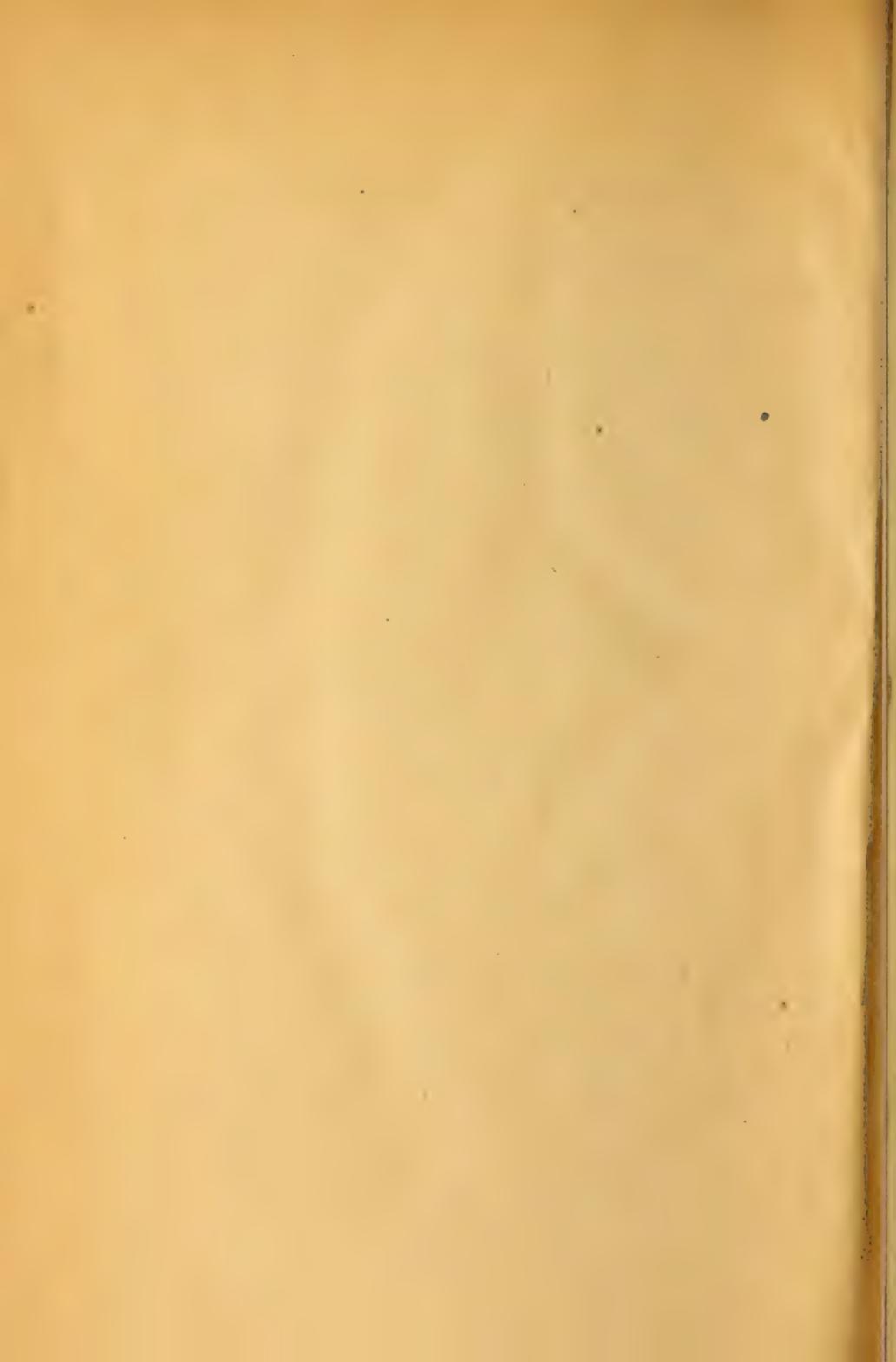
- Lámparas votivas*, poesías, por Francisco  
Villaespesa..... 3,00
- Como buitres...*, por Manuel Linares Rivas. 3,00
- La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas 3,50
- Obras completas*, por Manuel Linares Rivas.  
Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Por-  
que sí.* -- Tomo II: *El Abolengo, María*

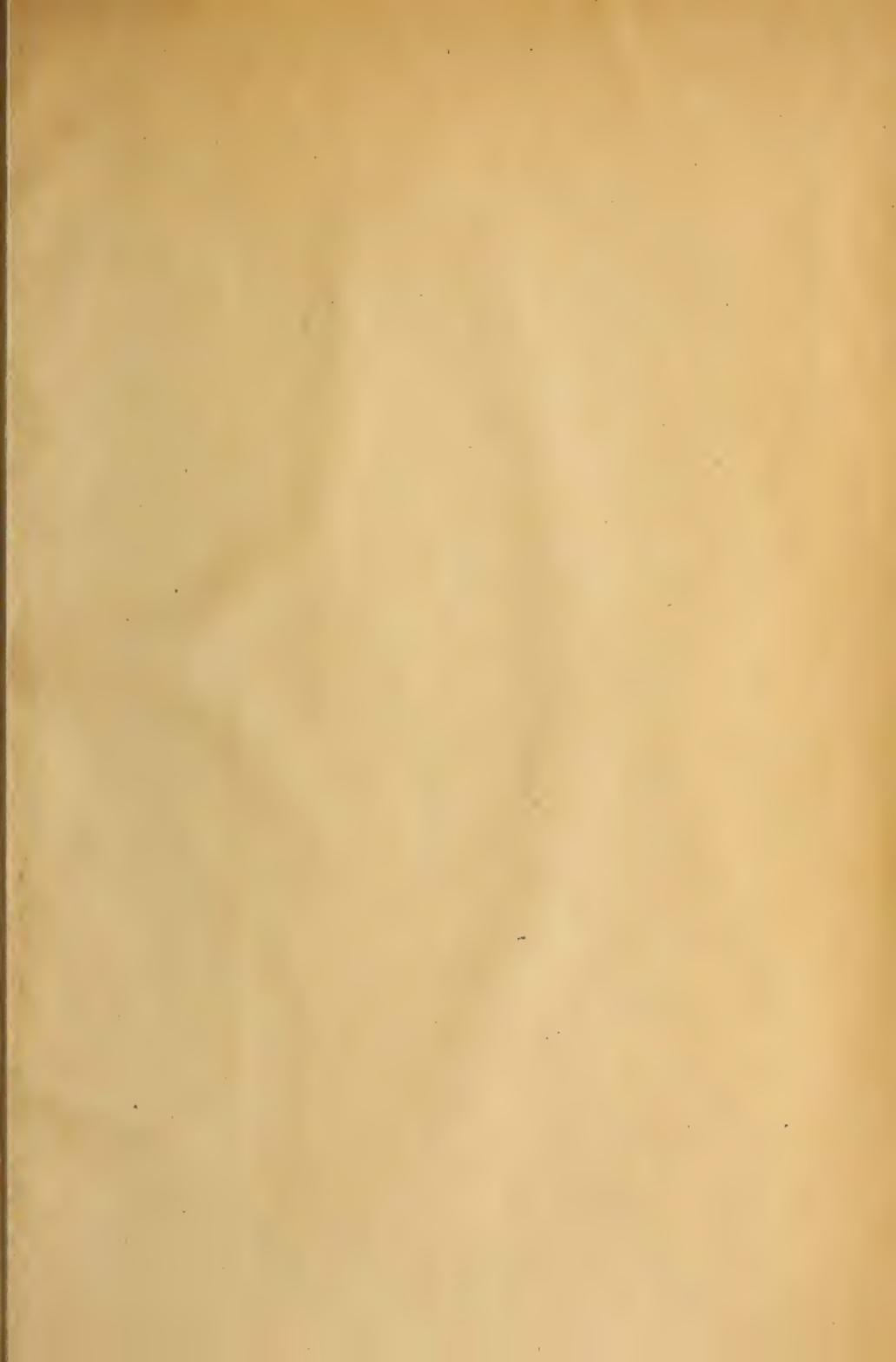
<i>Victoria. Lo posible.</i> — Tomo III: <i>La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren...</i>	
<i>En cuarto creciente.</i> — Tomo IV: <i>La divina palabra, Bodas de plata.</i> — Tomo V: <i>Añoranzas, El ídolo, Clavito,</i> cada tomo.	3,50
<i>Tapices viejos,</i> por Eduardo Marquina.....	3,50
<i>Frente al mar,</i> por José López Pinillos (Parmeno).....	3,00
<i>Coplas,</i> por Luis de Tapia.....	2,50
<i>Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras,</i> por José Cascales Muñoz...	4,00
<i>La Política de Capa y Espada,</i> por Eugenio Sellés.....	5,00
<i>La Negra,</i> por Pedro de Répide.....	1,00
<i>El horror de morir,</i> por Antonio de Hoyos y Vinent.....	1,00
<i>La Garra</i> (tercera edición), por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Barrio Latino,</i> por Federico García Sanchíz.	3,00
<i>La espuma del champagne,</i> por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>La guerra palpitante</i> .....	3,00
<i>Una mancha de sangre,</i> por Joaquín Belda.	1,50
<i>El Monstruo,</i> por Antonio de Hoyos y Vinent.	3,00
<i>La Cocina racional,</i> por Magdalena S. Fuentes.....	3,00
<i>Mi Venus,</i> por Joaquín Dicenta.....	1,00
<i>Fantasmas,</i> por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Fatal dilema,</i> por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen.....	2,50
<i>Años de miseria y de risa,</i> por Eduardo Zamacois.....	3,50
<i>Presentimiento,</i> por Eduardo Zamacois.....	1,50
<i>La Leona de Castilla,</i> por Francisco Villaspesa.....	3,50
<i>El Paraíso de los solteros,</i> por Andrés González Blanco.....	1,00

<i>Al son de la guitarra</i> , por Federico García Sanchíz.....	2,00
<i>Toninadas</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>Una vida ejemplar</i> , por Diego San José....	1,50
<i>La enemiga</i> , por Darío Nicodemi.....	3,50
<i>El oscuro dominio</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	1,00
<i>En camisa rosa</i> , por Felipe Trigo.....	3,50
<i>El crimen de Avellaneda</i> , por Atanasio Rivero.....	3,50
<i>Al margen de la vida</i> , por Baldomero Argen- gente.....	2,00
<i>Más chulo que un ocho</i> , por Joaquín Belda..	1,00
<i>Rosalía Castro</i> , por Augusto González Be- sada.....	2,50
<i>Los cascabeles de Madama Locura</i> , por An- tonio de Hoyos y Vinent.....	3,50
<i>Los Lázaros</i> , por Abel Botelho.....	3,50
<i>Las noches del Botánico</i> , por Joaquín Belda.	2,00
<i>Como hormigas...</i> , por Manuel Linares Ri- vas.....	3,00
<i>El caso clínico</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>Jesús que vuelve</i> , por Ángel Guimerá.....	3,50
<i>La mujer española</i> , por S. y J. Álvarez Quintero.....	1,00
<i>La Procesión del Santo Entierro</i> , por Anto- nio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>La Providencia al quite</i> , por Eugenio Noel.	3,50
<i>Terra incognita</i> , por el Marqués de Cor- tina.....	1,50
<i>Memorias de un suicida</i> , por Joaquín Belda.	2,00
<i>Campoamoriana</i> , por A. Ferreira d'Al- meida.....	1,50
<i>Los toreros de invierno</i> , por Antonio de Ho- yos y Vinent.....	0,95
<i>Las chicas de Terpsicore</i> , por Joaquín Belda.	3,50

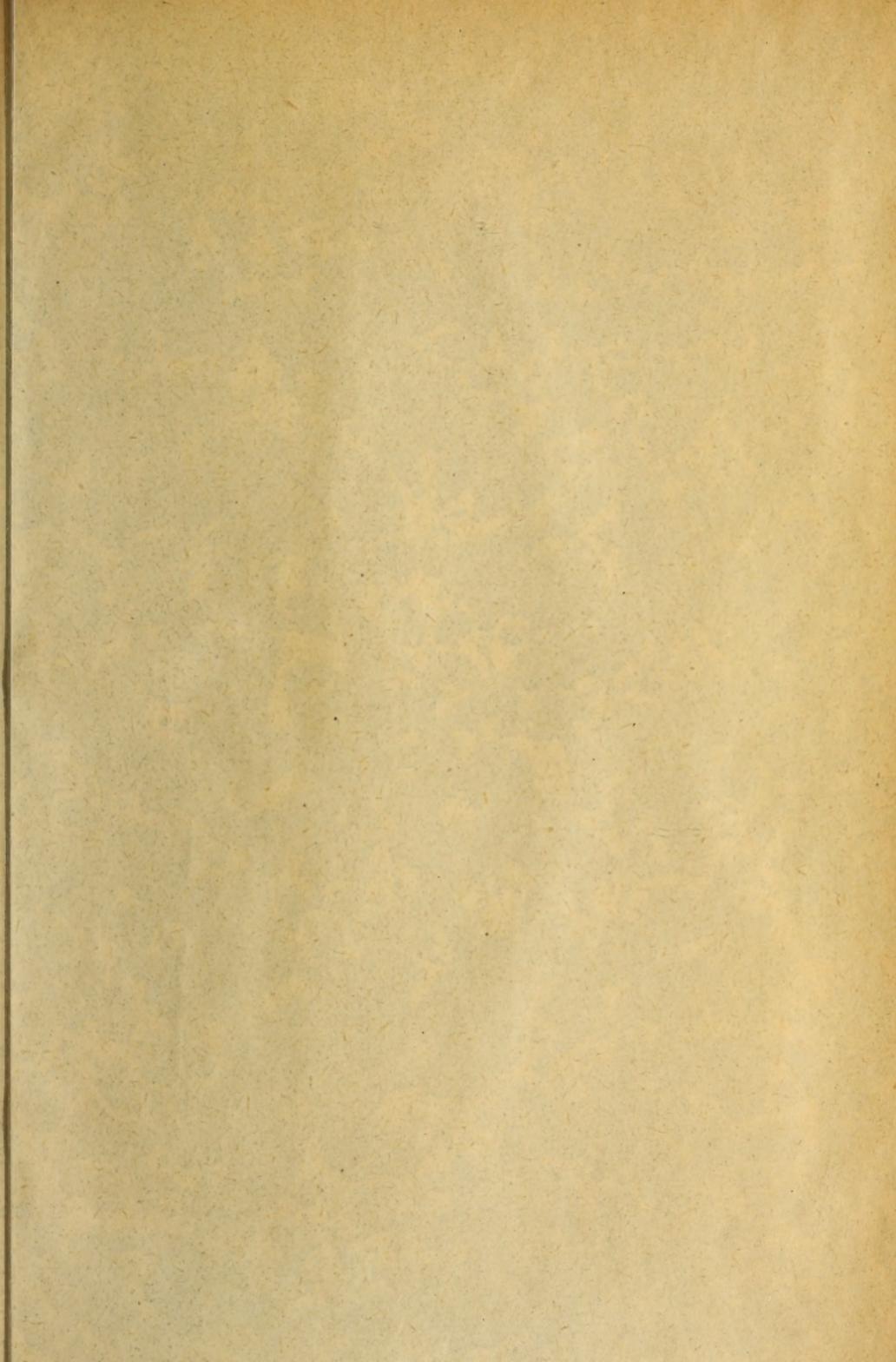
<i>La dolorosa pasión</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>El secreto de la sabiduría</i> , por Rafael Caninos-Assens.....	1,50
<i>Las zarzas del camino</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>El conde de Valmoreda</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Un pollito «bien»</i> , por Joaquín Belda.....	1,00
<i>La Coquito</i> (4. <sup>a</sup> edición), por Joaquín Belda.....	3,50
<i>El martirio de San Sebastián</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>La atroz aventura</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>Cada uno a lo suyo</i> .. por Manuel Linares Rivas.....	1,00
<i>Traviatismo agudo</i> , por Joaquín Belda.....	2,00
<i>Las frecuentaciones de Mauricio</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	3,00
<i>El hombre que vendió su cuerpo al diablo</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>El árbol genealógico</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	3,50
<i>La diosa razón</i> , por Joaquín Belda.....	3,50
<i>Ninfas y sátiros</i> , por Alvaro Retana.....	3,00
<i>En cuerpo y alma</i> , por Manuel Linares Rivas.....	2,00
<i>La zarpa de la esfinge</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>La trayectoria de las revoluciones</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	2,50













181084

LS.

H8687tr

Author Hoyos y Vinent, Antonio de, marqués de Vinent

Title La Trayectoria de la Revoluciones.

NAME OF BORROWER

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

